

DOS
CUARENTA Y CINCO,

novela escrita en francés

por

ALEJANDRO DUMAS,

y traducida al castellano.

—•••—
TOMO IV.
—•••—

CADIZ:—1847.

Imprenta de José María Ruiz,
PLAZA DE LAS VIUDAS NUMERO 100.

THE
GENERAL
COURT OF COMMONS

ALLEN A. V. B. H. M. S.

...

...

...

...

...



CAPITULO I.

EL EMBAJADOR DE ESPAÑA.

EL rey entró en su gabinete, donde le esperaba Chicot sobresaltado todavía y temeroso de las consecuencias que pudiera tener la esplicacion.

—¡Y bien, Chicot! dijo Enrique.

—¡Y bien, señor! respondió Chicot.

—¿No sabes lo que dice la reina?

--No.

—Dice que tu maldito latin va á alterar la paz de toda nuestra casa.

—¡Oh, señor, exclamó Chicot, olvidemos por Dios ese latin y todo se arreglará! No sucede lo mismo con un trozo de latin declamado que con otro de latin escrito: el viento se lleva el uno, y el fuego no puede muchas veces devorar el otro.

—Yo, por mi parte, dijo Enrique, no pienso ya en semejante cosa.

—Que me place!

—Tengo demasiado que hacer para pensar en eso.

—V. M. prefiere divertirse, ¿eh?

—Si, hijo mio, dijo Enrique bastante disgustado del tono con que Chicot habia pronunciado aquellas pocas palabras: si, mi magestad prefiere divertirse.

—Perdóneme V. M. si le molesto.

—¡Ah! hijo mio, replicó Enrique encogiéndose de hombros, ya te he dicho que no sucedia aqui lo que en el Louvre. Aqui se ventilan á lá luz del dia los asuntos de amor, de guerra y de política.

La mirada del rey era tan dulce y su sonrisa tan cariñosa, que Chicot cobró aliento.

—Los de guerra y política menos que los de amor, ¿no es eso, señor?

—Así es la verdad, amigo mio; lo confieso: ¡este pais es tan bello, estos vinos de Languedoc son tan sabrosos, estas mugeres de Navarra tan lindas!

—¡Ah! señor, replicó Chicot, me parece que olvidais á la reina: ¿son por ventura las navarras mas bellas y mas cortéses? En ese caso, saludo con el debido acatamiento á las navarras.

—¡Cáspita! tienes razon, Chicot. ¡Y yo, que me olvidaba que eres embajador, que representas al rey Enrique III, que el rey Enrique III, es hermano de madama Margarita y que por consiguiente la etiqueta exige que en tu presencia levante á Mme. Margarita sobre todas las mugeres! Pero mi imprudencia es disculpable, Chicot, porque no estoy habituado á los embajadores.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete, y Aubiac anunció en voz alta:

—El señor embajador de España.

Chicot dió sobre su sillón un repullo que arrancó una sonrisa al rey.

—¡Pardiez! dijo Enrique, hé ahí un mentis que yo no esperaba. ¡El embajador de España! ¿Qué diablos viene á hacer aqui?

—Sí, repitió Chicot, ¿qué diablos viene á hacer aquí?

—Vamos á saberlo, dijo Enrique; sin duda nuestro vecino el español quiere discutir conmigo alguna cuestion de frontera.

—Me retiro, dijo Chicot humildemente, porque acaso es un embajador el que os envia S. M. Felipe II, mientras que yo....

—¡El embajador de Francia ceder el terreno al español, y esto en Navarra! ¡Pardiez! no será así; abre, Chicot, ese gabinete de libros é instálate en él.

—Pero desde allí lo oiré todo á pesar mio, señor.

—¿Y que me importa que lo oigas? nada tengo que ocultar. A propósito, ¿no te teís mas que decirme de parte del rey vuestro soberano, señor embajador?

—No, señor, absolutamente nada mas.

—Pues bien, en ese caso no tienes que hacer mas que ver y oír, como hacen todos los embajadores del mundo, y para esto estarás á los mil maravillas en ese gabinete. Procura ver y oír cuanto puedas, mi querido Chicot.

En seguida añadió:

—Aubiac, di á mi capitan de guardias que introduzca al embajador de España. Al oír Chicot esta órden, se apresuró á entrar en la librería cuyo tapiz de figuras cerró cuidadosamente.

Un paso lento y acompasado resonó sobre el pavimento: era el del embajador de S. M. Felipe II.

Luego que terminaron los preliminares destinados á los pormenores de etiqueta, y por los cuales pudo convencerse Chicot desde el fondo de su escondite que el bearnés sabia muy bien dar una audiencia,

—¿Puedo hablar libremente á V. M? preguntó el enviado en lengua española, que, todo gascon ó bearnés, puede comprender como la de su país á causa de su mucha analogía.

—Podeis hablar, señor, respondió el bearnés.

Chicot redobló su atencion.

—Señor, dijo el embajador, traigo la respuesta de S. M. Católica.

—¡Bueno! dijo Chicot: si traes la respuesta prueba de que ha habido demanda.

—¿Sobre qué asunto? preguntó Enrique.

—Sobre vuestras proposiciones del mes último, señor.

—Soy muy olvidadizo, dijo Enrique: os suplico que me recordeis cuáles eran esas proposiciones, señor embajador.

—Sobre las invasiones de los príncipes de Lorena en Francia.

—Sí, y particularmente sobre las de mi compadre el de Guisa. ¡Muy bien! ya me acuerdo: continuad, señor, continuad.

—Señor, replicó el español, aunque el rey mi amo desea vivamente firmar un tratado de alianza con la Lorena, ha considerado una alianza con la Navarra como mas leal, y hablando con franqueza, como mas ventajosa.

—Sí, hablemos con franqueza, dijo Enrique.

—Seré esplicito con V. M. señor, porque conozco las intenciones del rey mi amo respecto de vuestra real persona.

—¿Y yo puedo conocerlas?

—Señor, el rey mi amo nada puede rehusar á la Navarra.

Chicot aplicó su oído al tapiz mordiéndose las yemas de los dedos para asegurarse que no dormía.

—Si nada puede rehusarme, dijo Enrique, veamos lo que puedo pedir.

—Todo lo que plazca á V. M.

—¡Diablo!

—Hable, pues, V. M. con toda libertad y franqueza.

—¡Cáspita! ¡todo! Esto es ponerme en un conflicto.

—S. M. el rey de España quiere evitár-selo á su nuevo aliado, como lo prueba la proposicion que voy á hacer á V. M.

—Escucho, dijo Enrique.

—El rey de Francia trata á la reina de Navarra como enemiga jurada; la repudia como hermana desde el momento en que la cubre de oprobio, esto es evidente. Las injurias del rey de Francia, y pido perdon á V. M. por tocar este asunto tan delicado...

—No importa, hablad.

—Las injurias del rey de Francia son públicas; la notoriedad las consagra.

Enrique hizo un movimiento negativo.

—Hay notoriedad, continuó el español, puesto que estamos iustruidos de todo; así pues, repito, señor, que el rey de Francia repudia á Mme. Margarita como á herma-

na suya, puesto que tiende á deshonrarla, haciendo parar públicamente su litera y registrarla por un capitan de sus guardias.

—¿Y bien, señor embajador, qué que-
reis decir con eso?

—Que nada mas fácil para V. M. que repudiar como muger la que su hermano repudia como hermana.

Enrique miró hácia el tapiz detrás del cual estaba Chicot lleno de asombro del resultado de tan pomposo exordio.

—Repudiada la reina, continuó el embajador, la alianza entre el rey de Navarra y el de España...

Enrique saludó.

—Esta alianza, continuó el embajador, puede llevarse á cabo dando el rey de España la mano de la infanta, la bija, al rey de Navarra, y casándose S. M. mismo con Mme. Catalina de Navarra, hermana de V. M.

Un temblor de orgullo recorrió todo el cuerpo del bearnés, y un temblor de espanto todo el cuerpo de Chicot. El uno veia surgir en el horizonte su fortuna, radiante como el sol al nacer, y el otro veia descender y morir el cetro y la fortuna de los Valois.

El español, impasible y frío, nada veía más que las instrucciones de su soberano.

Por espacio de un instante hubo un silencio profundo, que el rey de Navarra interrumpió diciendo:

—La proposición, señor, es magnífica y me honra demasiado.

—S. M., se apresuró á decir el negociador orgulloso, que contaba con una aceptación de entusiasmo, S. M. el rey de España no se propone someter á V. M. más que una sola condición.

—¡Ab! ¡una condición! dijo Enrique: es muy justo; veamos la condición.

—Ayudando á V. M. contra los príncipes de Lorena, es decir, abriendo el camino del trono á V. M., mi soberano desearía facilitarse con vuestra alianza un medio de guardar los estados de Flandes, cebo que monseñor el duque de Anjou coge en este momento á boca llena. Bien comprende V. M. en que es una mera preferencia dada á V. M. por mi soberano sobre los príncipes de Lorena, puesto que los señores de Guisa, sus aliados naturales como príncipes católicos, forman un solo partido contra el duque de

Anjou y Flandes: esta es la condicion, la única; es razonable y sencilla: S. M. el rey de España se unirá á vos por medio de un doble matrimonio, os ayudará á.... el embajador calló por un momento para buscar la palabra adecuada y propia, y añadió: á suceder al rey de Francia, y vos le garantireis los estados de Flandes. Ahora puedo ya, conociendo la discrecion de V. M., considerar mi negociacion felizmente terminada.

Un silencio, mucho mas profundo que el primero, sucedió á estas palabras, sin duda para dejar llegar en todo su poder la respuesta que el angel exterminador esperaba á fin de descargar su furia aqui ó allí; sobre Francia ó sobre España.

Enrique de Navarra dió tres ó cuatro paseos por su gabinete, y dijo:

—¿Conque esa es la respuesta que os han dado para mí?

—Sí, señor.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—Pues bien, dijo Enrique, rebuso la oferta de S. M. el rey de España.

—¡Rehusais la mano de la infanta!... es-

clamó el español con un estremecimiento semejante al que causa el dolor de una herida que no se espera.

—Honor muy grande, señor, respondió Enrique irguiendo la cabeza, pero que no puedo creer superior al de haberme casado con una princesa de Francia.

—Si, pero esa primera alianza os aproximaba al sepulcro y la segunda os aproximaba al trono.

—Preciosa é incomparable fortuna, señor, lo sé, pero que no compraré jamás con la sangre y el honor de mis súbditos futuros. Pues qué, señor, ¿habia de desenvainar yo la espada contra el rey de Francia, mi cuñado, por el español extranjero; habia de detener el estandarte de Francia en su camino de gloria, para dejar á los castillos de Castilla y á los leones de Leon acabar la obra que han empezado; habia de hacer que hermanos matasen á hermanos; habia de traer al extranjero á mi patria? Señor, escuchad bien esto. Yo he pedido á mi vecino el rey de España socorros contra los de Guisa, que son unos facciosos ávidos de mi herencia, pero no contra el duque de Anjou, mi cu-

ñado; pero no contra el rey Enrique III, mi amigo; pero no contra mi esposa, hermana de mi rey. Decís que socorreréis á los Guisas, que les prestareis todo vuestro apoyo. Hacedlo así: yo lanzaré sobre ellos y sobre vos todos los protestantes de Alemania y los de Francia. Si el rey de España quiere reconquistar la Flandes, que se le escape de entre las manos, que haga lo que hizo su padre Carlos V. que pida paso al rey de Francia para ir á reclamar su título de primer ciudadano de Gante, y estoy seguro de que el rey Enrique III le dará un paso tan franco como lo dió el rey Francisco I. Dice S. M. Católica que quiero el trono de Francia: es muy posible que así sea; pero no necesito que él me ayude á conquistarlo: lo tomaré solo, si está vacante, y esto á pesar de todas las magestades del mundo. Así pues, id con Dios, señor. Decid á mi hermano Felipe que le agradezco mucho sus ofertas, pero que no le perdonaria jamás si al hacerlas me hubiese creído un solo instante capaz de aceptarlas. Adios, señor.

El embajador se quedó estupefacto y dijo con voz balbuciente:

—Mirad, señor, que la buena inteligencia entre dos vecinos depende de una mala palabra.

—Señor embajador, replicó Enrique, tened entendido que para mí es una misma cosa rey de Navarra ó nada. Mi corona es tan lijera que no la sentiria caer si se deslizara de mi frente; por lo demás, estad seguro de que por ahora procuraré afianzarla. Salúdoos de nuevo, señor; decid al rey vuestro amo que ambiciono cosas mas grandes que las que me ha hecho columbrar.

Y el bearnés, despues de haberse dejado dominar un instante por el calor de su heroismo, se sonrió cortesmente, y acompañó al embajador español hasta la puerta de su gabinete.



CAPITULO II.

LOS POBRES DEL REY DE NAVARRA.

HALLÁBASE Chicot sumido en tan profunda abstracción por efecto de la sorpresa, que no pensó en salir del gabinete, aun cuando Enrique había quedado solo.

El bearnés levantó el tapiz y fué á darle un golpe en la espalda, y le dijo:

—Vamos, maese Chicot, ¿Qué tal os parece que le librado?

—Maravillosamente, señor, replicó Chicot aturdido aun. Pero en realidad, para

un rey que no recibe con frecuencia embajadores, parece que cuando los recibis son de alto copete.

—Pues si los tengo así, es por culpa de mi hermano Enrique.

—¿Qué decís, señor?

—Pues es claro: si él no persiguiese incesantemente á su pobre hermana, no pensarían los demás en perseguirla. ¿Acaso crees que á no saber el rey de España la injuria pública hecha á la reina de Navarra, cuando un capitán de guardias ha registrado su litera, se hubiese propasado á proponerme que la repudiára?

—Felizmente veo, respondió Chicot, que será inútil cuanto se intente para romper la buena armonía que existe entre la reina y vos.

—¡Ay, amigo mio! el interés que se tiene en malquistarnos es demasiado claro....

—Os confieso, señor, que no soy tan perspicaz como creéis.

—Sin duda lo que desea mi hermano Enrique es que yo repudie á su hermana.

—¿Qué decís! Explicaos, señor, os lo ruego. ¡Diantre! No creía venir á tan buena escuela.

—Ya sabes que se han olvidado de pagarme la dote de mi muger.

—Lo ignoraba señor, pero me lo figuraba.

—Que esa dote consistia en trescientos mil escudos de oro.

—¡Soberbia suma!

—Y en muchas plazas fuertes, entre ellas la de Cahors.

—¡Preciosa plaza por vida mia!

—He reclamado, no mis trescientos mil escudos de oro, pues por pobre que sea me creo mas rico que el rey de Francia, sino Cahors.

¡Ah! ¿habeis reclamado á Cahors, señor?
¡Voto al diablo! Habeis hecho bien, y yo en vuestro lugar habria obrado del mismo modo.

—Y ahí tienes la razon porque... dijo el bearnés con su sonrisita, la causa por la que... ¿Comprendes ahora?

—¡No, con mil diablos!

—Hé ahí por que querian verme romper con mi esposa hasta el extremo de repudiarla. Mi esposa, ¿lo entiendes Chicot? Sin esposa ya no habia dote, y por consiguiente ni trescientos mil escudos, ni plazas, y sobre todo, nada de Cahors. Es un

modo como otro cualquiera de eludir el cumplimiento de su palabra, y mi hermano Valois es muy diestro en esta clase de manejos.

—Y sin embargo, os agradaría en el alma tener esta plaza en vuestro poder, ¿no es verdad, señor?

—Es claro, porque al fin, ¿qué viene á ser mi soberanía de Bearnè? Un pobre principadillo que la avaricia de mi cuñado y de mi suegra han disminuido tanto, que el dictado de rey á él anexo se ha convertido en un título ridiculo.

—Si, mientras que añadiendo Cahors á este principado...

—Cahors seria mi atrincheramiento, la salvaguardia de mis correligionarios.

—Pues bien, mi querido señor, podeis perder toda esperanza, porque el rey de Francia no os entregará á Cahors jamás, lo mismo estando bien que estando mal con vuestra esposa, y á menos que no la tomeis...

—¡Oh! exclamó Enrique, yo la tomaria si no fuese tan fuerte y si no odiase tanto la guerra.

—Cahors es inespugnable, señor.

Enrique contestó con la mayor sencillez:

—¡Inespugnable!...; Inespugnable!...; Si yo tuviese un ejército!... pero no le tengo.

—Escuchadme, señor, ya que no estamos aquí para echarnos flores, sino para hablar francamente, como se acostumbra entre gascones. Para tomar a Cahors, en donde está M. de Vesin, sería preciso ser un Anibal ó un César, y V. M...

—Acaba repuso Enrique con sardónica sonrisa.

—V. M. ha dicho que aborrece la guerra.

Enrique suspiró, brillando en sus miradas al mismo tiempo un rayo melancólico y sombrío; pero supo contener aquel movimiento involuntario, y pasándose por su oscura y espesa barba una mano ennegrecida por la intemperie, dijo:

—Nunca he desenvainado la espada ni la desenvainaré: soy un rey de paja y un hombre pacífico; y con todo, Chicot, por una contradicción singular me gusta entretenerme en lances belicosos, lo cual consiste en la sangre que circula por mis venas. Mi antepasado San Luis tenía esta misma felicidad, pues era piadoso por educación y tímido por naturaleza, aun que cuando se ofrecía

llegaba á ser un terrible justador de lanza y lo que se llama una buena espada. Hablamos ahora, querido Chicot, de Mr. de Vesin que, segun parece, es un Anibal y un César.

—Perdonadme, señor, si he tenido la desgracia de herir vuestro amor propio y de atormentaros. Solo os he hablado de M. de Vesin para contener el impetu imprudente que la juventud fogosa y la poca práctica de los negocios han podido alimentar en vuestro corazon. Cahors está bien defendida y guardada, porque es la llave del Mediodia.

—¡Ay de mí, dijo Enrique suspirando mas fuerte, demasiado lo sé!

—Es tener á un tiempo riqueza territorial y completa seguridad; ser dueño de Cahors equivale á poseer graneros, bodegas, tesoros, granjas, habitaciones y relaciones, poseer á Cahors es tenerlo todo en favor; no poseer á Cahors es tenerlo todo en contra.

—¡Voto á mil demonios! murmuró el rey de Navarra, hé ahí por qué tenia tanta gana de poseer á Cahors, que dije á mi pobre madre impusiese su entrega como una

condicion *sine qua non* de mi casamiento. ¡Calla! ¡ahora hablo latino! Cahors era por lo tanto parte de la dote de mi esposa; me lo habian prometido y me lo deben.

—Pero de deber á pagar hay gran distancia, repuso Chicot.

—Tienes razon: deber y pagar son dos cosas bien diferentes, amigo mio, de modo que opinas que no se me pagará.

—Mucho lo temo.

—¡Diantre!

—Y francamente...

—¿Qué?

—Francamente, creo, señor, que harán bien.

—¿Qué harán bien! ¿y por qué amigo mio?

—Porque no habeis sabido desempeñar vuestro oficio de rey y esposo de una princesa de Francia, porque no habeis sabido obligarles á que os paguen primero la dote y que os entreguen las plazas despues.

—¡Desventurado! dijo Enrique sonriéndose con amargura, ¿no te acuerdas del rebato de San German Auxerrois? Parece que un desposado á quien se quiere degollar la misma noche de sus bodas no pien-

sa tanto en su dote como en su vida.

—¡Bueno! ¡pero y despues!

—¿Despues? repuso Enrique.

—Sí, me parece que hemos tenido paz. ¡Pues bien! era preciso aprovechar esa paz para obrar; necesario era, dispensadme, señor, negociar en vez de hacer el amor. Es menos entretenido, bien lo sé, pero mas provechoso. Y os digo esto, señor, tanto por vos, como por el rey mi amo. Si Enrique de Francia tuviese un aliado poderoso en Enrique de Navarra, seria Enrique de Francia mas poderoso que todo el mundo, y suponiendo que pudieran unirse católicos y protestantes en un mismo interés politico, prescindiendo de sus intereses religiosos por el momento, ambos, es decir, los dos Enrique, harian por sí solos temblar al género humano.

—¡Oh! en cuanto á mí, dijo Enrique con humildad, no aspiro á hacer temblar á persona alguna, y gracias con que yo no tiemble. Pero mira, Chicot, no hablemos mas de estas cosas, que me amedrentan. No tengo á Cahors; pues bien, pasaré sin él.

—¡Pero es muy duro, señor!

—¿Qué quieres? ¡Si tú mismo opinas que Enrique nunca me entregará esa plaza!

—No lo opino, estoy seguro de ello por tres razones.

—Dimelas, Chicot.

—Con mucho gusto. La primera porque Cahors es una plaza que produce bastante, por cuya razón el rey de Francia preferirá guardarla ó dársela á otro.

—Pero eso no es obrar rectamente, Chicot.

—Es régio, señor.

—¡Ah! ¿conque es cosa de reyes tomar lo que agrada?

—Sí, señor: eso se llama hacer la parte del leon, y el leon es el rey de los animales.

—Me acordaré de lo que me dices, Chicot, si llego á ser rey alguna vez. ¿Y la segunda razón, hijo mio?

—Hé aqui: Mme. Catalina...

—¿Continua mi buena madre Catalina mezclándose en política?

—La reina madre preferiría siempre ver á su hija en Paris mejor que en Nerac, á su lado mejor que al vuestro.

—¿Crees tu eso? Pues no ama á su hija con frenesi.

—No, pero Mme. Margarita os sirve de rehenes.

—Eres maestro en eso de astucia, Chicot. Lléveme el diablo si se me hubiera ocurrido eso jamás, pero en fin, puedes tener razon; en efecto, una princesa de Francia puede servir de rehenes en caso de necesidad. ¿Y que?

—Que disminuyendo los recursos se amen-gua el placer de residir en un punto. Nerac es ciudad muy agradable, que tiene un magnifico parque y paseos sin igual, pero privada la reina Margarita de recursos, se fastidiará en Nerac y echará de menos el Louvre.

—Me parece mejor la primera razon, Chicot, dijo Enrique con aire pensativo.

—Entonces os diré la tercera:

Entre el duque de Anjou, que aspira á un trono y ajita la Flandes, entre los señores de Guisa, que quisieran forjarse una corona y conmueven á la Francia, entre S. M. el rey de España, que desea poseer la monarquía universal y pone en combustion al mundo, estais vos, príncipe de Navarra, que servis de balanza y sosteneis cierto equilibrio.

—¿De veras? ¿Yo, sin peso?

—Precisamente por lo mismo: llegad á ser poderoso, esto es, pesado, y hareis bajar el platillo; no sereis ya un contrapeso, sino un peso.

—¡Oh! me gusta mucho esta razon, Chicot, y me parece muy bien deducida. Eres un verdadero clérigo, Chicot.

—Señor, soy lo que puedo, dijo Chicot lisongeado de cumplimiento y dejándose llevar de aquella naturalidad régia á que no estaba acostumbrado.

—¿Conque esa es la esplicacion de mi situacion? dijo Enrique.

—Completa, señor.

—¿Y yo, que no veia nada de todo eso, Chicot, yo, que esperaba siempre?

—Pues bien, señor, si puedo daros un consejo es que ceséis de esperar.

—Voy, pues, á hacer, mi querido Chicot, con ese crédito del rey de Francia lo que hago con los de mis colonos que no pueden pagarme el arrendamiento; al lado de sus nombres pongo una P.

—Que quiere decir pagado.

—Justamente.

—Poned dos P., señor, y lanzad un suspiro.

Enrique suspiró.

—Así lo haré, Chicot, dijo. Por lo demás, amigo mio, ya ves que se puede vivir en Bearne, y que no tengo una necesidad absoluta de Cahors.

—Veo eso, y como me lo presumia, sois un príncipe sábio, un rey filósofo.... ¿Pero qué ruido es ese?

—¿Ruido? ¿Dónde?

—Me parece que en el patio.

—Asómate á la ventana, amigo mio.

—Chicot se aproximó á la ventana y dijo.

—Allí abajo hay una docena de hombres de muy malas trazas.

—¡Ah! esos son mis pobres, contestó el rey de Navarra levantándose.

—¿V. M. tiene sus pobres?

—Sin duda, ¿no recomienda Dios la caridad? Aunque no soy católico, Chicot, no por eso dejo de ser cristiano.

—Bravo, señor.

—Ven, Chicot, bajemos y repartiremos juntos las limosnas; despues subiremos á cenar.

—Señor, os sigo.

—Toma esa bolsa que está sobre la mesa al lado de mi espada.

—Ya la tengo, señor.

—Perfectamente.

Bajaron, pues, era ya de noche, y andando el rey parecía pensativo y triste.

Chicot le miraba, se entristecía también, y decía para sí.

—¿Porqué me habrá tentado el diablo para hablar de política con este buen príncipe? Yo, yo solo tengo la culpa de esa melancolía que se ha apoderado de su alma. ¡Que necio y que imprudente soy!

Cuando Enrique llegó al patio se aproximó al grupo de mendigos designado por Chicot.

Eran, en efecto, doce hombres de estatura, de fisonomía y de traje diferentes, hombres que un observador inhábil hubiera tenido, al reparar en su voz, en su modo de andar y en sus ademanes, por gitanos, extranjeros y transeuntes insólitos, pero que un observador esperto habría reconocido por caballeros disfrazados.

Enrique tomó la bolsa de las manos de Chicot é hizo una seña.

Todos los mendigos comprendieron al parecer perfectamente esta seña, pues vinieron á saludarle de uno en uno con aire de humildad, pero dirigiendo al mismo tiempo al rey una mirada llena de inteligencia y audacia que parecia decir:

—Debajo del disfraz arde el corazon.

Enrique respondió con un movimiento de cabeza, é introduciendo despues los dedos indice y pulgar en la bolsa que Chicot tenia abierta, sacó de ella una moneda.

—¡Eh! señor, exclamó Chicot, ¿sabeis que es de oro?

—Sí, amigo, lo sé.

—Diablo, estais muy rico.

—¿No ves, amigo mio, dijo Enrique sonriendose, que todas estas piezas de oro me sirven para dos limosnas? Soy por el contrario pobre, Chicot, y me veo obligado á cortar mis pistolas en dos para que duren.

—Verdad es, dijo Chicot sorprendido; las piezas son mitades de pistolas cortadas con dibujos caprichosos.

—¡Oh! soy como mi hermano el rey de Francia que se divierte en recortar imágenes; tengo mis extravagancias, y en mis mo-

mentos perdidos me divierto en cercenar mis ducados. Un bearnés pobre y honrado es industrioso como un judío.

—Es verdad, señor, dijo Chicot meneando la cabeza, porque adivinaba algún nuevo misterio en la conducta de Enrique; pero me parece muy peregrina esa manera de dar limosna.

—¿Obrarías tú de otro modo?

—¡Si pardiez! En lugar de tomarme el trabajo de dividir cada pieza, la daría entera diciendo: "Tomad para dos."

—Reñirían, amigo mío, y causaría un escándalo queriendo hacer un bien.

—¡En fin! murmuró Chicot, reasumiendo con esta palabra, que es la quinta esencia de todas las filosofías, su oposición á las ideas extravagantes del rey.

Tomó, pues, Enrique media pieza de oro de su bolsa, y colocándose delante del primer mendigo con el semblante tranquilo y dulce que le era habitual, miró á aquel hombre sin hablar, pero no sin interrogarle con la vista.

—Agen, dijo el mendigo haciendo una reverencia.

—¿Cuánto? preguntó el rey.

—Quinientos.

—Cahors, y le entregó la pieza, y sacó otra de la bolsa.

El pobre saludó mas quedo todavía que la vez primera, y se alejó.

Siguió otro que saludó con humildad y dijo:

--Anch.

--¿Cuánto?

--Trescientos cincuenta.

--Cahors. y le entregó la segunda pieza, y sacó otra de la bolsa.

El segundo desapareció como el primero. Se acercó el tercero, y saludó diciendo:

—Narbona.

—¿Cuánto?

—Ochocientos.

—Cahors, y le entregó la tercera pieza, tomando otra de la bolsa.

—Montauban, dijo el cuarto.

—¿Cuánto?

—Seiscientos.

—Cahors.

Todos, en fin, al acercarse y saludar pronunciaron un nombre, recibieron la extraña limosna, y acusaron un número, cuyo

total ascendió á ocho mil.

A cada uno de ellos contestó Enrique "Cahors", sin que una sola vez variase la pronunciación de la palabra.

—Hecha la distribución, no quedaron ya medias piezas en la bolsa ni mendigos en el patio.

—¡Ea! dijo Enrique.

—¿No hay que hacer más? señor.

—Ya he acabado.

Chicot tiró al rey de la manga y le dijo:

—¿Señor?

—¿Qué quieres?

—¿Me es permitido ser curioso?

—¿Por qué no? La curiosidad es cosa natural.

—¿Qué os decían esos mendigos, y qué diablos les respondiais?

Enrique se sonrió.

—Digo, señor, que todo es aquí un puro misterio.

—¿Te parece á ti eso?

—Sí, señor; jamás he visto dar limosna de ese modo.

—Así se acostumbra en Nerac, mi querido Chicot; dice el proverbio que cada pue-

blo tiene su costumbre.

—Costumbre muy rara por cierto, señor.

—Nada de eso, amigo mio; es muy natural y sencilla; todas esas gentes que ves, recorren el pais para recibir limosnas, pero todos son de pueblos diferentes.

—¿Y qué importa eso, señor?

—Importa mucho; para no dar siempre al mismo, me dicen el nombre de sus pueblos respectivos, y de este modo ya comprendes, amigo Chicot, que puedo repartir mis beneficios con igualdad, y soy útil á todos los desgraciados de todos los pueblos de mi estado.

—Me parece muy bien eso, señor, en cuanto á decirlos el nombre de sus pueblos; ¿pero por qué respondeis á todo "Cahors"?

—¡Ah! replicó Enrique con aire de sorpresa perfectamente representada, ¿les he contestado "Cahors"?

—Si, por cierto.

—¿Lo crees tu así?

—Estoy seguro de ello.

—Pues entonces quiere decir que como hemos hablado de Cahors, tengo siempre

esta palabra en la boca. Lo mismo sucede con todas las cosas que no podemos poseer y deseamos ardientemente; soñamos con ellas y las nombramos soñando.

—¡Hum! exclamó Chicot mirando con desconfianza hácia el lado por donde habian desaparecido los mendigos, esto es menos claro de lo que yo quisiera, señor; además de esto hay...

—¡Como! ¿hay todavía otra cosa?

—Hay ese guarismo que cada uno pronunciaba, y que adicionado forma un total de mas de ocho mil.

—¡Ah! en cuanto á ese guarismo, Chicot, me sucede lo que á ti: no he comprendido, á no ser como los mendigos están, segun sabes, divididos en corporaciones, hayan querido manifestar el número de individuos de cada una de esas corporaciones, lo que parece probable.

—¡Señor! ¡señor!

—Ven á cenar, amigo mio, nada despeja el espíritu, en mi opinion, como comer y beber. Hablaremos de esto en la mesa, donde verás que si mis pistolas están cercenadas, mis botellas están llenas.

El rey llamó, se presentó un paje y pidió la cena.

En seguida, asiéndose familiarmente del brazo de Chicot, subió á su gabinete, donde estaba servida la cena.

Al pasar por delante de la habitación de la reina dirigió la vista á las ventanas y no vió luz.

—Paje, dijo, ¿no está en su cuarto S. M. la reina?

—S. M., contestó el paje, ha ido á ver á la señorita de Montmorency, que parece se halla muy enferma.

—¡Ah, pobre Fosseuse! dijo Enrique; es verdad: la reina tiene buen corazón. Ven á cenar, Chicot, ven.



CAPITULO III.

LA VERDADERA QUERIDA DEL REY DE NAVARRA.

LA cena fué de las mas alegres, mostrándose en ella Enrique tan jovial como si ningun pensamiento triste le asaltara en aquel momento, y fuerza es confesar que era un escelente convidado el Bearnés cuando se hallaba en semejante disposicion de espíritu.

Por lo que hace á Chicot, disimulaba cuanto podia aquel principio de inquietud que se habia apoderado de él á la aparicion del

embajador de España, que le habia seguido al patio, que se habia aumentado con la distribucion del oro entre los mendigos y que despues no le habia dejado ni un solo instante.

Enrique habia querido que su compadre Chicot cenase á solas con él, pues la corte del rey Enrique habia tenido siempre gran deferencia á Chicot, una de esas deferencias como las que se profesan los hombres de talento, y Chicot, por su parte, salvo las embajadas de España, los mendigos con consignas y las piezas de oro cortadas, mostraba gran simpatia al rey de Navarra.

Viendo Chicot al rey variar de vino y conducirse en todo como buen convidado, resolvió moderarse un poco á fin de no dejar pasarni una sola de las agudezas que la libertad de la comida y el calor de los vinos pudieran inspirar al Bearnés.

Enrique bebió sin tasa, y era tal la manera que tenia de arrastrar á sus convidados, que no permitia á Chicot retrasarse en más de un vaso de vino por cada tres que el bebia. Pero ya se sabe que Chicot tenia una cabeza de hierro. En cuanto á

Enrique de Navarra, todos aquellos vinos eran, segun el decia, vinos del pais, y los bebia como leche aguada.

Inútil es decir que todas estas cosas se decian acompañadas de muchos cumplimientos que se dirigian mutuamente ambos convidados.

—¡Como os envidio, señor, dijo Chicot al rey, qué amable es vuestra corte y que florida vuestra existencia! ¡Cuántos semblantes buenos veo en esta buena casa y cuantas riquezas en este Lermoso pais de Gasuña!

—Si mi mujer estuviese aquí, mi querido Chicot, no te diria lo que voy á decir; pero en su ausencia puedo confesarte que la mas bella parte de mi vida es la que no ves.

—En efecto, señor, dicen cosas muy bellas de V. M.

Enrique se recostó en su sillón y se acarició la barba riendo.

—Sí sí, ¿no es verdad? dijo: han dado en creer que reino mucho mas sobre mis súbditas que sobre mis subditos.

—En efecto, señor, y sin embargo, me admiro de ello.

—¿Y por qué, amigo mio?

—Porque teneis mucho de ese espiritu bullicioso que hace grandes á los reyes.

—¡Ah! Chicot, te engañas, dijo Enrique, soy mucho mas perezoso que activo, y mi vida toda es una prueba de ello: si tengo algun amor es siempre el mas próximo á mí: si tengo que escoger algun vino, siempre es el de la botella mas próxima. ¡A tú salud, Chicot!

—Me honrais demasiado, señor, respondió Chicot vaciando su vaso hasta la última gota; porque el rey le miraba de una manera que parecia penetrar su mas oculto pensamiento.

—Así, continuó el rey levantando los ojos al cielo, ¡qué de riñas y disputas en mi casa!

—Comprendo eso muy bien, señor, puesto que todas las damas de honor de la reina os adoran.

—Son vecinas mias, Chicot.

—Segun ese axioma, si habitáseis en San Dionisio en vez de habitar en Nerac, podria muy bien suceder que el rey no viviese tan tranquilo como vive.

Enrique frunció el ceño y dijo:

—¡El rey! ¡qué me decis! ¿Os figurais por ventura que soy un Guisa? Verdad es que deseo poseer á Cahors; pero solo porque Cahors está á mis puertas: yo sigo siempre mi sistema, Chicot tengo ambicion; pero sentado; si me levanto, ya no deseo nada.

—Cáspita, señor, respondió Chicot, ese modo de ambicionar las cosas que están al alcance de la mano se parece mucho á la ambicion de César Borgia, que cogía un reino pueblo á pueblo, diciendo que la Italia era una alcachofa que era preciso comer hoja á hoja!

—Creo, amigo Chicot, dijo Enrique, que ese César Borgia no era muy bardo en política.

—No, señor, pero era un vecino muy peligroso, y un hermano muy malo.

—¡Y qué! ¿Me comparais con un hijo de Papa, á mí, que soy jefe de los hugonotes? Por Dios, señor embajador, mirad lo que decis.

—Señor, yo no os comparo con nadie.

—¿Por qué razon?

—Porque creo que se engañará el que os

compare con cualquiera otro que no sea vos mismo. Sois ambicioso, señor.

—¡Qué capricho! dijo el Bearnés; hé aquí un hombre que contra todo viento y marea quiere obligarme á que desee algo.

—Dios me libre de semejante cosa, señor; todo lo contrario, anhelo de todas veras que V. M. no desee nada.

—¿No es verdad, Chicot, dijo el rey, que nada os recuerda á Paris?

—Nada, señor.

—Entonces pasareis algunos dias conmigo.

—Si V. M. me dispensa el honor de solicitar mi compañia, tendré sumo gusto en dedicarle ocho dias.

—¡Ocho dias! ¡Que me place! En este espacio de tiempo me conoceréis como un hermano. Bebamos, Chicot.

—Señor, no tengo ya sed, dijo Chicot, que comenzaba á renunciar á la pretension que habia tenido al principio de emborrachar al rey.

—Entonces os dejo, compadre, dijo Enrique; un hombre no debe permanecer sentado á la mesa cuando ya nada hace. Bebamos os digo.

—¿Para qué?

—Para dormir mejor. Este vino del país dá un sueño muy dulce. ¿Os gusta la caza, Chicot?

—No mucho, señor; y á vos?

—Yo me aficioné á ella desde que estuve en la córte del rey Carlos IX.

—¿Por qué V. M. me hace el honor de informarse si soy aficionado á la caza? preguntó Chicot.

—Porque mañana voy á caza y pienso llevaros coamigo.

—Señor, eso será demasiado honor, pero...

—¡Oh amigo mio! Tranquilizaos: esta caza es á propósito para alegrar los ojos y el corazón de un guerrero. Yo soy buen cazador, Chicot, y quiero que me veais lucir mis habilidades. ¡Qué diablo! ¿No decís que quereis conocerme?

—Pardiez, señor, confieso que es uno de mis mas ardientes deseos.

—Pues bien; este es un lado bajo, el cual todavia no me habeis estudiado.

—Señor, haré todo lo que plazca al rey.

—¡Bueno' es cosa convenida; pero ahí viene un paje, sin duda á incomodarnos.

—Señor, algun negocio importante.....

—¿Un negocio? ¿A mí? ¿Cuándo estoy sentado á la mesa? ¡Es singular este Chicot! ¡Siempre creyendo hallarse en la córte de Francia! Sabed una cosa, amigo mio, y es que en Nerac....

—¿Qué, señor?

—Cuando uno ha cenado bien, se acuesta.

—¿Y ese paje?

—¿Ese paje no puede venir á anunciar otra cosa que no sea sobre negocios?

—¡Ah! comprendo, señor, y voy á acostarme.

Chicot se levantó, el rey hizo otro tanto y cogió el brazo de su buesped.

Esta prisa en despedirse le pareció sospechosa á Chicot, quien por otra parte empezaba á desconfiar de todo desde que oyó anunciar al embajador de España; así pues, resolvió no salir del gabinete sino lo mas tarde que pudiera.

—¡Oh! ¡oh! exclamó vacilando al mismo tiempo: esto es muy raro, señor.

El bearnés se sonrió al preguntarle:

--¿Cual es lo raro, compadre?

--¡Ira de Dios! se me vá á pájaros la cabeza: mientras he permanecido sentado no

ha habido la menor novedad, pero desde que estoy en pié.....

--¡Bah! y no hemos hecho mas que catar el vino.

--No ha sido mala catadura, señor. ¡A eso llamais catar! Ya veo que sois un bebedor de primera linea y os rindo vasallaje como á mi soberano y señor natural. ¿Conque eso es catar, eh?

--Chicot, amigo mio, dijo el bearnès procurando asegurarse por medio de aquellas escrutadoras miradas que esclusivamente le pertenecian si Chicot estaba en efecto borracho ó finjia estarlo, creo que lo mejor que puedes hacer á estas horas es acostarte.

--Sí; señor, sí; buenas noches.

--Buenas noches, Chicot, hasta mañana.

--Sí, señor, sí, hasta mañana: V. M. tiene razon, lo mejor que Chicot puede hacer es acostarse. Buenas noches.

Y diciendo y haciendo, se tendió en el suelo.

Al ver Enrique la resolucion que habia tomado su buésped, dirigió una mirada hacia la puerta.

o Aunque aquella mirada fué tan rápida

como un relámpago, Chicot se apercibió de ella.

Entonces se le acercó Enrique.

--¿Tan borracho estás mi pobre Chicot, le dijo que no reparas en una cosa?

--¿En cual?

--En que has equivocado tu cama con la estera de mi gabinete.

--Chicot es un antiguo soldado y no repara en semejantes miserias.

--De modo que tampoco te haces cargo de otra cosa.

--Ah! ah! ¿Y cuál es la segunda?

--Que espero á una persona.

--Para cenar?... Bien hecho; cenemos pues.

Y Chicot hizo un esfuerzo infructuoso para levantarse.

—¡Demonio! exclamó Enrique. ¡Qué borrachera tan repentina y endiablada es la tuya! Compadre, vete por todos los santos del cielo, pues ya ves que ella se impacienta.

—¡Ella! ¡Ella! murmuró Chicot. ¿Y quién es ella?

—¡Maldecido! La muger que estoy aguardando y que está de centinela á esa puerta...alli...

—¡Una muger! ¿Y por qué no me lo decias, Enriquito?... ¡Ah! perdon.... perdon, pues yo creia... yo creia que estaba hablando con el rey de Francia... Ya veis que me ha echado á perder ese escelente Enriquito... ¿Por qué no me lo deciais, señor? Ya me voy, ya me voy.

—Bien, bien, Chicot; eres un completo caballero: vamos, vamos, levántate y vete, porque pienso pasar una buena noche ¿me entiendes? Una buena noche.

Chicot se levantó y llegó á la puerta dando mil tropiezos.

—Adios señor, y buenas noches.

—Adios querido amigo, adios: duerme bien.

—¿Y vos, señor?

—Chiiit.

—Sí, sí, Chiiit.

Y abrió la puerta.

—En la galería encontrarás al paje y él te indicará tu aposento. Adios.

—Gracias, señor.

Chicot salió al fin despues de haber saludado en voz tan baja como puede hacerlo un borracho.

Pero no bien se cerró detrás de él aquella puerta, desaparecieron todas las señales de embriaguez; anduvo tres pasos, volvió atrás y se puso á observar por el agujero de la cerradura.

Enrique estaba ya abriendo la puerta á la desconocida que Chicot, curioso como un embajador, queria conocer á todo trance.

En vez de entrar una muger entró un hombre, mas no bien se descubrió, cuando Chicot reconoció el noble y severo rostro de Duplessis Mornay, consejero rígido y vigilante de Enrique de Navarra.

—¡Ah! dijo Chicot entre dientes; ese va á incomodar á mi pobre enamorado mucho mas que mi borrachera.

Pero el semblante de Enrique reveló el mayor contento al ver á su director; estrechó sus manos afectuosamente, empujó la mesa con una especie de ira, é hizo sentar á Mornay á su lado con todo el ardor de un amante cuando se acerca al objeto de sus adoraciones.

Parecia que anhelaba oír las primeras palabras que iba á pronunciar el consejero, pero de pronto y antes que este desplega-

se los labios se dirigió á la puerta y corrió los cerrojos con una precaucion que dió mucho en qué pensar á Chicot.

En seguida fijó sus ardientes miradas en las cartas geográficas, planos y escritos que el ministro fué poniendo sucesivamente á su vista.

El rey encendió varias bugías y comenzó á escribir y á señalar con puntos las mencionadas cartas.

—¡Oh! ¡oh! murmuró Chicot: he aqui la buena noche del rey de Navarra. ¡Ira de Dios! Si todas se parecen á estas, nada tendrá de particular que le esperen algunas malas.

Al mismo tiempo oyó que andaban tras de él: era el paje que le esperaba en la galería por órden del rey.

Temiendo ser sorprendido si permanecia escuchando por mas tiempo, se separó de la puerta y preguntó al paje por el aposento que se le habia destinado.

Por otra parte, nada le quedaba ya por saber, pues la aparicion de Duplessis le habia enterado de todo.

—Seguidme si gustais, caballero, le dijo d' Aubiac, pues tengo el encargo de con-

duciros á vuestro cuarto.

Y en efecto, llevó á Chicot al segundo piso, en el cual se habia preparado su habitacion.

No habia ya para Chicot la menor duda, pues conocia la mitad de las letras que componian aquel enigma llamado rey de Navarra. Así, pues, en vez de dormirse se sentó en la cama triste y pensativo en tanto que la luna, blanqueando los ángulos agudos de las azoteas, derramaba como un jarro de plata su azulada luz sobre el rio y sobre las inmediatas praderas.

—Vamos, vamos, dijo Chicot: Enrique es un verdadero rey, Enrique conspira: este palacio entero, su parque, la ciudad que le rodea, la provincia á que pertenece la ciudad, todo esto es un foco de conspiracion: todas las mugeres se dedican al amor, pero al amor político, y todos los hombres abrigan la esperanza del porvenir.

Enrique es astuto, su inteligencia se parece al genio: ademas, se entiende con la España, que es el pais de las picardias. ¡Quién me asegura que aquella respuesta noble al embajador no fué un medio de ocultar su

pensamiento, y que el embajador no estaba ya enterado por cualquiera seña ó por otra convencion tácita, de la cual no podia yo enterarme!

Enrique paga espías cuyos sueldos corren por su cuenta ó por la de algun agente suyo: aquellos mendigos no eran ni mas ni menos que caballeros disfrazados; y las piezas de oro tan artísticamente cortadas, prendas de reconocimiento, contraseñas materiales y palpables.

Enrique finge hallarse enamorado y loco, y mientras se le cree ocupado en los placeres, pasa las noches trabajando con Mornay, que nunca duerme y que desconoce el amor.

Ya he visto pues todo cuanto tenia que ver.

La reina Margarita tiene amantes y el rey lo sabe, los conoce y los tolera, porque todavía tiene necesidad de ella ó de ellos, y tal vez de todos á un tiempo. Como no es hombre de armas tomar, es preciso que reclute capitanes, y como tiene poco dinero se halla en el caso de permitirles que se paguen en la moneda que mejor puede convenirles.

Enrique de Valois me aseguraba que no dormía y por Dios vivo y trino que hará muy bien en no dormirse.

Por fortuna este pérfido Enrique es todavía un buen caballero, al cual ha concedido Dios el genio de la intriga negándole el de la iniciativa. Enrique, según se asegura, tiene miedo á los mosquetazos, y aun se recuerda que cuando jóven aun, fué conducido al ejército, solo podía mantenerse á caballo por espacio de un cuarto de hora.

Y esta no es pequeña felicidad, porque en los tiempos que alcanzamos, si este hombre uniese la fuerza de acción al talento de la intriga se haría dueño del mundo.

Existe ciertamente un Guisa que posee las dos cosas, la intriga y el brazo, ó sea la fuerza, pero tiene la desventaja de que todos saben que es hábil y valiente, al paso que nadie desconfía del bearnés.

Yo soy únicamente quien ha llegado á conocerlo á fondo.

Y Chicot al decir esto se restregó las manos.

—Pues bien, añadió; ya que he llegado á conocerle nada tengo que hacer aquí, y

por consiguiente mientras él duerme ó trabaja voy á abandonar la ciudad tranquilo y sosegado.

Se me figura que hay pocos embajadores que puedan vanagloriarse de haber cumplido terminantemente su mision en un solo dia: yo he hecho este milagro.

Saldré pues, de Nerac, y una vez puesto en camino galoparé hasta Francia.

Dijo y comenzó á calzarse las espuelas que se habia quitado poco antes de presentarse al rey.



CAPITULO IV.

EN QUE SE REFIERE EL ASOMBRO
QUE ESPERIMENTÓ CHICOT AL VER QUE ERA
TAN *popular* EN LA CIUDAD DE NERAC.

ENTERAMENTE resuelto Chicot á abandonar de incógnito la corte del rey de Navarra, empezó desde luego á hacer sus preparativos de viaje.

Los simplificó sin embargo cuanto le fué posible, pues seguia el principio de que se anda tanto mas quanto menos peso se lleva.

Podemos, pues, asegurar que su espada era la parte mas incómoda del equipaje de nuestro humilde embajador.

Examinemos, decía al paso que echaba un nudo al paquete que encerraba sus prendas, el tiempo que necesito para hacer llegar á conocimiento del rey la noticia de todo cuanto he visto, y por consiguiente de todo cuanto temo.

Dos dias para dar vista á una ciudad, cuyo gobernador, que ha de ser fiel y de los buenos, despache correos que hagan el viaje ganando horas.

Que dicha ciudad se llame Cahors, nombre que tanto repite el rey de Navarra y que tanto le hace cavilar con justísimos motivos.

En ella podré descansar, porque al cabo las fuerzas del hombre tienen su limite como todas las cosas.

Descansaré, pues, en Cahors, y los caballos del gobierno correrán por mí.

Vamos, amigo Chicot, buenas piernas, prontitud y serenidad: creías haber concluido ya tu comision...; Pobre necio! Estás á la mitad de ellas y gracias.

Diciendo así, apagó Chicot su luz, abrió la puerta con la mayor suavidad posible y comenzó á andar de puntillas.

Era sin duda Chicot un estratégico sumamente hábil y además cuando subió á su cuarto guiado por d' Aubiac habia dirigido una mirada hácia la izquierda, otra hácia la derecha, otra hácia el frente, otra hácia retaguardia y examinando todas las localidades.

Todo se reducía á una antecámara, á un corredor y á una escalera que concluía en el patio.

Pero no bien se adelantó Chicot cuatro pasos por la antecámara cuando tropezó con un bulto que al momento se puso en pié.

Dicho bulto era un paje que estaba tendido sobre la estera, y que espavilado por la fuerza del choque dijo:

—¡Eh! Buenas noches; señor Chicot, buenas noches.

Chicot reconoció á d' Aubiac.

—¡Holo! Señor d' Aubiac, le contestó, muy buenas noches; pero tened la bondad de apartaros un poco, pues tengo deseos de pasearme.

—¡Ab! Debeis saber. señor Chicot, que están prohibidos los paseos nocturnos en palacio.

—¿Gustais decirme por qué, señor d' Aubiac?

—Porque el rey teme á los ladrones y la reina á los amantes.

—¿Demonio!

—Sí, señor Chicot, porque únicamente los amantes y los ladrones se pasean en vez de dormir.

—Sin embargo, mi querido señor d' Aubiac, repuso Chicot con melifluo acento, yo no soy ni lo uno ni lo otro, sino embajador, y embajador muy cansado de haber hablado en latin con la reina y cenado con el rey, porque la primera es consumada latina, y el segundo un bebedor aventajado: dejadme pues salir, amigo mio, pues ardentemente deseo dar un paseo.

—¿Por la ciudad?

--No; por los jardines.

--¿Por los jardines! Eso está mas prohibido que por la ciudad, señor Chicot.

--Jóven amigo, no puedo menos de daros la enhorabuena; para vuestra edad ejercéis una vigilancia esquisita. ¿Nada teneis en que ocuparos?

--Nada.

--¿No sois jugador? ¿No estais enamorado?

--Para jugar se necesita dinero, señor Chicot, y para amar una querida.

--Eso es muy cierto, dijo Chicot registrando su bolsillo.

El paje le miraba sin pestañear.

--Repasad bien vuestra memoria, querido amigo, añadió el enviado, pues apuesto á que en ella encontrareis alguna belleza, á la cual os ruego que regaleis con esto cintas á millares para haceros amar.

Y Chicot deslizó al mismo tiempo en la mano del paje diez doblones de oro que no estaban recortados como los del bearnés.

--Vamos, vamos, señor Chicot, respondió el paje, ya se conoce que venís de la corte de Francia, porque os insinuais de un modo que nada es posible negaros: salid pues de vuestro cuarto, pero, por Dios, no hagais el menor ruido.

Chicot no esperó á que se lo repitiesen dos veces estas palabras y se adelantó por el corredor semejante á una sombra; del corredor pasó á la escalera, pero al llegar al peristilo se encontró con un oficial de palacio que dormia en una silla.

Aquel hombre apoyaba sobre la puerta el peso de su cuerpo y el pretender seguir adelante hubiera sido una verdadera locura.

--¡Ah paje bribon y taimado! murmuró Chicot: sabias esto y nada me has dicho.

Para colmo de desgracia, el oficial parecía ser de sueño sumamente ligero; meneábase á cada instante sacudiendo ya un brazo, ya una pierna, y aun una vez estendió un brazo como un hombre próximo á despertarse.

Chicot procuró buscar por allí alguna salida cualquiera, por la cual, merced á sus largas piernas y su buen puño, pudiese evadirse sin pasar por la puerta, y al fin encontró lo que deseaba.

Era una de esas ventanas cimbradas que se llaman impostas arquitectónicamente hablando y que habia quedado abierta, bien para que penetrase el aire exterior, o porque el rey de Navarra propietario poco amigo de mirar por su hacienda, no habia juzgado á propósito renovar los cristales.

Chicot reconoció la pared con la mano, calculó á tientas el espacio comprendido entre los vuelos de la ventana y se sirvió de

ellos para pasar los piés, como si fuesen escalones. Por último subió á lo alto (ya conocen nuestros lectores su destreza y habilidad) sin hacer tanto ruido como el que hubiera producido una hoja seca rapando la pared impelida por una brisa de otoño.

Pero la cornisa era de una convexidad desproporcionada, de modo que su elipse no aparecía igual á la del vientre y las espaldas de Chicot, aunque el primero hubiese desaparecido, y aunque las segundas, elásticas como las de un gato se amoldasen y confundiesen con el resto del cuerpo, á fin de ocupar menos espacio.

Resultó, pues, que cuando Chicot hubo pasado hácia la parte exterior de la ventana la cabeza y un hombro, y separado el pié del vuelo en que se apoyaba, se encontró entre el cielo y la tierra sin poder retroceder ni avanzar.

Entonces comenzó una série de esfuerzos, cuyo primer resultado fué quedar hecha pedazos su ropilla y rasguñada su piel.

Con todo, lo que hacia su posición mas difícil era la espada, cuya empuñadura no queria pasar, pues formaba una especie de

grapon interior que detenía á Chicot. sujetándole á la caja ó marcó de la ventana.

Reunió por último todas sus fuerzas, toda su paciencia, toda su industria para soltar la presilla de su cinturón, pero precisamente se apoyaba su pecho sobre dicha presilla, de modo que le fué preciso cambiar de maniobra; consiguió al fin pasar un brazo detrás de su cuerpo y desenvainar la espada, y una vez concluida esta operación, ya le fué mas fácil hallar un intersticio para que pasase la empuñadura; la espada pues, fué la primera que cayó sobre las baldosas del patio, siguiéndola Chicot por la abertura á guisa de anguila y amortiguando su descenso con ambas manos.

Aquella lucha del hombre contra las dificultades que le habia presentado la terrible cornisa no se habia ejecutado sin ruido, de modo que al levantarse Chicot del suelo se encontró frente á frente con un soldado.

--¡Ah! ¡Dios mio! ¿Os habeis lastimado, señor Chicot? le preguntó este presentándole al mismo tiempo la punta de su alabarda como para que se apoyase en ella.

--¡Otro mas! pensó Chicot.

Y haciéndose cargo del interés que acababa de manifestarle aquel buen hombre, añadió:

--No, amigo mio; no me he hecho el menor daño.

--Pues babeis tenido fortuna, repuso el soldado y desafío á cualquiera á que ejecute esa operacion sin romperse la cabeza: en verdad que solo vos, señor Chicot, sois capaz de semejante esfuerzo.

--Pero ¿de donde diablos sabes tu mi nombre? exclamó Chicot sorprendido y procurando pasar adelante.

--Lo sé porque hoy os he visto en palacio y he preguntado: ¿quién es ese caballero de alta categoria que habla con el rey?

--Es el señor Chicot, me han contestado: por eso lo sé.

--Eres un hombre sumamente atento, observó Chicot, y como yo tengo mucha prisa en este instante, me permitirás...

--¿Qué señor Chicot?

--Que te deje y vaya á mis asuntos.

--Lo siento mucho, señor, pero tengo la consigna de no dejar salir á nadie de pala-

cio durante la noche.

—Ya ves que se puede salir, puesto que yo he salido.

—Esa es una razon, bien lo sè; pero...

—¿Pero?

—Que volvereis á entrar, y nada mas, señor Chicot.

—¡Ah! no.

—¿Cómo no?

—Por alli á lo menos: el camino es demasiado malo.

—Si fuera oficial en vez de ser soldado, os preguntaria porque habeis salido por alli, pero esto no me corresponde; lo que me corresponde es que os volvais adentro. Os ruego, señor Chicot, que lo hagais como os lo digo.

El soldado empleó en su súplica tal acento de persuacion, que este acento enterneció á Chicot, y en su consecuencia metió la mano en el bolsillo y sacó diez pistolas.

—Eres demasiado económico, amigo mio, le dijo, para no comprender que puesto que mi ropa ha quedado como ves por haber pasado por alli, seria mucho peor si volviera á pasar por el mismo sitio, pues aca-

baria de romper mi vestido y tendria que andar desnudo, cosa que seria muy indecente en una córte dónde hay tantas mujeres jóvenes y lindas, empezando por la reina: déjame, pues, pasar para ir á casa del sastre, amigo mio.

Y diciendo así le puso las diez pistolas en la mano.

--Pero pasad pronto, señor Chicot, pasad pronto, dijo el soldado guardándose el dinero.

Cuando Chicot se halló en la calle, procuró orientarse bien y vió que habia andado toda la ciudad para llegar á palacio; tenia que seguir el camino contrario puesto que debia salir por la puerta opuesta á la por donde habia entrado. Como la noche estaba clara y no podia favorecer una evasion, Chicot echaba de menos las buenas noches nebulosas de Francia, que en aquella hora permitian transitar por las calles de París á cuatro pasos uno de otro sin verse; ademas, sus zapatos claveteados resonaban sobre los guijarros como herraduras de caballo.

El malaventurado embajador apenas vol-

vió la esquina de la calle se encontró manos á boca con una patrulla; pero inmediatamente se paró reflexionando que se haría sospechoso si trataba de evadirse ó forzar el paso.

--Buenas noches, señor Chicot, le dijo el jefe de la patrulla saludándole con la espada: ¿quereis que os acompañemos al palacio, si es que os habeis extraviado y buscáis vuestro camino?

--¡Diablo! todo el mundo me conoce aquí, murmuró Chicot. ¡Pardiez! ¡qué cosa mas extraña!

En seguida añadió en voz alta y con el aire mas desembarazado del mundo:

--No, señor alfez, os equivocais, no voy á palacio.

--Haceis mal, señor Chicot, respondió gravemente el oficial.

--¿Y por qué, señor?

--Porque un edicto muy severo prohíbe á los habitantes de Nerac salir de noche á no ser en casos de urgente necesidad, sin permiso y sin linterna.

--Permitidme que os diga, replicó Chicot, que el edicto no puede hablar conmigo.

--¿Y por qué no?

--Porque no soy de Nerac.

--Sí, pero estais en Nerac... Habitante no quiere decir que es de... si no que vive en... Y no me negareis que vivis en Nerac, puesto que os encuentro en las calles de Nerac.

--Sois lógico, señor, pero desgraciadamente tengo prisa, y os suplico que cometais una leve infraccion de vuestra consigna y me dejéis el paso libre.

--Vais á perderos, señor Chicot; Nerac es una ciudad tortuosa; necesitais que os guíen; permitidme que tres de mis soldados os acompañen hasta el palacio.

--Ya os he dicho que no voy al palacio.

--¿Pues á dónde vais?

--Cuando no puedo dormir de noche me paseo. Nerac es una ciudad encantadora, segun me ha parecido, y quiero verla y estudiarla.

--Os acompañarán á donde gustéis, señor Chicot. ¡Hola, tres hombres!

--Os suplico, caballero, que no me priveis de la parte pintoresca de mi paseo; me gusta ir solo.

--Os asesinarán los ladrones.

--Tengo mi espada.

--¡Ah! es cierto: no la habia visto; entonces sereis arrestado por el preboste por llevar armas.

Chicot vió que no habia medio de salir de su apuro por medio de sutilezas, y llevándose al oficial aparte le dijo:

--Siendo jóven como sois, caballero, debéis saber que el amor es un tirano imperioso.

--Es cierto, señor Chicot, es cierto.

--Pues bien, mi alferéz, el amor me abrasa, y tengo que visitar á cierta dama.

--¿Dónde?

--En cierto barrio.

--¿Jóven?

--Veinte y tres años.

--¿Bella?

--Como los amores.

--Os felicito por ello, señor Chicot.

--Bien, en ese caso me dejareis pasar.

--¡Diablo! ¿Parece que hay urgencia?

--Urgencia, sí, decís bien, señor.

--Pasad.

--Pero solo, ¿no es verdad? ¿Ya conoceréis

que yo no puedo comprometer?

--¡Como pues!... Pasad, señor Chicot, pasad.

--Sois muy galante, mi alferéz.

--¡Señor!

--Sí, pardiez, ese es un buen rasgo. Pero veamos, ¿cómo me conocéis?

--Os he visto en palacio con el rey.

--¡Hé aquí lo que son las poblaciones pequeñas! dijo para sí Chicot; si fuera posible que en París me conocieran como aquí, ¡cuantas veces habria sacado agujereada la piel en vez del jubon!

Y apretó la mano del jóven oficial, que le dijo:

--A propósito, ¿porqué lado vais?

--Hácia la puerta de Agen.

--¡Cuidado con perderse!

--¿No es este el camino?

--Sí, seguid todo derecho, y deseo que no tengais ningun mal encuentro.

--Gracias, contestó Chicot, y partió mas ligero y alegre que nunca.

Aun no habia andado Chicot cien pasos, cuando se halló de manos á boca con la ronda.

—¡Pardiez! ¡qué bien guardada que está la ciudad! dijo para sí Chicot.

—¡No se puede pasar! gritó el preboste con voz de trueno.

—Pero, señor, replicó Chicot, desearia sin embargo....

—¡Ah! ¡señor Chicot! ¿sois vos? ¿Cómo andais por las calles con un viento tan frio? preguntó el magistrado.

—¡Ah! decididamente esto es una apuesta, dijo para sí Chicot muy inquieto, y saludando hizo un movimiento para continuar su camino.

—Señor Chicot, dijo el preboste, os advierto....

—¿Qué teneis que advertirme?

—Que equivocais el camino, puesto que os veo dirigir hácia el lado de las puertas.

—Precisamente.

—Entonces os prenderé, señor Chicot.

—¡Hariais una gran cosa por cierto, señor magistrado!

—¡Sin embargo!

—Acercaos, señor preboste, y que vuestros soldados no oigan lo que vamos á hablar.

El preboste se aproximó y dijo:

—Decid lo que queráis, os escucho.

—El rey me ha dado una comision para el oficial de la guardia de la puerta de Agén.

—¡Ab! ¡ah! exclamó el preboste con aire de sorpresa.

—¿Os admiráis?

—Sí.

—Sin embargo, no debiais admiraros, puesto que me conoceis.

—Os conozco por haberos visto en el palacio con el rey.

Chicot dió una patada en el suelo, señal evidente de que empezaba á impacientarse.

—Esto debe bastar para probaros que obtengo la confianza de S. M.

—Sin duda, sin duda; id, pues, á desempeñar la comision del rey; ya no os detengo.

—Es gracioso, dijo para sí Chicot. ¡Cuántas dificultades! Parece que todo el mundo se ha empeñado en no dejarme andar esta noche. ¡Diablo! allí veo una puerta: debe ser la de Agén; dentro de cinco minutos me ballaré fuera.

Llegó efectivamente á aquella puerta guardada por un centinela que se paseaba de arriba á bajo con el mosquete al brazo.

—Perdonad, amigo mio, dijo Chicot, ¿quereis mandar que me abran la puerta?

—Yo no mando, señor Chicot, respondió el centinela con dulzura, puesto que soy soldado raso.

—¿Tambien tú me conoces? exclamó Chicot exasperado.

—Tengo ese honor, señor Chicot: esta mañana estaba de guardia en palacio y os vi hablar con el rey.

—Pues bien, amigo mio, puesto que me conoces, sabe una cosa.

—¿Cuál?

—Que el rey me ha dado un mensaje muy urgente para Agén: ábreme, pues, la poterna solamente.

—Lo haria con mucho gusto, señor Chicot; pero yo no tengo las llaves.

—¿Quién las tiene?

—El oficial de servicio.

Chicot suspiró y preguntó:

—¿Y dónde está el oficial de servicio?

—¡Oh! no os incomodeis por eso.

El soldado tiró de una campanilla, que fué á despertar en su puesto al oficial dormido.

—¿Qué hay? preguntó este asomando la cabeza por su ventana.

—Mi teniente, es un caballero que quiere que le abran la puerta para salir al campo.

—¡Ah! Señor Chicot, exclamó el oficial, perdonad que os haya hecho esperar; al momento bajo.

Chicot se mordía las uñas, pudiendo ya apenas reprimir su cólera.

—¿Pero no he de encontrar una sola persona que no me conozca? ¿Es por ventura Nerac una linterna y yo la luz?

En aquel momento se presentó en la puerta el oficial, y avanzando con paso presuroso, dijo:

—Perdonadme, señor Chicot, estaba durmiendo.

—Nada tengo que perdonar, señor, dijo Chicot: la noche se ha hecho para eso. ¿Seriais tan amable que diéseis orden para que me abrieran la puerta? Desgraciadamente yo no duermo. ¿Sin duda sabreis tambien que el rey me conoce?

—Os he visto hablar hoy con S. M. en palacio.

—Eso es, justamente, dijo Chicot con cierto aire de mal humor.

—Pues bien, si me habeis visto hablar con el rey, á lo menos no me habreis oido hablar.

—No, señor Chicot, no digo mas que lo que es.

—Yo tambien; hablando, pues, el rey conmigo, me mandó que fuese esta noche á desempeñar cierto encargo en Agén. ¿No es esta la puerta de Agén?

—Sí, señor Chicot.

—¿Está cerrada?

—Como veis.

—Os suplico que mandeis abrirla.

—No teneis que suplicarme nada, señor Chicot. ¡Anthenas, Anthenas, abrid la puerta á M. Chicot, pronto, pronto!

Chicot abrió tamaños ojos, y respiró como un buzo que sale del agua despues de cinco minutos de inmersion.

La puerta rechinó sobre sus goznes, puerta del paraíso para el pobre Chicot, que entreveia detras de ella todas las delicias de la libertad.

—Gracias, señor oficial, dijo saludándole cordialmente.

—Adios, señor Chicot, adios, buen viaje.

Y Chicot dió un paso hácia la puerta.

—A propósito: ¿qué atolondrado soy! gritó el oficial corriendo detrás de Chicot y sujetándole por la manga; me olvidaba, señor Chicot, de pedir os vuestro pase.

—¿Cómo! ¿mi pase?

—Ciertamente: sois militar, señor Chicot, y ya sabéis lo que es un pase, ¿no es verdad? Nadie puede salir de una ciudad como Nerac sin pase del rey, sobre todo cuando el rey la habita.

—¿Y por quién debe estar firmado ese pase?

—Por el mismo rey, y puesto que el rey es quien os envia fuera de la ciudad, no se habrá olvidado de daros un pase.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que dadais que sea el rey quien me envia? dijo Chicot brotando fuego por los ojos, porque veia frustrada su tentativa, y la cólera le sugería el mal pensamiento de matar al oficial y al conserje, y huir por la puerta abierta á riesgo de ser perseguido en su fuga por cien arcabuzazos.

—Yo no dudo de nada, señor Chicot, sobre todo de esas cosas que os dignais contarme: pero reflexionad que si el rey os ha dado esa comision....

—¡En persona, en persona!

—Una razon mas; luego S. M. sabe que vais á salir....

—¡Voto á Cribas! exclamó Chicot. Ya lo creo que lo sabe.

—¿Luego tendré que entregar mañana una licencia de salida al gobernador de la plaza?

—¿Y quién es el gobernador de la plaza? preguntó Chicot.

—M. de Mornay, que no juega con las consignas, señor Chicot, debeis saber esto, y que me haria pasar por las armas lisa y llanamente si faltase á la mia.

Chicot comenzaba á acariciar el puño de su espada con maligna sonrisa, cuando volviéndose, notó que la puerta estaba obstruida por una ronda exterior, la cual se hallaba allí precisamente para impedir el paso á Chicot, aun cuando hubiese matado al teniente, al centinela y al conserje.

—Vamos, dijo Chicot suspirando, está

bien jugado: soy un tonto y he perdido.
Y tomó el prudente partido de volverse atrás.

—¿Quereis que os acompañen, señor Chicot? preguntó el oficial.

—No hay necesidad, gracias, contestó Chicot.

Volvió, pues, Chicot á desandar su camino; pero aun no habia terminado su martirio.

A los pocos pasos encontró al preboste, el cual le dijo:

—¡Calla! ¿señor Chicot, habeis ya despachado vuestra comision? ¡Diablo! sois mas ligero que el viento.

Un poco mas lejos le cogió el alferéz en la esquina de la calle y le gritó:

—Buenas noches, señor Chicot: ¿habeis visto ya á esa dama? ¿Os gusta Nerac?

En fin, el soldado del peristilo, que continuaba de centinela en el mismo puesto, le disparó su última andanada:

—¡Cáspita señor Chicot, le dijo, que mal os ha vestido el sastre, pues os aseguro que estais mas roto que al salir.

No queriendo Chicot despojarse como una

fiebre volviendo á pasar por la maldita imposta, se acostó delante de la puerta y fingió quedarse dormido.

Por acaso, ó mas bien por caridad, se abrió la puerta y Chicot entró en Palacio, corrido y cabizbajo.

Enternecido el paje, que continuaba en su puesto, al verle tan mobino le dijo:

--¿Quereis, señor Chicot, que os explique todo esto?

--Explica lo que quieras, hijo de Barrabás, contestó Chicot con aire de mal humor.

--Pues bien, es tanto lo que el rey os ama, que ha querido guardaros.

--¿Y lo sabias, bribon, y no me lo has dicho?

--No podía, señor Chicot: era un secreto de estado.

--¿No te he pagado, picaro?

--¡Oh! el secreto valia mas de diez pistolas; supongo que convendreis en ello, señor Chicot.

Chicot entró en su cuarto y se durmió.



CAPITULO V.

EL MONTERO MAYOR DEL REY DE NAVARRA.

UEGO que Margarita dejó al rey pasó al cuarto de las camaristas, acompañada de su médico Chirac, que dormía en palacio.

Ambos entraron en el dormitorio de la pobre Fosseuse, que, pálida y rodeada de miradas curiosas, se quejaba de dolores de estómago, sin querer ¡tan grande era su dolor! contestar á ninguna pregunta, ni aceptar ningún consuelo.

Fosseuse tenía á la sazón de veinte á

veinte y un años; era linda, de ojos azules, de cabellos rubios, de cuerpo flexible y lleno de molicie y gracia; tres meses hacia que no salia, quejándose de cierta laxitud que la impedía levantarse; al principio estaba siempre sentada en un sitial, y despues acabó por pasar del sitial á la cama.

Chirac empezó por despedir á todos cuantos estaban presentes, y apoderándose de la cabecera de la enferma, se quedó solo con ella y la reina.

Asustada Fosseuse de estos preliminares, á los que las dos fisonomias de Chirac y de la reina, la una impasible y la otra helada, no dejaban de dar cierta solemnidad, se incorporó sobre su almohada, y balbuceó unas cuantas palabras de agradecimiento por el honor que le dispensaba la reina, su señora.

Margarita estaba mas pálida que Fosseuse, porque el orgullo herido es mas doloroso que la crueldad ó la enfermedad.

Chirac tomó el pulso á la jóven, aunque puede decirse que contra su voluntad.

—¿Qué sentís? le preguntó despues de un momento de exámen.

—Dolores de estómago, señor, respondió la pobre niña; pero creo que no será nada, y si tuviera tranquilidad...

—¿Qué tranquilidad, señorita? preguntó la reina.

Fosseuse se echó á llorar.

—No os aflijais, continuó Margarita: S. M. me ha rogado que venga á veros para tranquilizar vuestro espíritu.

—¡Oh! ¡cuántas bondades, señora!

Chirac soltó la mano de la enferma y dijo:

—Ya sé cuál es vuestro mal.

—¿Lo sabeis? murmuró Fosseuse temblando.

—Si, sabemos que debéis sufrir mucho, añadió Margarita.

Fosseuse continuaba aterrada al considerar que se hallaba á merced de dos impasibilidades, la de la ciencia y la de los celos.

Margarita hizo una seña á Chirac, el cual salió de la habitación. Entonces el miedo de Fosseuse se convirtió en temblor, y estuvo á punto de desmayarse.

—Señorita, dijo Margarita, aunque hace algun tiempo que os conducís conmigo como una persona estraña, y á pesar de que

dia por dia me han dado cuenta de vuestros malos oficios para conmigo cerca de mi marido...

—¿Yo, señora?

—No me interrumpais. Aunque al fin habeis aspirado á un bien demasiado superior á vuestra ambicion, la amistad que es tenia y la que he profesado siempre á las personas de honor á que pertenecis, me escita á socorreros en la desgracia que ahora os aflije.

—Señora, os juro...

—No negueis: teogo ya demasiados pesares. Confesádmelo todo, y os serviré como una madre; tengo tanto interés como vos en vuestro honor, puesto que me pertenecis.

—¡Oh! ¡señora, señora! ¿conque dais crédito á lo que dicen?

—Os digo que no me interrumpais, señorita, porque me parece que el tiempo urge. Quería deciros que en este momento M. Chirac, que sabe vuestra enfermedad, pues tendreis presentes las palabras que acaba de deciros, se halla en las antecámaras, donde anuncia á todos que la enfermedad con-

tagiosa de que se habla en el país está en palacio, y que, según los síntomas, estais amagada de ella. Sin embargo, yo, si es tiempo todavía, os llevare al Mas de Agenois, que es una casa muy separada del rey, mi marido; allí estaremos solas ó poco menos; el rey por su parte sale con su comitiva á una cacería en la que, según dice, pasará muchos días; no saldremos del Mas de Aguenois hasta después de vuestro alumbramiento.

—¡Señora, señora, exclamó la Fosseuse encendido el rostro de vergüenza y de dolor, si creéis todo lo que me dicen de mí, dejadme morir miserablemente!

—Mal correspondeis á mi generosidad, señorita, y contais también demasiado con la amistad del rey, que me ha suplicado que no os abandone.

—¿El rey? ¿Ha dicho el rey?....

—¿Dudais de lo que digo, señorita? Yo si no viera los síntomas de vuestro mal, si no adivinára por vuestros dolores que se aproxima la crisis, acaso tendría fé en vuestras negativas.

En aquel momento, como para dar to-

da la razon á la reina, la pobre Fosseuse, abrumada por los dolores de un mal furioso, volvió á caer livida y palpitante sobre su cama.

Margarita la contempló largo rato sin cólera, pero tambien sin lástima.

—¿Quereis todavía que crea vuestras negativas, señorita? dijo á la desgraciada enferma cuando ésta pudo levantarse y mostró levantándose un rostro tan desencajado y tan bañado en lágrimas que hubiera enternecido á la misma Catalina.

En aquel instante, como si Dios hubiese querido enviar socorro á la pobre niña, se abrió la puerta, y el rey de Navarra entró precipitadamente.

Enrique, que no tenia para dormir las mismas razones que Chicot, no habia dormido. Despues de haber trabajado una hora con Mornay, y haber tomado, durante esta hora, todas sus disposiciones para la caza tan pomposamente anunciada á Chicot, corrió al pabellon de las camaristas.

—¿Y bien, qué dicen? dijo al entrar. ¡Que mi hija Fosseuse sigue mala!

—¿Veis, señora, exclamó la jóven á la vis-

ta de su amante, y cobrando ánimo con el socorro que le llegaba, veis como el rey nado ha dicho, y que hago bien en negar?

—Señor, interrumpió la reina volviéndose hacia Enrique, os suplico que pongais término á esta lucha humillante; creo haber comprendido hace poco que V. M. me honraba con su confianza revelándome el estado de esta señorita. Advertidla, pues, que estoy al corriente de todo para que no se permita dudar cuando yo afirmo.

—Hija mia, preguntó Enrique con una ternura que no intentó disimular, ¿conque insistis en negar?

—El secreto no me pertenece, señor, respondió la animada niña, y mientras no reciba vuestro permiso para decirlo todo...

—Mi hija Fosseuse tiene muy buen corazon, reñora, replicó Enrique; os suplico que la perdoneis, y vds, hija, tened confianza en la bondad de vuestra reina; el agradecimiento es cosa que me incumbe, y me encargo de él.

Diciendo así, Enrique cogió la mano de Margarita y se la apretó con efusion.

En aquel momento, una ola amarga de

dolor vino á acometer de nuevo á la jóven; cedió, pues, por segunda vez á la tempestad, doblegada como un lirio, é inclinó su cabeza lanzando un sordo y doloroso gemido.

Enrique se enterneció sobre manera al ver aquella frente pálida, aquellos ojos llenos de lágrimas, aquellos cabellos húmedos y esparcidos, al ver, en fin, brotar de las sienes y de los labios de Fosseuse ese sudor de la angustia que parece próximo á la agonía.

Enagenado, fuera de sí y con los brazos abiertos, se precipitó hácia ella, y dejándose caer de rodillas delante de su cama, exclamó con dolorido acento:

—¡Fosseuse, mi querida Fosseuse!

Margarita, entretanto, triste y silenciosa, fué á apoyar su frente abrasada contra los vidrios de la ventana.

Fosseuse tuvo fuerzas para levantar sus brazos y ceñirlos al cuello de su amante; en seguida pegó sus labios á los de Enrique creyendo que iba á morir, y que en este último beso daba á Enrique su alma y su adios.

Despues volvió á caer sin conocimiento.

Enrique, tan pálido como ella, inerte y sin voz como ella, dejó caer su cabeza sobre las sábanas de su lecho de agonía, que parecía iba á ser pronto su mortaja.

Margarita se aproximó á aquel grupo en que estaban confundidos el dolor físico y el dolor moral.

—Levantaos, señor, y dejadme cumplir el deber que me habeis impuesto, dijo con magestad enérgica; pero viendo que Enrique no recibia bien aquella manifestacion, pues se contentó con levantar una rodilla del suelo, añadió:

—Nada temáis, señor: desde que mi orgullo solo es el ofendido, soy fuerte; si lo fuese tambien mi corazon, acaso no podria responder de mí; pero afortunadamente nada tiene que hacer mi corazon en todo esto.

Enrique enderezó la cabeza y dijo:

—¿Señora?

—No digais ni una palabra mas, señor, exclamó Margarita, ó creeré que vuestra indulgencia ha sido un cálculo. Somos hermano y hermana; nos entenderemos.

Enrique la aproximó á la cama, y puso en su mano calenturienta la helada de Fosseuse.

—Id, id á vuestra caseria, señor, dijo la reina; cuanto mas gente lleveis con vos, mas miradas curiosas alejareis del lecho de... esta señorita.

—No he visto á nadie en las antecámaras, dijo Enrique.

—En efecto, no hay nadie replicó Margarita sonriéndose: creen que está aquí la peste; apresuraos, pues, á ir á divertirnos en otra parte.

—Señora, dijo Enrique, me retiro; voy á cazar por los dos.

Y fijando una mirada tierna en Fosseuse, todavía desmayada, salió precipitadamente de la habitación.

Cuando se vió en las antecámaras sacudió la cabeza como para hacer caer de su frente un resto de inquietud; en seguida, risueño ya, como de costumbre; subió al cuarto de Chicot, que, segun hemos dicho, dormía á pierna suelta.

El rey mandó que le abrieran la puerta, y meneando fuertemente á Chicot,

—¡Eh, eh! compadre, le dijo, arriba: son ya las dos de la mañana.

—¡Ah! Diabla, dijo Chicot, ¿me llamis,

compadre, señor? ¿Por ventura, me tomáis por el duque de Guisa?

En efecto, siempre que hablaba Enrique del duque de Guisa tenia la costumbre de llamarle su compadre.

—Os tomo por mi amigo, dijo.

—¿Y sin embargo, me teneis prisionero? ¿A mí que soy un embajador? ¿Señor, mirad que violais el derecho de gentes?

Enrique se echó á reir, y Chicot, hombre de humor, sobre todo, no pudo ménos de hacerle compañía.

—¿Estás loco? ¿Por qué diablos querias marcharte de aquí? ¿No estás bien tratado?

—Demasiado bien, á fé mia, demasiado bien; se me figura que soy aquí un pato que ceban en el corral. Todo el mundo me dice: "chiquito, chiquito, Chicot, ¡qué mono es!" pero me cortan las alas y me cierran la puerta.

—Chicot, hijo mio, dijo Enrique meneando la cabeza, tranquilizate no estás bastante gordo para mi mesa.

—Observo, señor, dijo Chicot levantándose, que estais muy alegre y animado esta mañana. ¿Qué noticias hay?

—Que voy de cacería y siempre que salgo á caza, estoy contento. ¡Ea, fuera de la cama, compadre, fuera de la cama!

—¡Cómo, me llevais, señor!

—Serás mi historiógrafo, Chicot.

—Tomaré nota de los tiros que se disparan?

—Justamente.

Chicot meneó la cabeza.

—¡Y bien! ¿qué tienes? preguntó el rey.

—Tengo, respondió Chicot, que jamás he visto semejante alegría sin inquietud.

—¡Bah!

—Sí, es como el sol cuando...

—¿Y qué?

—Nada, señor, sino que la lluvia, relámpagos y truenos no están lejos.

Enrique se acarició la barba sonriendo y respondió:

—Si hay tempestad; Chicot, mi capa es grande y te cubrirá.

Saliendo despues á la antecámara, mientras que Chicot se vestia refunfuñando, dijo el rey en voz alta.

—¡Mi caballo, y que digan á M. de Mor-nay que le espero!

—¡Ah! dijo Chicot, ¿es M. de Mornay el montero mayor de esta cacería?

—M. de Mornay es aquí todo, Chicot, respondió Enrique. El rey de Navarra es tan pobre que no tiene el medio de dividir sus cargos en especialidades. No tengo mas que un hombre.

—¡Si , pero es bueno! dijo Chicot suspirando.



CAPITULO VI.

COMO SE CAZABA EL LOBO EN NAVARRA.

 AL dirigir Chicot la vista á los preparativos de marcha, no pudo menos de observar que las cacerías del rey Enrique de Navarra eran menos suntuosas que las del rey Enrique de Francia.

Doce ó quince gentiles-hombres solamente, entre los cuales reconoció al vizconde de Turena, objeto de las disputas matrimoniales, formaban toda la comitiva de S. M. Además, como estos señores no eran ricos

sino superficialmente, como no tenían rentas muy pingües para hacer gastos inútiles, y aun muchas veces ni los de mayor utilidad, casi todos, en lugar del traje de caza que se usaba en aquel tiempo, llevaban el casco y la coraza, lo cual movió á Chicot á preguntar si los lobos de Gascona tenían en sus bosques mosquetes y artillería.

Enrique oyó la pregunta, á pesar de no haberse hecho directamente á él, se aproximó á Chicot, y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—No, hijo mio, los lobos de Gascona no tienen ni mosquetes ni artillería, pero son bestias feroces que tienen uñas y dientes, y atraen á los cazadores á las selvas donde se arriesga mucho sacar la ropa rasgada por los cambrones y malezas, y si bien puede ser destrozado un vestido de seda ó de terciopelo, y hasta un jubon de paño ó de búfalo, no sucede lo mismo con una coraza.

—Esa es una razon, dijo Chicot, pero no muy buena.

—¿Qué quieres? contestó Enrique: no tengo otra.

—Será, pues, necesario que me contente con esa.

—Es lo mejor que puedes hacer hijo mio.

—Sea.

—Hé ahí un *sea* que puede pasar por una crítica embozada, replicó Enrique sonriendo. ¿Estás enfadado conmigo porque te he hecho levantar para ir á la cacería?

—Sí, á *fé mia*.

—Y glosas.

—¿Está prohibido?

—No, amigo mio, no; la glosa es moneda corriente en Gascuña.

—¡Diablo! Hacedos el cargo, señor, de que yo no soy cazador, dijo Chicot, y es necesario que me ocupe en alguna cosa, yo, pobre ocioso, que no tengo nada que hacer, al paso que vosotros os relameis los bigotes con el olorcillo de esos buenos lobos que vais á cazar entre doce ó quince que sois.

—¡Ah! sí, dijo el rey sonriéndose con esta nueva pulla de Chicot, primero los vestidos, ahora el número; búrlate, búrlate de nosotros, amigo mio.

—¡Oh! señor.

—Pero permíteme que te diga que no eres indulgente, hijo mio; el Bearné no es grande como la Francia; el rey, allá abajo,

marcha siempre con doscientos cazadores, y yo aquí salgo con doce como ves.

—Sí, señor.

—Pero, continuó Enrique, vas á creer que echo sanfarronadas, Chicot; no importa, te diré que muchas veces aquí, lo que no sucede allá abajo, al saber los gentiles-hombres de campo que salgo á cazar abandonan sus casas y vienen á acompañarme, lo que en muchas ocasiones me proporciona una respetable escolta.

--Ya vereis, señor, como no tengo el honor de presenciarse semejante cosa, dijo Chicot, decididamente estoy de desgracia.

--¿Quién sabe? respondió Enrique con su sonrisa chancera.

Después, cuando habían dejado atrás á Nerac y cuando llevaban poco mas ó menos media hora de marcha,

--Aguarda, dijo Enrique á Chicot poniéndose la mano encima de los ojos como para formar una visera, no, creo que no me engaño.

—¿Qué hay? preguntó Chicot.

--Mira allá abajo, hácia las barreras del pueblo de Moiras, ¿no es gente á caballo la que veo?

Chicot se alzó sobre sus estribos y dijo:

--¡Pardiez! creo que teneis razon.

--Y yo estoy seguro de ello.

--Hombres á caballo, si, dijo Chicot mirando con mas atencion; pero cazadores, no.

--¿Por qué no cazadores?

--Porque vienen armados como otros Rolandos y otros Amadis de Gaula, respondió Chicot.

--¡Ea! ¿qué importa el traje mi querido Chicot! Ya puedes haberte convencido al vernos que el vestido no hace al cazador.

--Pero, señor, exclamó Chicot, veo por la parte mas corta doscientos hombres allá abajo.

--Y bien, ¿qué prueba esto, hijo mio? Que Moiras es un censo.

La curiosidad de Chicot se aumentaba cada vez mas.

La tropa, cuyo número habia calculado en efecto Chicot en un guarismo muy bajo, pues se componia de doscientos cincuenta ginetes, se incorporó silenciosamente á la escolta; cada uno de los hombres que la formaban estaba bien montado, bien equipado, y la fuerza total venia mandada por un hom-

bre de buena presencia que se llegó á besar la mano de Enrique con cortesía y respeto.

Pasaron el Gers por un vado, y entre este rio y el Garona, en una hondonada, encontraron otra partida de cien hombres, cuyo jefe se acercó á Enrique y pareció escusarse por no haber podido reunir mayor número de cazadores; el rey acogió sus palabras alargándole la mano.

Prosiguieron la marcha y llegaron al Garona, que atravesaron del mismo modo que el Gers, pero como es mas profundo que este, perdieron tierra los caballos á las dos terceras partes del rio, y fué preciso nadar unos treinta ó cuarenta pasos; á pesar de todo, pisaron la opuesta orilla sin el menor accidente.

—¡Ira de Dios, señor! dijo Chicot. ¡En qué faena os ejercitais! Teniendo puentes mas allá y mas acá de Agen, ¿os divertis en empapar de ese modo vuestras corazas?

—Mi querido Chicot, contestó Enrique, nosotros somos unos salvajes y es preciso perdonarnos. No ignoras que mi hermano el difunto Carlos me llamaba su jabalí; pues

bien, esta fiera... pero tú no eres cazador y no puedes entenderme; el jabali nunca se desvía, sigue derecho su camino; yo le imito, supuesto que llevo su nombre, y tampoco me separo del objeto que me propongo. Se presenta un río, lo paso sin rodeos; encuentro una ciudad delante de mi, y por Cristo que me la trago como una empanada.

Esta broma del bearnés produjo ruidosas carcajadas entre los que la oyeron.

M. de Mornay, que no abandonaba el lado del rey, fué el único que no se rió con estrépito, contentándose con morderse los labios, lo cual en él era indicio de una hilaridad extravagante.

—Mornay está hoy de buen humor, dijo Enrique muy contento y en voz baja á Chicot, pues acaba de reirse de mi chanzoneta.

Chicot se preguntó así mismo de cual de los dos debia reirse, si del rey, que tan alegre se mostraba por haber hecho reir á su consejero, ó de este, que con tanta dificultad consentia en reirse.

Pero sobre todo, la admiracion era entonces el sentimiento dominante de Chicot.

Al otro lado de Garona, como á media legua de rio, aparecieron á los ojos de Chicot trescientos hombres que estaban ocultos en un bosque de pinos.

—¡Oh! ¡oh! ¡señor! dijo á Enrique. ¿No serán esos hombres algunos envidiosos que habrán oido hablar de vuestra caceria y que tal vez intentan oponerse á ella?

—No, hijo mio, te engañas de medio á medio; son amigos que vienen de Puymirrol, verdaderos amigos.

—¡Por Cristo, señor! Vais á contar hoy mas hombres en vuestros séquito que árboles en el monte.

—Chicot, hijo mio, replicó Enrique, yo creo, y Dios me perdone el pensamiento, que se ha esparcido ya en el pais la noticia de tu llegada, y que estos hombres acuden de los cuatro puntos de mi reino para hacer los honores al rey de Francia, cuyo embajador eres.

Chicot tenia demasiado talento para dejar de conocer que hacia tiempo se burlaban de él.

Al oír las palabras del rey arrugó el entrecejo, pero no se incomodó.

La jornada dió fin en Monroy, punto en que los gentiles-hombres del distrito, como si de antemano hubieran sabido que el rey de Navarra debía pasar por allí, le sirvieron una cena regalada, de la cual se aprovechó Chicot con entusiasmo, pues la comitiva no habia juzgado conveniente detenerse en el camino para una cosa tan poco importante como comer, y por lo mismo nadie habia probado cosa alguna desde que salieron de Nerac.

Se habia dispuesto para Enrique la mejor casa de la ciudad; la mitad de la gente se acomodó en la calle donde estaba situada esta casa, y la otra mitad fuera de puertas.

—¿Y cuándo empieza la caza? preguntó Chicot á Enrique al ver que este mandaba que le quitasen botas.

—Todavía no hemos llegado al territorio de los lobos, mi querido Chicot, contestó Enrique.

—¿Y cuando llegaremos?

—¡Curioso!

—Nada de eso, señor, pero todo el mundo desea saber á dónde va.

—Mañana lo sabrás, hijo mio: entretanto acuéstate en esos cojines que están á mi izquierda: ya ves como ronca Mornay á mi derecha.

—¡Cáspita! Y tiene el sueño mas estrepitoso que la risa.

—Es verdad contestó Enrique; es poco amigo de meter ruido, pero da mucho gusto verle en las faenas de la caza, y ya le verás.

No bien empezaba á amanecer, cuando los relinchos de los caballos despertaron á Chicot y al rey de Navarra.

Un anciano gentil-hombre que quiso servir al rey en persona, le presentó una rebanada de pan con miel y el vino especiado de la mañana.

Mornay y Chicot fueron servidos por los criados de este gentil-hombre.

Concluido el desayuno se tocó bota-sillas.

—Vámonos, vámonos, dijo Enrique, porque hoy nos espera buena jornada; á caballo, señores á caballo.

Chicot vió con el mayor asombro que se habian reunido á la cabalgata quinientos hombres mas que llegaron por la noche.

—Señor, dijo al rey, esto no es una escolta, ni un acompañamiento, sino un ejército hecho y derecho.

Enrique solo le contestó tres palabras:

—Espera, hombre, espera.

En Lauzerte se aumentaron las fuerzas con seiscientos hombres de infantería.

—¡Infantería! exclamó Chicot.

—Allanadores, respondió el rey nada más que allanadores.

Chicot arrugó el entrecejo, y desde entonces no volvió á desplegar los labios.

Veinte veces se dirigieron sus miradas hácia el campo, esto es, veinte veces cruzó por su mente la idea de emprender la fuga: pero se le habia puesto una guardia de honor, á título sin duda de representante del rey de Francia.

De aquí resultaba que Chicot, que estaba tan bien recomendado á esta guardia como un personaje de la mas alta importancia, no hacia un gesto sin que fuese repetido por diez hombres.

Esto le disgustó en extremo, y así lo hizo presente al rey.

—¡Diablo! le dijo Enrique, tu tienes la

culpa, hijo mio; has querido escaparte de Nerac, tengo miedo que te ocurra hacer ahora lo mismo.

—Señor, os doy mi palabra de honor de que no intentarè ya semejante cosa.

—Sea en buen hora.

—Por otra parte haria muy mal en fugar-me.

—¿Por qué?

—Porque sin duda estoy destinado à ver aqui cosas sumamente curiosas.

—Me alegro, mi querido Chicot, de que sea esa tu opinion, pues es tambien la mia.

En aquel instante atravesaban la poblacion de Montcuq, y cuatro piezas de artilleria se reunian al ejército.

—Vuelvo à mi primera idea, señor, dijo Chicot: los lobos de esta tierra son lobos consumados, pues veo se les trata con precauciones que no se usan contra los lobos ordinarios. ¡Artilleria para ellos, señor!

—¿Tambien has reparado en eso? contestó Enrique. ¿Qué quieres? Es una mania de los habitantes de Montcuq, à quienes he regalado para sus ejercicios esas cuatro piezas que compré en España, y que han pa-

sado la frontera de contrabando: no saben ir sin ellas á parte alguna.

—En fin, señor, murmuró Chicot ¿llegaremos hoy?

—No, mañana.

—¿Por la mañana ó por la noche?

—Por la mañana.

—De modo que vamos á cazar á Cahors; ¿no es verdad?

—Hacia ese lado.

—Pero, señor, ya que llevais infanteria, caballeria y artilleria para cazar lobos, ¿cómo es que dejais olvidado el estandarte real? No honrais completamente á esas nobles fieras.

—No permanece olvidado, Chicot. ¡Pues eso hubiera faltado por vida mia! Lo que hay es que está en su funda para que no se aje. Pero ya que á toda costa, hijo mio, te hace falta un estandarte para saber bajo que bandera militas, te lo vamos á enseñar. Desplegad mi bandera, añadió el rey en alta voz, pues el Sr. Chicot desea conocer las armas de Navarra.

—No, no, es inútil, repuso Chicot; mas tarde lo veremos, [dejadlo donde está, ya que está bien.

—Tranquilízate, pues, dijo el rey, seguro de que lo verás á tiempo y en sitio conveniente.

Pasaron la segunda noche en Catus casi del mismo modo que la primera; desde que Chicot habia dado al rey su palabra de honor de no fugarse, nadie observaba sus pasos.

Dió un paseo por el pueblo, y se adelantó hasta las avanzadas, notando que en todas direcciones llegaban á reunirse al ejército compañías de cien, de ciento y cincuenta y de doscientos hombres, pues aquella noche se habia destinado para la reunion de la infanteria.

—Es una felicidad que no marchemos hasta Paris, dijo Chicot, pues á este paso llegaríamos á la capital con cien mil hombres.

—Al dia siguiente á las ocho de la mañana se hallaban á la vista de Cahors con mil infantes y dos mil caballos.

La ciudad estaba alerta y en estado de defensa, porque los descubridores habian alarmado el país obligando á M. de Vesins á tomar sus precauciones.

—¡Hola! dijo el rey, á quien Mornay co-

municó esta noticia, ¿Nos esperan, eh? Esto contraría un poco nuestros planes.

—Será preciso poner á la plaza sitio en regla, señor, observó Mornay: todavía deben llegarnos dos mil hombres poco mas ó menos, y es cuanto necesitamos para balancear las contingencias de la lucha.

—Reunamos el consejo, añadió M. de Turana, y abramos las zaujas.

Chicot miraba atónito todos los preparativos y oía con el mayor asombro cuanto se hablaba.

La frente arrugada y pensativa del rey de Navarra confirmaba su pensamiento de que Enrique era hombre de pocos alcances militares, convicción que le tranquilizaba algun tanto.

Enrique dejó que todos hablasen, permaneciendo silencioso mientras emitian sucesivamente su opinion los que le rodeaban.

De pronto abandonó sus cavilaciones, irguió la frente, y dijo con acento de autoridad:

--Señores, hé aquí lo que ha de hacerse: tenemos tres mil hombres y esperamos dos mil, ¿no es esto Mornay?

—Sí señor.

—Total, cinco mil. Durante el sitio en regla nos matará el enemigo mil quinientos en dos meses, lo cual desanimará á los demas obligándonos á levantar el sitio y á retirarnos; en la retirada perderemos mil hombres mas, y quedarán reducidas á la mitad de las fuerzas. Sacrifiquemos de una vez quinientos hombres y tomemos á Cahors.

—¿Pero cómo ha de hacerse? preguntó Mornay al rey.

—Mi querido amigo, nos acercaremos sin vacilar á la puerta mas inmediata: en nuestra marcha encontraremos un foso, que cegaremos con saginas; allí caerán doscientos hombres, pero llegaremos á la puerta.

—¿Y despues?

—Haremos saltar la puerta con petardos, y entraremos: me parece que la cosa no es muy difícil.

Chicot miró á Enrique asustado.

—Si, murmuró entre dientes, cobarde y vanidoso como un gascon. ¿Te atreverás tú á colocar el petardo al pié de la puerta?

Al mismo tiempo, y como si hubiese llegado á sus oidos el *aparte* de Chicot, añadió Enrique:

—No perdamos tiempo, señores, porque se nos puede enfriar el almuerzo: adelante, adelante, y sígame quien bien me quiera.

Chicot se acercó á Mornay, á quien no habia tenido ocasion de dirigir una palabra durante el camino.

—Respondedme, señor conde, le dijo al oido, ¿deseais por ventura perecer todos abrasados?

—Señor Chicot, es preciso que eso suceda para prepararnos á cosas mayores, replicó Mornay con la mayor tranquilidad.

—Pero vais á hacer que muera el rey.

—¡Bah! S. M. tiene buena coraza.

—Tambien creo que no será tan loco que se esponga al fuego enemigo.

Mornay se encogió de hombros y volvió las espaldas á Chicot.

—Vamos, dijo este, mas me gusta dormido que despierto, mejor quiero oirle roncar que hablar, porque entonces al ménos no se muestra tan impolitico.



CAPITULO VII.

COMO SE PORTÓ EL REY DE NAVARRA
LA PRIMERA VEZ QUE SE HALLÓ EN UN
COMBATE.

El reducido ejército avanzó hasta situarse á dos tiros de cañon de la plaza, donde se detuvo para almorzar, concediéndose en seguida dos horas de descanso á soldados y oficiales.

A las tres de la tarde, es decir: dos horas antes de anocheecer, llamó el rey á su tienda á los jefes.

Enrique estaba sumamente pálido, y al paso que gesticulaba temblaban sus manos

tan visiblemente, que los dedos parecían ser de algunos guantes puestos á secar.

—Señores, dijo, hemos venido á tomar á Cahors, y es preciso apoderarnos de esta ciudad, ya que no hemos venido á otra cosa; pero debemos triunfar por medio de la fuerza; por medio de la fuerza ¿me entendéis? Es preciso rechazar cuerpo á cuerpo el hierro y el fuego.

—No está mal dicho eso, murmuró Chicot, que comentaba el discurso mentalmente, y si el gesto no desmintiese las palabras, es cuanto pudiera exigirse del mismo M. Crillon.

—El mariscal de Biron, prosiguió Enrique, que ha jurado ahorcar hasta el último hugonote, se halla acampado á cuarenta y cinco leguas de aquí, y á estas horas es muy probable que haya recibido aviso de M. de Vesins noticiándole nuestra llegada á la vista de Cahors, de modo que dentro de cuatro ó cinco días amenazará nuestra retaguardia, y como tiene diez mil hombres nos encontraremos éntre él y la ciudad. Tomemos, pues, á Cahors antes de que venga y en seguida le recibiremos co-

mo M. de Vesins se prepara á recibirnos, aunque, según me figuro, con mayor fortuna; en caso contrario tendrá al menos á su disposición buenos maderos católicos para ahorcar á los hugonotes, y no nos negaremos á proporcionarle esta satisfacción. Ea, señores, á la obra: voy á ponerme á vuestra cabeza, y cuidado con descargar recios golpes menudeándolos como si granizase.

A esto se redujo la real alocución; pero su elocuencia pareció suficiente, pues los soldados contestaron con entusiastas aclamaciones y los oficiales con frenéticos bravos.

--Buen parlanchin, como gascon legítimo, dijo Chicot en voz baja: lo hace perfectamente con la lengua, y estoy seguro de que habrá gimoteado en la cuna á las mil maravillas: en fin, pronto lo veremos delante del fuego.

Aquel reducido ejército se movió al punto á las órdenes de Mornay para ocupar sus respectivas posiciones: el rey acto continuo se acercó á Chicot.

—Perdóname, amigo Chicot, le dijo, si te he engañado hablándote de cacerías, de

lobos y de otras simplezas, pues he debido hacer lo que hago ahora, y esa ha sido siempre tu opinion, supuesto que repetidas veces me han dicho que el rey Enrique no quiere pagarme el dote de su hermana Margarita al paso que Margarita llora y suspira por poseer á Cahors. Ya sabes que es preciso hacer lo que quieren las mujeres, si ha de conservarse la paz en los matrimonios; por lo tanto, querido, voy á tratar de apoderarme de Cahors.

—¿Cómo es que la reina no os pide que conquistéis la luna, ya que sois un marido tan complaciente? replicó Chicot picado ya de las bromas del bearnés.

—Hubiera procurado darla gusto, Chicot, porque quiero tanto á Margarita...

—¡Oh! Creo que Cahors os dará bastante faena y deseo ver cómo salís del paso.

—A este punto queria yo precisamente ir á parar. Escucha, amigo Chicot: este momento es terrible y sobre todo desagradable: yo no confío mucho en mi espada, porque no soy valiente, y la naturaleza tiembla en mí á cada arcabuzazo. Chicot, amigo mio, no te burles demasiado del pobre bearnés.

que es, al fin, tu compatriota y buen camarada; si tengo miedo y lo notas, al menos no lo digas.

—¿Si teneis miedo habeis dicho?

—Sí.

—¿Conque temeis tener miedo?

—Sin duda.

—Pero con mil demonios, ya que no sois guerrero ni por temperamento ni por carácter, ¿por qué os meteis en estas danzas?

—Hombre, cuando es preciso...

—M. de Vesins es un capitán temible.

—Demasiado lo sé.

—Y á nadie dá cuartel.

—¿Lo crees así, Chicot?

—Estoy segurísimo; poco le importan plumas blancas ó encarnadas, pues á todo responde: "¡fuego!"

—Eso lo dices porque llevo penacho blanco.

—Sí por cierto, y como sois el único que lo usa de ese color...

—¿Y qué?

—Os aconsejo que lo quiteis, señor.

—Es que como lo he puesto para que me reconozcan, resulta que si lo quito...

—¿Qué?

—No conseguiré mi objeto.

—Es decir, que á pesar de mi consejo...

—Dices bien, no puedo desprenderme de él.

Y al pronunciar estas palabras, que indicaban una resolución irrevocable, Enrique tembló mas que cuando arengaba á sus oficiales.

—Vamos, dijo Chicot, que nada comprendia de aquella manifiesta contradicción entre la palabra y el gesto, vamos, todavía es tiempo, señor; no hagais locuras. Es imposible que monteis á caballo en semejante situación.

—¿Gonque estoy tan pálido, Chicot?

—Como un muerto, señor.

—Bueno, dijo el rey.

—¡Como bueno!

—Sí, sí, yo me entiendo.

Al mismo tiempo se dejó oír el estampido del cañon acompañado de furiosa mosquetería: así contestaba M. de Vesins á la intimación de rendirse que le habia hecho Duplessis-Mornay.

—¡Hola! dijo Chicot. ¿Qué os parece de esa música?

—Que me ocasiona un frío insoportable

en la médula de los huesos, respondió Enrique: vamos, vamos, caballo mio, añadió con duro y destemplado acento.

Chicot le contenplaba estático sin comprender el extraño fenómeno que se ofrecia á su vista.

Enrique montó, pero se vió precisado á hacerlo en dos tiempos.

—Vamos, Chicot, dijo en seguida, á caballo tú tambien. ¡Ah! No me acordaba que tampoco eres hombre de armas tomar ¿eh?

—Decís bien, señor.

—Ven conmigo, Chicot, y tendremos miedo juntos: ven, ven, amigo mio, á ver el fuego; pronto, un buen caballo para M. Chicot

Este se encogió de hombros y montó un soberbio alazan español que le presentaron cumpliendo la órden que el rey acababa de dar.

Enrique partió al galope, Chicot lo siguió, y al llegar al frente de las tropas le vió levantar la visera de su casco.

—¡Al aire mi bandera! ¡Mi bandera nueva gritó lleno de belicoso entusiasmo.

Hizose al punto lo que el rey mandaba

y una magnífica bandera nueva que ostentaba el doble escudo de Navarra y de Borbon se desplegó al viento: su fondo era blanco; á un lado se veían las cadenas de oro sobre azul, y al otro las flores de lis con el lambel cruzado.

—Hé ahí una bandera, dijo Chicot, que si no me engaño vá á estrenarse con muy poca fortuna.

Al mismo tiempo y como contestando al pensamiento de Chicot, se oyó el estampido del cañon de la plaza, y una larga fila de infanteria cayó á diez pasos del rey.

—¡Ira de Dios! dijo este. ¿Has visto eso, Chicot? No se presenta del todo mal la funcion en que nos hemos metido.

Y sus dientes se entrechocaban al hablar asi.

—Se vá á desmayar, pensó Chicot.

--¡Ah! murmuró Enrique: tienes miedo. maldito esqueleto: te impacientas, piasas y tiembas ¿eh? Espera, espera un poco, que no tardarás en temblar con mayor motivo.

Y arrimando ambas espuelas á los hijares del caballo blanco que montaba, se adelantó á los ginetes, así como á la infanteria

y artillería, llegando á situarse á cien pasos de la plaza, en medio del fuego de las baterías, que disparaban sin cesar desde el muro y con un ruido infernal torrentes de metralla, que se reflejaban en su armadura como los rayos del sol cuando camina al ocaso.

Allí se mantuvo inmóvil por espacio de diez minutos con el rostro vuelto hácia la puerta de la ciudad y gritando con todas sus fuerzas:

--¡Las faginas! las faginas con mil demonios!

Mornay le habia seguido con la visera levantada y espada en mano.

Chicot imitó á Mornay; defendia su cuerpo una coraza, pero no desenvainó la espada, y detrás de estos tres personajes corrieron, entusiasmados por el ejemplo, los jóvenes é intrépidos caballeros hugonotes gritando:

--¡Viva Navarra!

El vizconde de Turena marchaba á su cabeza con una enorme fagina sobre el pescuezo de su caballo.

En un instante se llenó de faginas el so-

so que defendia el puente levadizo, y arrojándose los artilleros con el mayor impetu, consiguieron, con una pérdida de treinta hombres de cuarenta que eran, colocar los petardos debajo de la puerta.

La metralla y la mosquetería silbaban como el huracan en torno de Enrique, y en menos de un minuto cayeron veinte valientes á su lado.

--¡Adelante! ¡adelante! exclamó lanzando su caballo entre los artilleros.

Y llegó al foso precisamente cuando el primer petardo acababa de obrar contra la puerta, que quedó hendida por dos partes.

Los artilleros dieron fuego al segundo petardo, que agujereó tambien la sólida madera; pero veinte arcabuces asomaron al punto por las tres aberturas vomitando balas sobre oficiales y soldados.

Caian los hombres al rededor del rey como espigas cortadas por la hoz del segador.

--Señor, señor, exclamó Chicot sin pensar en si mismo, retiraos por todos los santos del cielo.

Mornay nada decia, pero no disimulaba el orgullo que le inspiraba su aventajado

discípulo, y aun de vez en cuando hacia todo lo posible por cubrirle con su cuerpo; pero Enrique le separaba con nerviosa fuerza.

De repente sintió el rey que un frío sudor le bañaba la frente y que sus ojos se oscurecían por una nube espesa.

--¡Ah naturaleza maldita, gritó, no se dirá que me has vencido!

Y arrojándose del caballo añadió con furor:

--¡Un hacha! ¡un hacha!

Y con vigoroso brazo rechazó los cañones de los arcabuces, hizo pedazos las cadenas y arrancó los enormes clavos de bronce.

Por fin se desprendió una viga, arrastrando tras sí la hoja de una puerta y un lienzo de muralla, y al punto se precipitaron cien hombres á la brecha al grito de:

--¡Navarra! ¡Navarra! ¡Cahors por Enrique de Bearn! ¡Viva Navarra!

Chicot no se habia separado del rey, y ambos se hallaban bajo el arco de la puerta que Enrique habia atravesado de los primeros: y sin embargo, temblaba y bajaba la cabeza á cada arcabuzazo.

--¡Por Lucifer! decía furioso ¿Has visto en toda tu vida, Chicot, cobardía semejante?

--En efecto, señor, contestó este; sois el mayor cobarde que he conocido, lo cual me causa no poco asombro.

No pudieron hablar mas, porque en aquel instante intentó la guarnicion desalojar á Enrique y su vanguardia de la puerta que habian conquistado y de las casas inmediatas.

Enrique recibió al enemigo espada en mano, pero los sitiadores fueron los mas fuertes, y lograron rechazar al rey y á los suyos hasta la parte opuesta del foso.

--¡Por vida de Satanás! gritó Enrique; parece que mi bandera se retira: pues bien, yo haré que avance.

Y cogiendo el estandarte con sublime esfuerzo, le hizo hondear al viento, y volvió á entrar el primero en la plaza, medio envuelto en sus flotantes pliegues.

—Ten ahora miedo, decía con rabia, tiembla ahora, cobarde.

Las balas silbaban al aplastarse en su armadura con un ruido formidable y seco, y abrian en la bandera brechas enormes.

Turena, Mornay y otros mil se arrojaron á la puerta siguiendo los pasos del rey.

El cañon de la plaza cesó en sus fuegos porque la contienda debia ya decidirse frente á frente y cuerpo á cuerpo.

Se oyó en los muros ruido de armas, resonaron algunos tiros de arcabuz y de mosquetes, y por último, se presentó M. de Vessins gritando:

—Cortad las calles, formad barricadas, defendeos en las casas derribando tabiques.

—¡Oh! le dijo M. de Turena, que estaba bastante cerca de él para oírle, el sitio de la ciudad se ha concluido, mi pobre Vessins.

Y como por via de apéndice á estas palabras, le disparó un pistoletazo con tanto acierto, que le hirió en un brazo.

—Te equivocas Turena, te equivocas, respondió M. Vessins, porque Cahors necesita veinte sitios, de modo, que si habeis dado fin á uno os faltan diez y nueve.

M. de Vessins se defendió quince dias y cinco noches de calle en calle y de casa en casa.

Felizmente para la naciente prosperidad

de Enrique de Navarra, habia confiado mas de lo que debia en las murallas y en la guarnicion de Cahors, de modo que no pensó en pasar aviso á M. de Biron.

Durante cinco dias y cinco noches mandó Enrique cual consumado capitan y combatió como un soldado; durante cinco dias y cinco noches durmió algunos ratos sirviéndole de almohada una piedra, y siempre se despertó con hacha en mano.

De día se conquistaba una calle, una plaza, un barrio; de noche procuraba la guarnicion recobrar lo que durante el dia habia perdido.

Por último, la noche del cuarto ó quinto dia, cansado ya el enemigo, proporcionó algun reposo al ejército protestante. Enrique entonces le atacó con furor forzando un puesto atrincherado que costó setecientos hombres: casi todos los buenos oficiales quedaron heridos: M. de Turenna recibió un arcabuzazo en la espalda, y Mornay una pedrada en la cabeza que pudo muy bien haberle dejado en el sitio.

El rey fué el único que salió ileso: al miedo que habia experimentado en un prin-

cipio, y que con tanta heroicidad habia vencido, sucedió en su alma una agitacion febril, una audacia casi insensata: todos los lazos de su armadura habian cedido tanto á sus propios esfuerzos como á los golpes de sus contrarios, y descargaba golpes tan terribles, que nunca heria á sus enemigos, sino que los mataba.

Forzado el único punto, entró el rey en la poblacion seguido de su eterno Chicot, que, silencioso y sombrío, contemplaba hacia ya cinco dias con indecible desesperacion el fantasma aterrador de una monarquia nueva que se levantaba para hundir la monarquia de los Valois.

—Vamos, ¿qué piensas? le dijo el rey levantando la visera de su casco y como si hubiese podido adivinar los pensamientos que agitaban al pobre embajador.

—Señor, murmuró Chicot con tristeza, estoy pensando en que sois un verdadero monarca.

—Y yo, señor, exclamó Mornay, digo que sois un imprudente. ¡Qué es eso! ¡Sin guanteletes y con la visera alzada cuando todavía os hacen fuego de todas partes! Hé ahí

que nos llega otra bala.

En efecto, una bala cruzó silbando sobre el casco de Enrique y tronchó una pluma de su cimera.

Al mismo tiempo, y como para confirmar la justicia de las observaciones de Mornay, se encontró el rey cercado por diez arcabuceros de la escolta particular del gobernador, quien los habia emboscado en aquel sitio porque eran excelentes tiradores.

El caballo del rey quedó muerto en el acto y el de Mornay cojo.

El rey cayó y diez espadas se desenvainaron contra él.

Chicot era el único que permanecía á caballo, pero se arrojó al suelo, se colocó delante del rey, é hizo con su tizona un molinete tan rápido que recularon los enemigos mas próximos.

Levantando en seguida á Enrique, que se veia envuelto entre los arreos de su caballo, y llevándole al que el mismo Chicot montaba, le dijo:

— Señor, hareis presente al rey de Francia que si he desenvainado la espada contra él á nadie he tocado con ella.

Enrique atrajo hácia sí á Chicot y le abrazó llenándoseles de lágrimas los ojos.

—¡Ira de Dios! le dijo: serás mio, Chicot, y vivirás y morirás conmigo: mi servicio es tan bueno como mi corazón.

—Señor contestó Chicot, no puedo servir en el mundo á nadie mas que á mi príncipe. ¡Ah! su estrella vá desapareciendo; pero seré fiel á su adversa fortuna, ya que no he querido participar de la próspera: dejadme, pues, servir y amar á mi rey mientras viva: pronto seré yo el único que le acompañe, y no debeis envidiarle su último servidor.

—Chicot, replicó Enrique, os repito mi promesa: sois para mí una persona querida y sagrada, y despues de Enrique de Francia os quedará siempre Enrique de Navarra por amigo.

—Sí, señor, sí, respondió solamente Chicot besando con respeto la mano del rey.

—Ya lo estás viendo, amigo mio, añadió este: Cahors me pertenece; tal vez ese Vesins hará perecer toda su gente; pero estoy resuelto tambien á que quede sepultada aquí toda la mia primero que retirarme.

Aquella amenaza era inútil: Enrique no tenia necesidad de obstinarse por mas tiempo, pues sus tropas, guiadas por M. de Turana, acababan de acorralar á la guarnicion, y M. de Vessins estaba prisionero.

La ciudad por consiguiente quedó conquistada.

Enrique cogió á Chicot de la mano y le condujo á una casa incendiada y acribillada á balazos que le servia de cuartel general: allí dictó á Mornay una carta que Chicot debia llevar al rey de Francia.

Dicha carta estaba redactada en mal latin, y concluia con estas palabras:

Quod mihi dixisti profuit multum. Cognosco meos devotos: nosce tuos. Chicotus cætera expediet.

Que queria decir.

"He sacado mucho provecho de lo que me dijiste. Conozco á los que me son fieles: conoce á los que lo son para ti. Chicotte esplicará lo demás."

—Y ahora, amigo Chicot, dame un abrazo, y cuidado con que te manches, porque; Dios me perdone, pero estoy lleno de sangre como un carnicero. De buen grado

te ofrecería una parte de la caza que hemos hecho si no leyera en tus ojos que te negarías á tomarla; pero hé aquí mi sortija, Chicot; tómala, pues lo exijo, y vete, supuesto que no te detengo mas: vete, vete á Francia, en cuya corte escitarás gran curiosidad refiriendo lo que has visto.

Chicot aceptó la sortija y salió de Cahors, pero tardó tres dias en persuadirse que no era un sueño cuanto le habia pasado, del cual no despertaría en París al ver las ventanas de su casa, delante de la cual daba M. de Joyeuse magnificas serenatas.



CAPITULO VIII.

LO QUE ACONTECIA EN EL LOUVRE CASI AL
MISMO TIEMPO QUE ENTRABA CHICOT EN
LA CIUDAD DE NERAC.

LA necesidad en que nos hemos visto de seguir á nuestro amigo Chicot hasta el fin de su espinosa comision nos ha separado largo espacio, y por ello pedimos perdon á nuestros lectores, del palacio del Louvre.

No es justo, sin embargo, que demos por mas tiempo al olvido tanto las consecuencias detalladas de la empresa de Vincennes como la persona del rey, que habia sido objeto de ella.

Despues de haber evitado Enrique III. con tanto valor el peligro, experimentó esa emocion retrospectiva que casi siempre se apodera de los corazones mas animosos una vez pasado el peligro: entró, pues, en el Louvre sin desplegar los lábios, rezó sus oraciones deteniéndose en ellas algo mas de lo acostumbrado, y como estaba entregado á Dios, se olvidó de dar las gracias (¡tan grande era su fervor!) á los vigilantes oficiales y á los fieles guardias que le habian ayudado á salir del peligro.

Poco despues se acostó, dejando admirados á sus pajes la prontitud con que se desnudó: cualquiera al verle hubiera dicho que tenia prisa de dormir para encontrar al dia siguiente sus ideas mas frescas y espeditas.

De modo que Epernon, que permaneció en la cámara del rey el último de todos esperando una espresion de gratitud, salió de ella con malisimo humor al ver que aquella espresion no se pronunciaba.

Loignac, que se mantenía en pié detrás de los tapices de la cámara, viendo que M. de Epernon no le dirigia la palabra al pa-

sar por delante de él, se acercó con mal gesto á los Cuarenta y Cinco diciéndoles:

—Señores, á descansar, pues el rey no tiene ya por hoy que mandaros.

A las dos de la mañana todos dormían en el palacio del Louvre.

El secreto de la aventura se había guardado fielmente sin que traspirase por parte alguna: los buenos ciudadanos de París roncaban, pues, pacíficamente, sin imaginar siquiera que habían estado á punto de despertarse con el advenimiento al trono de una nueva dinastía.

M. de Epernon mandó que le quitasen las botas sin tardanza, y en vez de rondar por la ciudad, según su costumbre, acompañado de treinta ó cuarenta caballeros, siguió el ejemplo que acababa de darle su augusto amo, metiéndose en cama sin pronunciar una palabra.

Pero Loignac, que, semejante al *justum et tenacem* de Horacio, no olvidaba sus deberes aunque se aplanase el mundo entero, visitó los puestos que ocupaban los suizos y los guardias franceses, cuerpos que hacían el servicio con regularidad, pero sin esceso de celo.

Aquella noche se castigaron como faltas graves tres ligeras infracciones de las leyes de disciplina.

Al dia siguiente, Enrique, cuya hora de levantarse esperaban todos con impaciencia para saber á qué atenerse sobre lo que de él debían aguardar, tomó cuatro caldos en su cama, en vez de dos, como lo hacia de ordinario, y mandó avisar á M. d' O y á M. de Villeguier para que fuesen á trabajar á su cámara en la redaccion de un nuevo edicto sobre contribuciones.

La reina supo que debia comer sola; pero habiendo manifestado por conducto de un gentil-hombre que la salud de S. M. la tenia con cuidado, se dignó contestar Enrique que recibiria por la noche á las damas y haria colacion en su gabinete.

La misma respuesta obtuvo otro gentil-hombre de la reina madre, que, aunque retirada hacia dos años en su palacio de Soissons, enviaba todos los dias á saber de su hijo.

Los señores secretarios de estado se miraron con inquietud, pues el rey estaba tan ensimismado y distraido, que las bárbaras

exacciones propuestas por sus ministros no le arrancaron una sonrisa.

Ya se sabe que la distracción de un rey es una incertidumbre terrible para sus consejeros.

Pero por otra parte, el rey se divertía mucho con Cupido, diciéndole, cuando el animal apretaba los afilados dedos de S. M. entre sus blancos diente-cillos:

—¡Ah! ¡ah! ¡Rebelde! ¿También tu quieres morderme, bribon? Perrillo traidor, ¿también te levantas contra tu amo? ¿Qué es esto? Parece que todos se conjuran....

Y en seguida, haciendo tantos esfuerzos aparentes, como los que empleó en realidad Hércules, hijo de Alcmena, para domar al leon Nemeo, sujetaba á aquel monstruo tan grande como el puño, añadiendo con indecible satisfaccion:

—¡Vencido, ¡Cupido! ¡Vencido, infame secuaz de la liga ¡Vencido! ¡Vencido!!!

Esto fué lo único que los ministros d' O y Villeguier, hábiles diplomáticos, que creían adivinar todos los secretos humanos, pudieron conseguir del rey, que permaneció silencioso con todos menos con Cupido.

Tuvo que firmar y firmó; tuvo que escuchar y escuchó cerrando los ojos con tanta naturalidad, que era imposible conocer si efectivamente escuchaba ó dormía.

Por último, dieron las tres de la tarde, y Enrique mandó llamar al duque de Epernon.

Dijéronle que estaba pasando revista á la caballería ligera, y en vista de esto hizo que avisasen á Loignac, pero este se ocupaba á la sazón en adiestrar caballos limosinos.

Todos esperaban una explosión de cólera al ver que el rey no podía hacer cumplir su voluntad, pero nada sucedió, y Enrique, contra lo que era de temer, se puso á silbar con el mayor desenfado una tocata de caza, distracción á que solo se entregaba cuando estaba muy satisfecho de sí mismo.

Era, pues, evidente que todo el empeño que el rey había manifestado en callar hasta entonces, se cambiaba en una comezón creciente é insoportable de hablar.

Dicha comezón se convirtió de allí á poco en una necesidad irresistible, pero al verse solo tuvo que hablar consigo mismo.

Pidió un refrigerio, que le servía de me-

rienda, y mientras lo saboreaba, ordenó que le leyesen una obra edificante, pero al poco rato interrumpió al lector para decirle:

—¿No fué Plutarco el que escribió la vida de Sila?

El lector, que tenía delante un libro sagrado, y que se veía precisado á responder á una pregunta profana, miró al rey con asombro; pero Enrique volvió á repetir las mismas palabras.

—Si, señor, contestó el lector.

—¿Os acordais del pasaje en que cuenta Plutarco que el dictador evitó la muerte?

El lector se puso á pensar.

—A punto fijo no, señor, dijo al fin, pues hace mucho tiempo que no leo á Plutarco.

En aquel instante anunciaron á su eminencia el cardenal de Joyeuse.

—¡Ah! Me alegro, exclamó el rey; hé aquí un hombre sábio, un amigo, que no tardará en sacarnos de dudas.

—¿Señor, dijo el cardenal, tendré tal vez la felicidad de llegar á propósito? Esto es muy raro en el mundo.

—A fé mía que sí. ¿Habeis oido mi pregunta?

—V. M., según creo, preguntaba de qué modo y en qué circunstancias se libró de la muerte el dictador Sila.

—Esto es. ¿Y podeis contestarme, cardenal?

—Nada es más fácil, señor.

—Veamos, pues.

—Sila, que hizo matar tantos hombres, solo arriesgó su vida en los combates: supongo que V. M. aludía á una batalla...

—Sí, y creo que en una batalla tuvo á la muerte á cuatro dedos. Abrid el Plutarco, cardenal: ahí debe haber uno traducido por ese buen Amyot, y leedme ese pasaje de la vida del romano que se libró por la ligereza de su caballo de los dardos enemigos.

—Señor, para eso no necesitamos abrir el Plutarco: aconteció lo que decis en la batalla que dió á Teleserius el Samnita y á Lamponius el Lucano.

—Debeis saberlo perfectamente, mi querido cardenal, porque sois un pozo de ciencia.

—V. M. me honra más que merezco, replicó el prelado inclinándose con respecto.

—Esplicadme ahora, prosiguió el rey después de una corta pausa, por qué el leon

romano, que era tan cruel, nunca se vió acosado por sus enemigos.

—Señor, contestaré á V. M. con las mismas palabras de Plutarco,

—Contestad, Joyeuse, contestad.

—Carbon, enemigo implacable de Sila, decia á menudo:

"Tengo que combatir á un tiempo contra un leon y contra un raposo que se anidan en el alma de Sila, pero el raposo es el que me dá mas cuidado."

—¡Hola, hola! dijo Enrique pensativo. ¿Con que el raposo?

—Plutarco lo dice, señor.

—Y con mucha razon, cardenal. Pero á propósito de batallas, ¿habeis tenido noticias de vuestro hermano?

—¿De cuál de ellos, señor? V. M. no ignora que tengo cuatro.

—Hablo del duque de Arques, de mi amigo.

—Ninguna he recibido.

—Con tal que el duque de Anjou, que hasta ahora ha representado bien el papel de raposo, sepa desempeñar medianamente el de leon...

El cardenal nada contestó á esta pulla, pues de nada le sirvió Plutarco, y temia, como diestro cortesano, responder de modo que desagradase al rey si defendia al duque de Anjou.

Viendo el rey que su eminencia guardaba silencio, volvió á sus juegos con Cupido, y haciendo poco despues una seña al cardenal para que se quedase, se levantó, vistióse con lujo y se dirigió al gabinete en donde ya le esperaba la córte.

En medio de la córte es donde principalmente se advierte, con ese instinto que distingue á los montañeses, el principio y el fin de las tempestades; sin que nadie hubiese hablado, sin que nadie hubiese visto todavia al rey, todos los semblantes aparecian amoldados á las circunstancias.

Las dos reinas estaban verdaderamente inquietas.

Catalina, pálida y llena de ansiedad, saludaba mucho y hablaba con brevedad y aspereza; Luisa de Vaudemont á nadie miraba, ni oia nada de lo que se hablaba, y aun hubo momentos en que la pobre jóven parecia que iba á volverse loca.

El rey entró al fin, y todos pudieron notar que sus miradas eran penetrantes, y leer en su fisonomía una apariencia de buen humor que produjo en todos aquellos semblantes tétricos y adustos que esperaban la aparición del suyo, el mismo efecto que produce un rayo de sol en los bosques amarillos por el otoño.

La presencia de Enrique animó en un instante toda aquella asamblea, y después de besar la mano á su madre y á su esposa con la misma galantería que si fuese todavía duque de Anjou, dirigió mil palabras lisonjeras á las damas que no estaban ya acostumbradas á semejantes distinciones, llegando hasta el punto de ofrecerles confites y anises.

—Vuestra salud nos tenia alarmadas, hijo mio, dijo Catalina mirando al rey con particular atención, como para asegurarse de que no era postizo su color de rosa ni una careta el buen humor que manifestaba.

—Y esa alarma ha sido infundada, señora, contestó el rey, porque nunca he disfrutado tan buena salud como ahora.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa que pasó á todas la bocas.

—¿Y á qué dichosa influencia debeis, hijo mio, esa mejoría? preguntó Catalina con mal disimulada inquietud.

—A la circunstancia de haberme reído mucho, señora.

Todos se miraron unos á otros con tan profunda admiracion, que no parecia sino que el rey acababa de decir el mas enorme desatino.

—¿Os habeis reído mucho, hijo mio? ¿Es cierto eso? añadió Catalina con rostro severo. En tal caso sois muy dichoso.

—¿Qué quereis, señora? Es preciso aceptar las cosas segun se presentan.

—¿Y con qué motivo os habeis abandonado á ese esceso de risa?

—Debeis saber, madre mia, que anoche fui al bosque de Vincennes.

—Estoy enterada de ello.

—¿Ab! ¿Lo sabiais?

—Si, hijo mio, pues todo lo que os atañe me interesa demasiado; me parece que en esto nada de nuevo os digo.

—Es verdad. Pues, señora, repito que estuve en el bosque de Vincennes, pero á la vuelta me mostraron mis exploradores un

ejército enemigo, cuyos mosquetes brillaban en medio de la oscuridad de la noche.

—¡Un ejército enemigo en el camino de Vincennes.

—Si, madre mia.

—¿En qué sitio?

—Enfrente del estanque de los benedictinos, cerca de la casa de recreo de nuestra amable prima.

—¡Cerca de la casa de la duquesa de Montpensier! exclamó Luisa de Vaudemont.

--Precisamente, señora; cerca de Bel-Esbat; me adelanté intrépidamente para presentar la batalla, y vi...

—¡Dios mio! Proseguid, dijo la reina visiblemente inquieta.

—¡Oh! Tranquilizaos, señora.

Catalina escuchaba con la mayor zozobra, pero ni un gesto, ni una palabra revelaban su inquietud y sus temores.

—Vi, prosiguió el rey, un completo priorato de monges que me presentaban las armas con belicosas aclamaciones.

El cardenal Joyeuse se echó á reir, y todas las personas que componian la corte le imitaron.

—¡Oh! dijo el rey; reid, reid cuanto os de la gana, y á sè que haceis bien, pues de esto se hablará durante mucho tiempo. El resultado es que tengo en Francia mas de diez mil frailes, los cuales puedo convertir de la noche á la mañana en otros tantos mosqueteros, en cuyo caso crearé una plaza de gran maestro de mosqueteros tonsurados de S. M. Cristianísima y os la concederé, señor cardenal.

—Señor, estoy pronto á aceptarla, respondió este, pues mi único deseo es servir a V. M. en todo cuanto pueda complacerle.

Durante este corto coloquio del rey con el cardenal se levantaron las damas, como lo prevenian las leyes de la etiqueta, y saludando al rey una á una, fueron retirándose del gabinete, siguiéndolas la reina con sus damas de honor.

La reina madre permaneció, sin embargo, pues en aquella alegría desusada del rey existia un misterio que anhelaba profundizar.

—¡Ah, cardenal! dijo de pronto Enrique al prelado cuando este se disponia á salir,

pues conocia que la reina madre deseaba hablar á su hijo. Decidme, ¿que se ha hecho vuestro hermano Bouchage?

—Lo ignoro, señor.

—¿Cómo! ¿No lo sabeis?

—No, apenas le veo, ó por mejor decir, no le veo nunca, replicó el cardenal.

Una voz grave y triste resonó en el fondo del gabinete.

—Aquí estoy, señor, dijo la voz.

—¡Ah! ¡Es él! exclamó Enrique: acercaos, conde, acercaos.

El jóven obedeció.

—¡Vive Dios! añadió el rey mirándole con asombro; á fé de caballero, ese no es un cuerpo, si no una sombra que se mueve.

—Señor, eso consiste en que trabaja mucho, murmuró el cardenal no pudiendo menos de admirarse del cambio que habian sufrido en ocho dias las facciones de su hermano.

En efecto, Du Bouchage estaba pálido como una estatua de cera, y su cuerpo, cubierto de seda y de bordados, participaba de la tiesura y tenuidad de las sombras.

—Venid aquí, jóven, venid, le dijo el

rey. Cardenal, os doy las gracias por vuestras citas de Plutarco, y me prometo recurrir á vos en ocasiones semejantes.

El cardenal se persuadió de que el rey queria quedarse solo con Enrique, y se retiró al punto.

El rey le dejó salir mirándole de soslayo, y en seguida dirigió la vista hácia su madre, que permanecía inmóvil.

Solo estaban ya en el salon la reina madre, M. de Epernon, que la obsequiaba con notable galanteria, y Du Bouchage.

Al lado de la puerta se veia á Loignac, semi-cortesano, semi-soldado, que atendia á su servicio mas que á otra cosa.

Sentóse el rey, é hizo una seña á Du Bouchage para que se acercase á él.

—Conde, le dijo, ¿por qué os ocultais así detrás de las damas? ¿No sabeis que me agrada mucho el veros?

—Vuestras palabras, señor, me honran infinito, respondió el jóven inclinándose con profundo respeto.

—Entonces, conde, ¿por qué no os vemos por el Louvre?

—¿No me veis, señor?

—Ciertamente que no, y de eso mismo me quejaba al cardenal vuestro hermano, hombre mucho mas sábio que lo que yo pensaba.

—Si V. M. no me ha visto, dijo Enrique, es porque no se ha dignado dirigir sus miradas hácia aquel rincon del gabinete, pues todos los dias estoy en él cuando el rey se presenta, asisto con la misma regularidad á mi obligacion cuando el rey se levanta, y le saludo tambien con respetuoso homenaje cuando se retira del consejo. Nunca he faltado, nunca faltaré, mientras pueda sostenerme, al cumplimiento de estos deberes, que son muy sagrados para mi.

—¿Y sin duda por eso está tan triste? le preguntó amistosamente el rey.

—¡Oh! Me persuado de que V. M. no lo crée.

—No, porque sé que tú y tu hermano me amais.

—¡Señor!

—Y yo tambien os amo. A propósito, ¿sabes que el pobre Ana me ha escrito desde Dieppe?

—Lo ignoraba, señor.

—Pero bien sabes que no se marchó muy contento.

—En efecto, me confesó el pesar que sentia por dejar á Paris.

—Sí, pero tambien me dijo que habia un hombre á quien hubiera causado mayor sentimiento el salir de la capital, y que si tu hubieses recibido semejante orden hubieras muerto.

—Tal vez, señor.

—Mas me dijo, porque tu hermano suele decir muchas cosas cuando no está enojado; me dijo que en tal caso me hubieras desobedecido. ¿Es cierto?

—Señor, V. M. ha hecho bien en hablar de mi muerte antes que de mi desobediencia.

—¿Y si no habieses muerto de dolor al recibir la orden?

—Señor, hubiera sido para mi mucho mas penoso desobedecer que morir, y con todo, añadió el jóven inclinando hácia el suelo su pálida frente como para ocultar su emocion, hubiera desobedecido.

El rey se cruzó de brazos y miró á Jozeuse.

—¡Demonio! exclamó de pronto: se me figura, mi pobre conde, que estas algo loco.

El jóven se sonrió tristemente.

—¡Oh, señor! respondió; estoy del todo, y V. M. no debe tener conmigo la menor consideracion.

—Vamos, la cosa es seria, segun veo.

Joyeuse ahogó un suspiro.

—Ea; cuéntame eso, sepamos lo que hay.

El jóven llevó su heroismo hasta sonreirse.

—Un gran rey, como vos, señor, no debe rebajarse hasta el punto de oír semejantes confiancias.

—Al contrario, amigo mio; habla, habla, cuéntamelo todo y me distraerás.

—Señor, contestó el jóven con orgullo, V. M. se equivoca, pues debo asegurar que nada hay en mi tristeza que pueda divertir á un corazon noble.

El rey le cogió la mano diciendo:

—Vamos, vamos, no te enfades, Du Buochage; ya sabes que tu rey tambien ha experimentado los tormentos de un amor desgraciado.

—Si, señor, en otro tiempo... ya lo sé.

—Compadezco por lo mismo tus penas.

—¡Oh, señor! Esta es demasiada bondad.

—No por cierto. Escucha: como nada había más alto que yo, escepto el poder de Dios, cuando padecí lo que ahora padeces, nada pudo ayudarme: pero en cuanto á ti, sucede todo lo contrario, pues puedo ayudarte.

—¡Señor!

—Y por consiguiente, añadió el rey con afectuosa tristeza, también puedo esperar ver terminadas tus penas.

El jóven meneó la cabeza en señal de duda.

—Du Bouchage, dijo Enrique, te aseguro que serás feliz, ó dejaré yo de ser rey de Francia.

—¡Yo feliz! ¡Ah, señor! Es imposible, exclamó el jóven con una sonrisa que revelaba la indecible amargura de su corazón.

—¿Y por qué?

—Porque mi felicidad no es de este mundo.

—Enrique, replicó el rey, al partir vuestro hermano os ha recomendado á mi como á un amigo, y quiero, ya que no consultais en vuestros negocios ni la sabiduría de vues-

tro padre, ni la ciencia de vuestro hermano el cardenal, ser para vos un hermano mayor: vamos, confiad en mí, instruidme de todo, y os aseguro, Du Bouchage, que á todo, menos á la muerte, encontrarán remedio mi poder y el amor que os profeso.

—Señor, contestó el jóven arrojándose á los pies del rey, no me confundais con tantas pruebas de bondad á las cuales me es imposible corresponder; mi desgracia no tiene remedio, porque constituye mi único placer.

—Du Bouchage, sois un loco capaz de habéroslo con espíritus; yo soy quien os lo aseguro.

—Demasiado lo sé, respondió Joyeuse con la mayor tranquilidad.

—Pero con mil diablos, exclamó el rey algo impaciente, ¿quereis contraer matrimonio? ¿Deseais ejercer influencia?

—Señor, deseo inspirarme amor, y ya conoceis que nadie en el mundo puede concederme este beneficio: yo solo debo obtenerlo por mí mismo.

—¿Y porqué te desesperas?

—Porque estoy convencido de que nunca lo lograré.

—Pón antes los medios, hijo mio. Eres joven, buen mozo y rico. ¿Qué mujer resiste á la triple influencia del amor, de la juventud y de la hermosura? Ninguna Du Bouchage, ninguna.

—¡Cuántos en mi lugar bendecirían á V. M. por esa indulgencia escesiva, por esa bondad que me abruma! Ser amado por un rey como V. M. es casi tanto como ser amado por Dios.

—Es decir, que aceptas mis consejos: perfectamente. Nada me cuentes, si te empeñas en ser discreto, pero yo mandaré que se tomen informes y se hagan pesquisas. Ya sabes lo que he hecho por tu hermano ¿eh? Pues bien; haré otro tanto por tí, y no abandonaré mi propósito por cien mil escudos.

Du Bouchage cogió la mano del rey y la estrechó contra sus labios.

—Pidame V. M. mi sangre, dijo con exaltación, y la derramaré hasta la última gota para probar mi gratitud á una protección que rehuso.

Enrique III. volvió la espalda con disgusto.

—A la verdad, murmuró, estos Joyeux son mas testarudos que los Valois; hé ahí uno que me presentará todos los días un rostro lánguido y unas ojeras terribles, cosas ambas sumamente divertidas. ¡Cómo si no se viesen ya demasiados rostros de esta clase en la córte!

—¡Oh, señor! No os quejareis por tan poca cosa, exclamó el jóven; la fiebre esparcirá sobre mis mejillas un color sonrosado, y al verme reir todos creerán que soy el hombre mas dichoso del mundo.

—Si, si, pero yo sabré todo lo contrario, maldito terco, y esta certidumbre me entristecerá.

—¿Permite V. M. que me retire? preguntó Du Bouchage.

—Si, hijo mio, vete, y procura ser hombre.

El jóven besó otra vez la mano del rey, saludó á la reina madre, pasó con orgullo por delante de Epernon, y desapareció del gabinete.

No bien hubo pasado el umbral de la puerta, cuando gritó el rey:

—Cierra, Nambu.

El ugier á quien iba dirigida esta orden

manifestó en la antecámara que el rey no recibía ya á nadie.

Entonces se acercó Enrique al duque de Epernon, y tocándole en el hombro, dijo:

—Lavalette, esta noche distribuirás una gratificación á los Cuarenta y Cinco, dándoles licencia por un día y una noche, pues quiero que se diviertan. Por Dios que me han salvado esos perillanes, ni mas ni menos que salvó á Sila su caballo blanco.

—¡Os han salvado! exclamó Catalina con asombro.

—Si, madre mia.

—¿De quién?

—Preguntádselo á Epernon.

—Os lo pregunto á vos, lo cual me parece mas conveniente.

—Pues bien, señora, nuestra muy querida prima, la hermana de vuestro buen amigo, el de Guisa... ¡Oh! No lo negueis, es vuestro buen amigo.

Catalina se sonrió como diciendo:

—Nunca acabará de comprenderme.

El rey vió aquella sonrisa, apretó los labios y prosiguió:

—La hermana de vuestro buen amigo, el

de Guisa, me preparó ayer una emboscada.

—¡Una emboscada!

—Sí, señora, y estuvo espuesto á ser cogido y tal vez asesinado.

—¿Por M. de Guisa? preguntó Catalina.

—Supongo que no lo creéis.

—Confieso que no.

—Epernon, amigo mio, por el amor de Dios, refiere completamente la aventura á la reina madre, pues si yo hablase y ella siguiese encogiéndose de hombros como hasta aqui, me enfadaria, y á la verdad no tengo la salud tan de sobra para tantas incomodidades.

Y volviéndose hácia Catalina añadió:

—Adios, señora, adios; podéis querer á M. de Guisa cuanto os acomode, pero yo he hecho descuartizar á M. de Salcedo: ¿os acordais?

—Sin duda.

—Pues bien, que hagan los Guisas lo que vos: que no lo olviden.

Dicho esto, se encogió de hombros el rey con mas espresion que lo habia hecho su madre, y se retiró á sus habitaciones interiores, seguido de Cupido, que tuvo que echar á correr para alcanzarle.



CAPÍTULO IX.

LA PLUMA ENCARNADA Y LA PLUMA BLANCA.

A que hemos vuelto á hablar de los hombres, volvamos ahora un poco á las cosas.

Eran las ocho de la noche, y la casa de Roberto Briquet, solitaria, triste, sin un reflejo, proyectaba su sombra triangular en un cielo aborregado, evidentemente mas dispuesto á la lluvia que á dejar que brillase la luna.

Aquella pobre casa cuya alma se conocia que estaba ausente, formaba simetria con la otra casa misteriosa de que ya hemos te-

nido el gusto de ocuparnos, y que se eleva á su frente. Los filósofos que pretenden que nada vive, ni habla, ni siente tanto como las cosas inanimadas, hubieran dicho al ver aquellas dos casas que bostezaban una en frente de otra.

No léjos de allí se oía un ruido extraordinario de cobre mezclado con voces confusas, vagos murmullos y chirridos, como si los coribantes celebrasen en un antro los misterios de la buena diosa.

Sin duda este ruido llamaba la atención de un jóven adornado con gorra color de violeta, pluma encarnada y capa gris, apuesto caballero que se detenía minutos enteros delante de aquel infernal estrépito y se paseaba en seguida lentamente, pensativo y con la cabeza baja, en dirección de la casa de Roberto Briquet.

Aquella sinfonía original era producida por multitud de cacerolas; aquellos vagos murmullos, los de una división de marmitas colocadas en hornillas y de otros tantos asadores que daban vuelta impulsados por perros; aquellos chirridos, los de maese Fournichon, amo de la ospedería del *Bravo Caballero*.

que andaba en su faena culinaria, y las réplicas de su digna consorte, que preparaba los tabuco-dormitorios de las torrecillas.

Después que el joven de la gorra color de violeta contemplaba el fuego, respiraba el perfume de las aves y se entretenía en examinar las cortinas y ventanas, volvía atrás para continuar la misma operación al cabo de algunos segundos.

Habia, sin embargo, aunque á primera vista parecían independientes sus acciones, un límite que el paseante nunca traspasaba, era la especie de arroyo que dividía la calle delante de la casa de Roberto Briquet y daba fin en el edificio misterioso.

Pero también es preciso decir que al llegar el paseante al mencionado límite encontraba en él, como vigilante centinela, á otro joven, poco más ó menos de su misma edad, con gorra negra, pluma blanca y capa color de violeta, que, la frente arrugada, la mirada fija y la mano en la empuñadura de la espada, parecía decir como el gigante Adamastor:

—No andarás mucho tiempo sin hallar la tempestad.

El paseante de la pluma encarnada, esto es, el primero á quien hemos presentado en escena, dió veinte veces la vuelta sin reparar en semejante cosa, pues estaba enteramente entregado á sus pensamientos. Habia, en efecto, visto á un hombre que, como él, obstruia la calle, pero aparecia demasiado bien vestido para que fuese un ladrón, y así de nada se cuidaba, sino de lo que acontecia en el *Bravo Caballero*.

El otro, por el contrario, á cada aparicion de la pluma encarnada se estremecia, tiñéndose de negro el color sombrío de su rostro: por último, la dosis de fluido irritado llegó á ser tan abundante en el de la pluma blanca, que acabó por estallar y llamar la atencion de el de la pluma encarnada.

Levantó la cabeza al punto y leyó en el rostro del que se hallaba á su frente toda la mala voluntad que al parecer le inspiraba.

Esto le indujo naturalmente á pensar que incomodaba á aquel hombre, y este pensamiento despertó en él el deseo de saber por qué le incomodaba.

Por lo tanto se puso á examinar con aten-

cion la casa de Roberto Briquet.

En seguida dirigió sus pesquisas al edificio del frente.

Y no viendo ni en la una ni en el otro cosa que le hiciese sospechar de nada, sin turbarse, ó al menos dando á entender que no se turbaba por las miradas que le lanzaba el de la pluma blanca, le volvió las espaldas y se acercó de nuevo á los rutilantes resplandores de las hornilleras de mae-se Fournichon.

El de la pluma blanca, orgulloso por haber derrotado á su enemigo, porque atribuía á derrota el movimiento retrógado que habia visto ejecutar, se puso á andar en sentido contrario, es decir, de Este á Oeste, al paso que el otro avanzaba de Oeste á Este.

Pero cuando cada uno de aquellos hombres llegó al punto que interiormente se habia señalado como término del paseo, volvió cara, desandando lo andado en línea recta, con tanta precision, que á no mediar el arroyo, nuevo Rubicon que era preciso atravesar, se hubieran tropezado sin remedio, pues á tal grado llegó la escrupulosidad conque ambos habian conservado la línea recta.

El de la pluma blanca se retorció el bigote con un movimiento visible de impaciencia.

El de la pluma encarnada pareció admirarse, y dirigió nuevas miradas á la casa misteriosa.

Cualquiera hubiera podido ver entonces al de la pluma blanca dar un paso para pasar el Rubicon, pero ya se habia alejado la pluma encarnada, y volvió por lo mismo á comenzar la marcha en la linea inversa.

Por espacio de cinco minutos hubiérase creído que solo volverian á encontrarse en los antipodas, pero no tardaron en hacerse frente los dos á un tiempo con el mismo instinto y la misma precision que la vez primera.

Semejantes á dos nubes que, impelidas por vientos diferentes, siguen la misma zona del cielo, avanzando una contra otra despues de desplegar sus negros copos á guisa de prudentes avanzadas, los dos paseantes llegaron por fin á encontrarse frente á frente, resueltos á pasar uno sobre otro antes que volver un paso atrás.

Mas impaciente sin duda que su compe-



tidor, el de la pluma blanca, en vez de detenerse como hasta entonces lo había hecho en el límite del arroyo, lo cruzó, empujando al de la pluma encarnada que, desprevenido contra aquella agresión con los brazos cruzados debajo de su capa, estuvo en poco que no perdiese el equilibrio

—¡Hola! ¡Eh, caballero! dijo el acometido. ¿Estais loco ó teneis intencion de insultarme?

—Caballero, deseo haceros conocer que me estorbais muchísimo, aunque me ha parecido que ya lo habeis notado sin necesidad de oírlo de mi boca

—Nada de eso, caballero, porque tengo por sistema no notar mas que aquello que me acomoda.

—Con todo, hay ciertas cosas que atraerian vuestras miradas si las viesen brillar vuestros ojos.

Y acompañando con la acción las palabras, el jóven de la pluma blanca se desembarazó de su capa y desenvainó la espada, que brilló al punto herida por un rayo de la luna que en aquel instante se deslizaba entre dos nubes.

El de la pluma encarnada se quedó inmóvil.

—Cualquiera diría, señor, replicó encogiéndose de hombros, que jamás habeis desenvainado una espada, según la prisa que os dais para sacarla de la vaina contra un hombre que no se defiende.

—Es verdad, pero espero que se defenderá.

El de la pluma encarnada se sonrió con una tranquilidad que redobló la cólera de su adversario.

—¿Y con qué derecho quereis impedirme que me pasee por la calle?

—¿Por qué os paseais por esta calle?

—¡Donosa pregunta! Por que me dá la gana.

—¡Ah! ¿Os dá la gana?

—Sin duda; ¿no os paseáis vos también? ¿O creéis tener solo licencia del rey para pisar el empedrado de la calle de Bussy?

—Que tenga ó no licencia poco importa.

—Os equivocais; todo lo contrario, importa mucho; soy súbdito fiel de S. M., y no quisiera desobedecerle.

—¡Ah! ereo que os burlais.

—Aun cuando así fuese, ¿no me estais amenazando?

—¡Por el alma de Judas! Os digo que me incomodais, señor, y si no os retirais de buen grado sabré alejaros á la fuerza.

—Todavía no he visto eso.

—¡Pardiez! esto es lo que os estoy diciendo hace una hora.

—Pues yo os digo que tengo que hacer particularmente en este barrio. Ahora, si os empeñais en ello, no tengo inconveniente en cruzar mi acero con el vuestro; pero estad seguro que no abandonaré este sitio,

—Señor, dijo el de la pluma blanca haciendo silbar su espada y recogiendo sus dos pies como quien trata de ponerse en guardia, yo me llamo el conde Enrique Du Bouchage, hermano del duque de Joyeuse: por última vez os digo, ¿quereis ceder el paso y retiraros?

—Señor, respondió el de la pluma encarnada, yo me llamo el vizconde Ernauton de Carmainges; no me incomodais en manera alguna, ni hallo inconveniente en que os quedeis.

Du Bouchage reflexionó un instante, y

volvió á envainar su espada.

—Perdonadme, señor, dijo: estoy medio loco, puesto que estoy enamorado.

—Yo tambien estoy enamorado, pero no por eso me tengo por loco.

Enrique se puso pálido,

—¿Estais enamorado?

—Sí, señor.

—¿Y lo confesais?

—¿Desde cuando esto es un crimen?

—¿Pero enamorado en esta calle?

—En este momento, sí.

—En nombre del cielo, señor, decidme á quien amais.

—¡Ah! señor Du Bouchage, no habeis reflexionado lo que preguntais, pues bien sabeis que un caballero no puede revelar un secreto que solo posee á medias.

—Es verdad, es verdad, señor de Carmainges; os suplico que me perdoneis; pero no hay un hombre tan desgraciado como yo en el mundo.

Habia en estas pocas palabras pronunciadas por el jóven un dolor tan verdadero y una desesperacion tan elocuente, que Ernauton no pudo menos de conmoverse al oirlas.

—¡Oh! ¡Dios mio! dijo Ernauton, temeis que seamos rivales.

—Lo temo.

—Pues bien, caballero, voy á ser franco con vos, dijo Ernauton.

Joyeuse se puso pálido y se pasó la mano por la frente.

—Tengo una cita, continuó Ernauton.

—¿Teneis una cita?

—Si, en debida forma.

—¿En esta calle?

—En la misma.

—¿Os han escrito?

—Si, y con una letra muy preciosa.

—¿De muger?

—No, de hombre.

—¿De hombre! ¿Qué quereis decir?

—Lo que estais oyendo; tengo cita con una muger dada en carta perfectamente escrita por un hombre; esto no es á la verdad muy misterioso que digamos, pero al menos es mas elegante, pues parece que la dama tiene secretario particular.

—¡Ah! murmuró Enrique, acabad, por Dios, acabad.

—Me hablais con tal vehemencia, caba-

llero, que nada puedo negaros: voy, pues, á enteraros del contenido del billete.

—Ya os escucho.

—Y con eso sabreis si es vuestra misma dama ó no.

—Basta, caballero, por favor; yo no he recibido billete, y por lo mismo no estoy citado.

Ernauton sacó un papel doblado.

—He aquí el billete, dijo, pero me es imposible leerlo en medio de la oscuridad que nos rodea: sin embargo, es corto y lo sé de memoria ¿Os fiáis de mí hasta el punto de creer que no os engañe?

—Si por cierto.

—Oid, pues, los términos en que está concebido.

“Caballero Ernauton: Mi secretario tiene el encargo de deciros que tengo vivos deseos de hablar con vos por espacio de una hora: vuestro mérito me ha interesado.”

—¿Conque hay todo eso? preguntó Du Bouchage.

—Y aun puedo aseguraros que la última frase está subrayada y que paso por alto otra demasiado lisonjera.

—¿Y os esperan?

—Al contrario; espero yo, como estais viendo.

—De modo que deben abriros la puerta.

—No, darán tres silbidos desde la ventana.

Desesperado Enrique, apoyó una de sus manos en el brazo de Ernauton, y señalándole con la otra la casa misteriosa, le preguntó:

—¿Desde aquella?

—Nada de eso, le contestó Carmainges indicándole las torrecillas del *Bravo Caballero*: desde allí.

Enrique lanzó un grito de alegría.

—¿Conque no vais por este lado?

—No, no, pues el billete dice terminantemente; *Hospederia del Bravo Caballero*.

—¡Oh! Dios os bendiga, exclamó el jóven estrechándole la mano: perdonad mis arrebatos y mi necesidad. No ignorais que para el hombre que ama verdaderamente no existe mas que una muger en el mundo, y al veros venir hácia esta casa he creído que os aguardaba la dama que en ella habita.

—Nada tengo que perdonaros, caballero, dijo Ernauton sonriéndose, porque en verdad tambien he creído por un momento que

andábais rondando la calle con el mismo objeto que yo.

—¡Y habeis tenido la increíble paciencia de no decirme una palabra! ¡Oh, caballero! Vos no amais; no, no amais.

—Escuchadme; no me creo con grandes derechos á ese amor que se me propone, pero espero orientarme antes de decidirme, porque son tan raras en sus caprichos esas damas, y las divierte tanto un engaño.

--Vamos, vamos, señor de Carmainges, os aseguro que no amais como yo, y sin embargo....

—¿Y sin embargo?... repitió Ernauton.

--Y sin embargo, sois mas dichoso que yo.

--¡Ah! ¿Conque hay crueldad en esa casa?

--Señor de Carmainges!, dijo Joyeuse, hace tres meses que amo como un loco á la dama que aqui vive, y todavia no he tenido la dicha de oír el sonido de su voz.

--¡Demonio! No estais muy adelantado, pero... callad.

--¿Qué hay?

--¿No han silbado?

--En efecto, pareceme haber oído...

Los dos se pusieron á escuchar, y un segundo silbido salió de una de las torrecillas del *Bravo Caballero*.

--Señor conde, dijo Ernauton, me perdonareis si no os acompaño mas tiempo, porque se me figura que debo obedecer á la seña.

Al mismo tiempo llegó hasta ellos el tercer silbido.

--Id, id con Dios, caballero, dijo Enrique, y él os la depare buena.

Ernauton se alejó con presteza, y su interlocutor le vió perderse entre la sombra de la calle, para aparecer despues en el claro de luz que despedian las ventanas del *Bravo Caballero*, bajo las cuales desapareció completamente.

Enrique mas sombrío que nunca por cuanto aquella especie de lucha le habia hecho sacudir por un instante su letargo, murmuró tristemente.

--Vamos, prosigamos haciendo el papel de todas las noches: llamemos como siempre á esa casa maldita cuya puerta nunca se abre.

Y diciendo así, se dirigió temblando hacia la puerta de la casa misteriosa.



CAPITULO X.

SE ABRE LA PUERTA.

PERO al llegar á la puerta de la casa misteriosa, el pobre Enrique se vió acometido de su temor habitual.

--Valor, se dijo interiormente; llamemos. Y avanzó un paso mas.

Sin embargo, antes de decidirse á llamar miró por última vez atrás y contempló en la calle el brillante reflejo de las luces de la hospedería.

--Allá abajo, dijo tristemente, entran á

disfrutar de los placeres del amor y de la felicidad hombres á quienes se cita, sin que ellos hayan imaginado semejante ventura. ¿Por qué mi corazón no está tranquilo? ¿Por qué no es plácida mi sonrisa? Yo también entraría tal vez allí, en lugar de perder el tiempo empeñándome inutilmente en entrar aquí.

Oyóse entonces el reloj de San German de los Prados, cuya campana vibraba melancólicamente en medio del silencio de la noche.

--Vamos, dijo Enrique, ya son las diez.

Puso el pié en el umbral de la puerta y levantó el aldabon.

--¡Vida miserable! exclamó al mismo tiempo. ¡Existencia de un decrepito! ¡Ah! ¡Cuándo podré decir: muerte encantadora, muerte risueña, tumba querida, yo os saludo!

Llamó por segunda vez.

—Como siempre, prosiguió diciendo; el ruido de la puerta interior, el de la escalera, el de los pasos que se acercan... Siempre, siempre lo mismo.

Llamó por tercera vez.

—Este es el último golpe que doy todas

las noches: los pasos son ya mas ligeros, el criado mira por la rejilla de hierro, examina mi rostro pálido, siniestro é insopor- table, y se aleja sin abrimme.

El ruido cesó de pronto, justificando así las predicciones del infortunado jóven.

—Adios, casa cruel, dijo, hasta mañana.

Y bajándose hasta que su frente llegó al nivel del umbral de piedra, depositó sobre esta un beso, que hizo estremecer al duro granito, menos duro sin embargo que los corazones de los habitantes de aquella casa.

En seguida, como habia hecho la noche anterior, y esperaba hacer la siguiente, se retiró.

Mas no bien se hubo separado dos pasos, cuando con la mayor sorpresa sintió que rechinaba el cerrojo; abrióse la puerta, y el criado se inclinó ante él respetuosamente.

Era el mismo cuyo retrato dejamos bosquejado cuando tuvo la entrevista con Roberto Briquet.

—Muy buenas noches, caballero, dijo con voz cascada, cuyo sonido pareció no obstante á Du Bouchage mucho mas suave que todos los cánticos de los querubines que nos

adormecen en nuestra infancia cuando soñamos con el cielo.

Lleno de ansiedad y de inquietud, Enrique se acercó de nuevo á la puerta, y juntando las manos, vaciló tan visiblemente que el criado tuvo que sostenerle para que no cayese, lo cual hizo aquel hombre expresando de una manera inequívoca su respetuosa compasión.

—Vamos, señor, dijo, aquí estoy ya; os suplico que me expliquéis lo que deseáis.

—He amado tanto, respondió el joven que no sé si sigo amando. Mi corazón ha latido tanto, que no puedo decir si late todavía.

—¿Quereis, señor, dijo el criado respetuosamente, sentaros aquí á mi lado y hablar conmigo?

—¡Oh! Sí.

El criado le hizo una seña con la mano.

Enrique obedeció á esta seña, como hubiera obedecido á un gesto del rey de Francia ó del emperador romano.

—Hablad, señor, dijo el criado cuando estuvieron sentados el uno al lado del otro, y manifestadme vuestro deseo.

—Amigo mio, respondió Du Bouchage, no es esta la primera vez que nos hallamos y nos vemos tan juntos; pues bien, sabeis que en mas de una ocasion os he esperado y sorprendido en una esquina ofreciendoos entonces bastante oro para enriqueceros aun cuando hubiéseis sido el hombre mas codicioso del mundo; otras veces he tratado de intimidaros; pero jamás habeis querido prestarme oidos, y antes bien me habeis visto sufrir sin compadeceros siquiera, al menos en la apariencia, de mis sufrimientos. Hoy me invitais á hablar y espresaros mis deseos. ¿Qué ha sucedido, Dios mio, y qué nueva desgracia me oculta esa condescendencia de parte vuestra?

El criado lanzó un suspiro, pues evidentemente bajo aquella ruda corteza palpita-
ba un corazon piadoso.

Enrique oyò este suspiro y cobró ánimo.

—Bien sabeis, continuó, que amo, y la manera con que amo, puesto que me habeis visto perseguir á una muger y descubrirla à pesar de sus esfuerzos para ocultarse y huir de mí, sin que jamás, en ninguna ocasion, ni en medio de mis mas acerbos dolores,

haya exhalado una palabra de queja, ni menos intentado ninguno de esos medios violentos que nacen de la desesperacion y de los consejos que nos inspira con el ardor de la sangre la fogosa juventud.

—Es verdad, señor, dijo el criado, y en esto tanto mi ama como yo os hacemos plena justicia.

—Puesto que convenis en ello, continuó Enrique estrechando en sus manos las del vigilante guarda, bien podia yo en una noche cualquiera, cuando me uegáseis la entrada de esta casa, derribar la puerta, segun hace casi todos los dias cualquier estudiante borracho ó enamorado, en cuyo caso veria, aunque no fuese mas que por un momento, á esa muger inexorable, y podria hablarla.

—Verdad es tambien.

—En fin, prosiguió el jóven conde con una dulzura y una tristeza inesplicable, algo soy en este mundo: mi nombre es grande, grande es tambien mi fortuna, grande mi crédito, el rey mismo me protege; ahora mismo me aconsejaba S. M. que recurriese á el, que le confiara mis dolores y me dis-

pensaría toda su protección.

—¡Ay! exclamó el criado con indecible inquietud.

—Yo no he querido, se apresuró á decir el jóven; no, no, lo he reusado todo, absolutamente todo, para venir á suplicar de rodillas que me abran esta puerta que jamás se abre para mí.

—Teneis, en efecto, señor conde, un corazón leal y digno de ser amado.

—Pues bien, interrumpió Enrique con doloroso trasporte, este hombre de corazón leal, y que, según vos mismo decís, merece ser amado, ¿qué es lo que os debe? ¿A qué le condenais? Todas las mañanas viene á traer mi paje una carta, y no se le recibe siquiera; todas las noches vengo á llamar á esta misma puerta, y siempre se me despide como á un importuno; en fin, me dejan padecer, desesperarme, morir en esta calle, sin merecer la compasión que se tendría con un pobre perro que abulla, ¡Ay amigo mio! os lo digo, esa muger no tiene el corazón de una muger; conozco muy bien que no podemos mandar á nuestro corazón que amo ni deje de amar; ¿pero quién no tiene lás-

lima de un desgraciado que sufre, quién no le dirige una palabra de consuelo, quién no se condele de un infeliz que cae y no le tiende la mano para levantarlo? ¡Oh! no, no me digais que esa muger es sensible, porque esa muger se complace en mi suplicio, porque esa muger no tiene corazon, porque si le hubiera tenido me habria matado con una negativa de su boca, ó habria mandado que me dieran una puñalada; al menos muerto no sufriria.

—Señor conde, respondió el criado despues de haber escuchado escrupulosamente todo lo que acababa de decir el jóven, la dama que buskais está lejos de tener el corazon tan insensible, y sobre todo, tan cruel como decís; sufre mas que vos porque os ha visto algunas veces, porque ha comprendido lo que sufrís, y siente hácia vos una viva simpatia.

—¡Oh! ¡compasion, compassion! exclamó el jóven enjugando el sudor frio que corria de sus sienas: ¡oh! venga el dia en que su corazon que tanto elogiáis conozca el amor, tal como yo lo siento, y si en cambio de este amor, se le ofrece compassion, quedará bien vengado.

—Señor conde, señor conde, el que no corresponda á vuestro amor, no quiere decir que no haya amado: acaso esa muger ha conocido la pasion mas fuerte que jamás podeis conocer; acaso ha amado como nunca amareis.

Enrique levantó las manos al cielo y exclamó:

—Cuando se ama de ese modo, se ama siempre.

—¿Os he dicho por ventura, señor conde, que ya no ama? preguntó el criado.

Enrique lanzó un grito doloroso y quedó tan postrado y abatido como si hubiese sido herido de muerte.

—¡Ella ama, exclamó, ella ama! ¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!

—Si, ama, pero no teagais celos del hombre á quien ama, señor conde; ese hombre no es ya de este mundo; mi señora es viuda, añadió el criado creyendo calmar con estas palabras el dolor del jóven.

Y en efecto, como por encanto, estas palabras le devolvieron el aliento, la vida y la esperanza.

—En nombre del cielo, dijo, no me aban-

doneis; decís que es viuda; lo será hace poco, y verá secarse la fuente de sus lágrimas: es viuda ¡ay! amigo mio, luego no ama ya á nadie, puesto que ama á un cadáver, una sombra, un nombre; la muerte es menos que la ausencia; decirme que ama á un muerto, es decirme que me amará... ¡Oh! ¡Dios mio! todos los grandes dolores se calman con el tiempo; cuando la viuda de Mausoleo, que había jurado en la tumba de su esposo un dolor eterno, cuando la viuda de Mausoleo hubo agotado sus lágrimas, quedó curada, porque los pesares son una enfermedad; el que no sucumbe en la crisis sale de esta crisis mas vigoroso y fuerte que antes.

El criado meneó la cabeza y dijo:

—Esa dama, señor conde, como la viuda del rey Mausoleo, ha jurado al muerto eterna fidelidad, pero yo la conozco, y cumplirá mejor su palabra que lo hizo esa muger olvidadiza de quien me habláis.

—Esperaré, esperaré diez años si es menester, exclamó Enrique; Dios no ha querido que muriera de pesar ó que abreviase sus dias violentamente: ya lo veis, puesto que no ha muerto, es señal de que puede

vivir, y puesto que vive puedo esperar.

—¡Oh! ¡jóven! ¡jóven! dijo el criado con un acento lúgubre, no conteis de ese modo con los sombríos pensamientos de los vivos, con las exigencias de los muertos: ¡decid que ha vivido! ¡si ha vivido! ¡no un día, no un mes, no un año: ha vivido siete años! Joyeuse tembló. ¿Pero sabéis [por qué, con qué objeto y para qué ha vivido? ¿Esperais que se consuele? ¡Jamás, señor conde, jamás! Yo soy quien os lo digo, yo soy quien os lo juro, yo, que no era mas que humilde servidor del difunto, yo, que mientras vivió, tenia un alma piadosa, ardiente y llena de esperanza, y que desde que ha muerto tengo un corazón endurecido; pues bien, yo, que no soy mas que su criado, os lo repito: jamás me consolaté.

—Ese hombre tan sentido y tan llorado, interrumpió Enrique, eso muerto tan feliz, ese marido....

—No era marido, era amante, señor conde, y una muger como la que desgraciadamente amais no tiene mas que un amante en toda su vida.

—¡Amigo mio! ¡amigo mio! exclamó el con-

de aterrado de la magestad salvaje de ese hombre de tan elevado talento, y que sin embargo vivia oscurecido bajo un rústico ropaje: amigo mio, os suplico que intercedais por mí.

—¡Yo! exclamó, ¡yo! Escuchad, señor conde, si os hubiese creido capaz de usar de violencia para con mi señora, os hubiera matado con esta mano.

Diciendo así, sacó por debajo de su capa un brazo nervioso y viril que parecia el de un jóven de veinte y cinco años, al paso que sus cabellos blancos y su talle encorvado le daban la apariencia de un hombre de sesenta años.

—Si, por el contrario, continuó, hubiese podido creer que mi ama os amaba, ella seria la victima. Os he dicho ya, señor conde, cuanto tenia que decir; no trateis de hacerme confesar mas, porque por mi honor, y aunque no soy caballero, por mi honor, que vale alguna cosa, os juro que he dicho todo lo que podia confesar.

Enrique se levantó con el corazon traspasado de dolor y dijo:

—Os doy gracias, amigo mio, por esa com-

pasion que os inspiran mis infortunios: ya estoy decidido.

—Segun eso, estareis mas tranquilo en adelante, señor conde, os alejareis de nosotros y nos dejareis entregados á nuestro destino, destino mucho peor que el vuestro, creedlo.

—Si, me alejaré, dijo el jóven, y para siempre.

—Quereis morir, os comprendo.

—¿Y por qué he de negároslo? Yo no puedo vivir sin ella; es necesario que muera, puesto que no puedo poseerla.

—Señor conde, mi ama y yo hemos hablado muchas veces de la muerte; podeis creerme: es una muerte muy mala la que uno se dá con su propia mano.

—Por lo mismo no será esa la que yo escoja; hay para un jóven de mi nombre, de mi edad y de mi fortuna una muerte que en todos tiempos ha sido una muerte hermosa y es la que se recibe defendiendo al rey y á la patria.

—Si vuestros sufrimientos superan á vuestras fuerzas, si nada debeis á los que os sobrevivan, si se os ofrece la muerte en el

campo de batalla, morid, señor conde, morid; hace mucho tiempo que yo habria muerto, si no estuviese condenado á vivir.

—Adios, y gracias, respondió Joyeuse tendiendo la mano al criado desconocido. Hasta el otro mundo.

Y se alejó rápidamente arrojando á los pies del criado, enternecido con aquel dolor tan profundo, una pesada bolsa de oro.

Las doce de la noche sonaban en aquel momento en la iglesia de San German de los Prados.



CAPITULO XI.

COMO AMABA UNA GRAN SEÑORA EN EL AÑO
DE GRACIA DE 1586.

Los silbidos que en intervalos iguales habian atravesado el espacio eran efectivamente los que debian servir de señal al venturoso Ernøuton.

Asi que, al acercarse á la casa halló á la señora Fournichon esperando en el umbral de la puerta á sus parroquianos, con una sonrisa que la asemejaba á una diosa mitológica debida al pincel de un pintor flamenco.

La señora Fournichon estaba dando vueltas todavía entre sus manos gordas y blancas á un escudo de oro que otra mano blanca también, pero más delicada, acababa de depositar en ellas al paso. Al ver á Ernauton se puso en jarras, ocupando todo el hueco de la puerta, de modo que hacía imposible la entrada.

Ernauton por su parte se detuvo como quien pide paso.

—¿Qué quereis, señor, dijo aquella, qué pedis?

—Decid, buena mujer, ¿no han salido ahora mismo tres silbidos de la ventana de aquella torrecilla?

—Sí, por cierto.

—Pues bien, á mí es á quien llaman esos tres silbidos.

—¿A vos?

—Sí, á mí.

—Eso ya es otra cosa, siempre que me deis vuestra palabra de honor.

—Mi palabra de caballero, mi querida señora Fournichon.

—En ese caso os creo; entrad, galante caballero, entrad.

Y alegre de tener al fin una de esas clientelas que tan ardientemente deseaba para aquel desgraciado *Rosal de amor*, que habia sido destronado por el *Bravo Caballero*, hizo subir á Ernauton por la escalera de caracol que conducia á la mas adornada y discreta de sus torrecillas.

Una puertecilla, pintada muy medianamente, daba entrada á una especie de antesala, y desde esta antesala se pasaba á la misma torrecilla amueblada, decorada, entapizada con algo de mas lujo que era de esperar en aquel rincon estraviado de París; pero es preciso decir que la señora Fournichon habia empleado mucho gusto en el embellecimiento de aquella torrecilla, su favorita, y sabido es que generalmente sale bien aquello que se emprende con buen deseo y entusiasmo.

Asi pues, la señora Fournichon habia obtenido el resultado que podia esperarse de un talento bastante vulgar en semejante materia.

Cuando el jóven entró en la antesala percibió un olor fuerte de benjuí y de aloe, holocausto hecho sin duda por la persona,

acaso demasiado susceptible, que al esperar à Ernauton queria disipar con ayuda de perfumes vejetales los vapores culinarios exhalados por el asador y por las cazerolas.

La señora Fournichon siguió al jóven passo á passo, empujándole desde la escalera á la antesala y desde la antesala á la torrecilla con ojos achicados, con un pestañeo anacreóntico, y en seguida se retiró.

Ernauton se quedó con la mano derecha en la cortina y la izquierda en el picaporte de la puerta, medio encorvado por su saludo, porque acababa de percibir en la voluptuosa media tinta de la torrecilla, alumbrada por una sola bujía de color de rosa, uno de esos elegantes contornos de mujer que, sino inspiran amor, llaman á lo menos la atencion, si ya no es que provocan el deseo.

Recostada sobre cojines y envuelta en seda y terciopelo, aque!la dama, cuyo menudo pié colgaba fuera de aquel lecho de descanso, se ocupaba en quemar á la luz de la bujía el resto de una ramita de aloe que de vez en cuando aproximaba á su rostro como para respirar su humo, llenando tam-

bien con este humo los pliegues de su ropa y sus cabellos, como si hubiese querido impregnarse toda ella en aquel vapor embriagador.

Por la manera con que arrojó el resto de la rama al fuego y se bajó el vestido hasta el pié y la cofia sobre su rostro enmascarado, conoció Ernauton que le habia oido entrar y que le suponía cerca de ella. Sin embargo, no hizo el menor ademán para verle.

Ernauton esperó un rato, pero ella no se movió.

—Señora, dijo el jóven con voz que procuró dulcificar á fuerza de reconocimiento, señora, habeis mandado llamar á este vuestro humilde servidor, y aquí me tenris.

—¡Ah! Muy bien, contestó la dama, suplicoos que os senteis, señor Ernauton.

—Perdonad, señora, pero ante todo debo daros las gracias por la singular honra que me dispensais en este momento.

—Eso que me decís es muy lisongero, M. de Carmainges, y sin embargo, presumo que no sabeis aun á quien dais las gracias.

—Señora, dijo el joven acercándose á ella poco á poco, ocultais vuestro rostro con una máscara, vuestras manos se esconden en esos perfumados guantes, y al presentarme yo aquí me ha robado vuestro vestido la vista de un pie, capaz por si solo de haberme vuelto loco: nada veo que me permita reconocer, y solo puedo adivinar.

—¿Y adivináis quién soy?

—La misma que mi corazón desea, la que mi imaginación me representa joven, bella, poderosa y rica, demasiado rica y poderosa para que yo pueda creer que es realidad lo que me está sucediendo y que no sueño en este instante.

—¿Os ha costado mucho trabajo entrar aquí? preguntó la dama sin contestar directamente al diluvio de palabras que fluía del corazón henchido de Ernauton.

—No por cierto, señora: la entrada me ha sido mas fácil de lo que creía.

—Para un hombre todo se dispone bien, mas no sucede lo mismo para una mujer.

—¡Ah! Siento en el alma la incomodidad que os habeis tomado por mi, y solo puedo ofreceros mis humildes servicios.

Pero la dama parecía haber pasado ya á otro pensamiento.

—¿Qué es lo que me deciais, caballero? preguntó con indiferencia, quitándose el guante para enseñar una mano divina.

—Os decia, señora, que sin haber visto vuestros atractivos, sé quien sois, y que sin temor de equivocarme, puedo deciros que os amo.

—De modo, que creéis positivamente soy la misma que esperábais encontrar aquí.

—Mi corazón suple á la vista.

—¿Conque me conocéis?

—Sí, os conozco.

—Mucho me admira el que haciendo tan poco tiempo que estais aquí, conozcais ya á las mujeres de París.

—Entre todas solo conozco á una.

—Y esa, ¿soy yo?

—Así lo creo.

—¿Pero en qué me reconocéis?

—En vuestra voz, en vuestra gracia, en vuestra hermosura.

—Por lo que hace á mi voz, ya se comprende, pues me es imposible ocultarla; si me hablais de mi gracia, debo recibir vues-

tras palabras como un cumplimento, pero si se trata de mi hermosura, solo puedo admitir esto por hipótesis.

—¿Y por qué, señora?

—Porque apelais á mi hermosura para reconocermé, y mi hermosura está oculta.

—Menos lo estaba el dia en que para haceros entrar en París os tuve tan cerca de mí, que vuestro pecho rozaba mis espaldas y vuestro aliento abrasaba mi cuello.

—¿Luego habeis adivinado que era yo por mi billete?

—¡Oh! No, no, señora, no lo creais. Ni un momento he abrigado semejante idea. He creido ser juguete de alguna broma, ó victima de una equivocacion, y aun he llegado á figurarme que me amenazaba alguna de esas catástrofes llamadas buenas fortunas, y solo hace unos cuantos minutos que al veros, al tocaros....

Y Ernauton trató de apoderarse de una mano, que se retiró delante de la suya.

—Basta, dijo la dama; el hecho es que he cometido una insigne locura.

—¿En qué, señora? Decídmelo por Dios.

—¡En qué! ¿No confesais que me conoceis?

¿Y ahora pretendéis saber por qué he hecho semejante locura?

—¡Oh! es verdad, señora, y confieso que soy un pigmeo al lado de V. A.

—Pero, por Dios, dadme el gusto de callaros. ¿Sereis tan poco prudente?

—¿Pues qué he hecho, señora? En nombre del cielo, preguntó Ernauton asustado.

—¡Cómo! ¿no veis mi rostro cubierto?..

—¿Y qué?

—Si tengo puesta una máscara, probablemente trataré de que nadie me conozca. ¿Por qué, pues, me dais el tratamiento de alteza? ¿Por qué no abris esa ventana y pronunciais mi nombre á gritos?

—¡Ah! Perdon, perdon, exclamó Carmainges cayendo de rodillas, confiaba en la discrecion de estas paredes.

—Me parece que sois crédulo.

—Señora, estoy enamorado.

—Y sin duda estais convencido de que yo correspondo á ese amor con otro amor semejante...

Ernauton se levantó picado y dijo:

—No, señora.

—¿Y qué habeis creido?

—Se me figura que teneis alguna cosa importante que decirme, que no habeis querido recibirme en el palacio de Guisa ni en vuestra posesion de Bell-Esbat, y que habeis preferido una entrevista secreta en un paraje solitario.

—¿Habeis creido eso?

—Sí.

—¿Y qué pensais que tengo que deciros? Vamos, hablad, pues tengo deseo de conocer hasta donde llega vuestra perspicacia.

La dama, bajo aquella desdeñosa apariencia, dejó entrever una especie de inquietud.

—¿Cómo quereis que yo lo sepa? contestó Ernauton. Algo será que tenga tal vez relacion con M. de Mayenne.

—¡Y qué! ¿No tengo emisarios que mañana mismo por la noche me digan mas que lo que vos pudiérais noticiarme, supuesto que ayer me enterásteis de cuanto sabiais?

—¿Sin duda quereis preguntarme algo acerca de los sucesos de la última noche?

—¿Qué sucesos? ¿De qué hablais? preguntó la dama, cuyo seno palpitaba visiblemente.

—Del terror pánico que experimentó M. de Epernon y del arresto de los caballeros de Lorena.

—¿Cómo! ¿Han sido arrestados?..

—Sí, unos veinte que se hallaban intempestivamente en el camino de Vicennes.

—Que es también el camino de Soissons, ciudad en que ha puesto guarnición el duque de Guisa, si no estoy mal informada. Al hecho, vos, caballero Ernauton, que pertenecéis á la corte, ¿podreis decirme la causa del arresto de esos caballeros?

—¿Yo de la corte!

—Sin duda.

—¿Sabeis eso, señora?

—¿Válgame Dios! Para saber donde encontraros me he visto obligada á tomar informes : pero acabemos de una vez , si gustais, pues habeis adquirido la mala costumbre de interrumpir la conversacion.

¿Qué ha resultado de lo de anoche?

—Nada absolutamente que yo sepa, señora.

—¿Y por que habeis creido que yo os hablaria de una cosa sin resultado?

—Confieso, señora, que teneis razon ahora como siempre: confieso mi torpeza.

—¿Cómo caballero! ¿Pues de dónde sois?

—De Agen.

—¿Qué! ¿Sois gascon? Porque creo que Agen está en Gascuña.

—Si, señora.

—¿Sois gascon y no teneis bastante vanidad para suponer sencillamente que habiéndoois visto por primera vez el dia de la ejecucion de Salcedo en la puerta de San Antonio os hallé muy de mi gusto?

Ernauton se ruborizó y se puso á temblar, mientras la dama continuó imperturbable:

—Qué luego os encontré en la calle y me parecisteis hermoso.

Ernauton sintió que la sangre le encendia el rostro.

—Y que por último, cuando llegásteis á Bel-Eshat con la carta de mi hermano esperimenté un placer indecible.

—Señora, señora, Dios me libre de suponer todo lo que decís.

—Pues haceis mal, replicó la dama volviéndose por primera vez hácia Ernauton y fijando en los ojos de este unos ojos abrasadores que brillaban al través de la careta,

en tanto que desplegabá á las ávidas miradas del jóven la seduccion de un talle esbelto, que se perfilaba en líneas voluptuosas marcadas con elegancia por el terciopelo de los cogines.

Ernauton juntando las manos exclamó:

—¡Señora! ¡Señora! ¿Os burlais de mi?

—Nada de eso, respondió la dama; digo que me gustais, porque es verdad.

—¡Dios mio!

—¿Por ventura, vos mismo no os habeis atrevido á declararme que me amábais?

—Sí, pero cuando os declaré eso no sabia quién érais, señora, y ahora que lo sé os pido perdon humildemente.

—Vamos, ya delira, murmuró la dama con impaciencia. Seguid, pues, siendo lo que sois, caballero; decidme lo que pensais, si no quereis que me arrepienta de haber venido.

Ernauton cayó de rodillas y dijo:

—Hablad, señora, hablad, para que me persuada de que todo esto no es un juego, y acaso entonces me atreveré á responderos.

—Como gusteis; escuchad mis proyectos acerca de vos, dijo la dama rechazando á

Ernauton mientras se arreglaba simétricamente los pliegues de su vestido. Me gustais, pero no os conozco todavía. No acostumbro resistir á mis caprichos; pero no tengo la necesidad de cometer errores. Si hubiésemos sido iguales, os hubiera recibido en mi palacio estudiando vuestro carácter detenidamente antes que pudiéseis sospechar mis intenciones. Me he visto, pues, en la necesidad de renunciar á este medio disponiendo nuestra entrevista de otro modo. Ya sabeis ahora á qué ateneros en cuanto á mí; lo único que os pido es que os hagais digno de mi cariño.

Ernauton hizo las mas ardientes protestas.

—¡Oh! menos calor, señor de Carmainges, dijo la dama con cierta negligencia, pues el caso no merece la pena; acaso solo vuestro nombre fué lo que me llamó la atención cuando nos vimos la vez primera... tal vez por eso me agradásteis... En resumidas cuentas, creo que mi afición á vos es un capricho, y que este capricho pasará. No por eso imagineis que os falta mucho para ser perfecto; de nada desesperéis, pues por otra parte, no puedo sufrir á los hombres per-

fectos, y al contrario, adoro á los que se sacrifican. Acordaos bien de esto, caballero gentil, supuesto que os lo permito.

Ernauton estaba fuera de sí, pues aquel lenguaje altivo, aquellos ademanes llenos de voluptuosidad y de abandono, aquella superioridad orgullosa y aquella visible languidez amorosa de una muger tan ilustre, le sumergian á la vez en un paraíso de delicias y en un infierno de terrores.

Sentóse junto á la hermosa cuanto altiva dama de sus pensamientos, que no opuso la menor dificultad, y en seguida procuró deslizar su brazo por detrás de los codos que le sostenian.

—Caballero, dijo ella, parece que me habeis oído, pero que no habeis llegado á comprender mis palabras. Nada de familiaridad entre nosotros: conservemos nuestros respectivos puestos: de cierto os concederé algun dia el derecho de que me llameis vuestra, pero hasta ahora no os lo he concedido.

Ernauton se levantó pálido y desconcertado.

—Perdonad, señora, dijo; parece que no

sé mas que hacer desatinos, lo cual no es de estrañar, si se atiende á que ignoro completamente las costumbres de la capital. En provincia, á doscientas leguas de aqui, cuando una muger dice que ama, ama de veras y nada niega á su amante: tampoco se hace cargo de las palabras de este para humillarle. Vos usais hoy de vuestros derechos como hija de París y como princesa, y yo los acepto con gusto: pero, ¿qué quereis? Me falta la costumbre, y la adquiriré con el tiempo.

La dama escuchaba silenciosa, y era evidente que persistia en observar á Ernauton para saber si su enfado se convertiría realmente en furor.

—¡Ah! ¡ah! exclamó con altivez: ya veo que os incomodais.

—En efecto, señora, me incomodo contra mí mismo, porque mi amor no es un pasajero capricho, sino una pasion verdadera y pura. Yo no deseo vuestra persona, porque esto seria poco para mí; yo quiero poseer vuestro corazon, y así nunca me perdonaré el haber comprometido hoy con mis necesidades el respeto que os debo, res-

peto, 'señora', que no convertiré en amor hasta que me lo mandeis. Espero, pues, desde este momento vuestras órdenes.

—Vamos, vamos, dijo la dama, no exageremos las cosas de ese modo, señor de Carmainges: estais hecho un hielo, cuando no há mucho pareciais un volcan.

—Creo, sin embargo...

—¡Bah! nunca digais á una dama que la amareis á vuestro modo; decidla siempre que la amareis como ella quiera.

—Eso es lo que he dicho, señora.

—Sí, pero no lo habeis pensado.

—Respeto vuestra superioridad.

—Dejémonos de cumplimientos, porque no he venido á representar aquí el papel de reina. Hé aquí mi mano; tomadla, pues es la de una muger, aunque está mucho mas caliente y animada que la vuestra.

Eruauton cogió con timidez aquella mano hermosa.

—Vamos, dijo la duquesa.

—¿Qué?

—¿No la besais? ¿Estais loco? ¿Os habeis propuesto hacerme rabiarse?...

—Pero no há mucho...

—No há mucho que yo la retiraba, pero ahora...

—¿Ahora?

—Ahora os la entrego.

Ernauton besó aquella mano con tanto ardor, que la duquesa la retiró al punto.

—Ya lo veis, dijo el jóven; acabais de darme otra leccion.

—¿He hecho mal?

—Muy mal, pues confundis mis ideas, y el temor acabará por triunfar de la passion: proseguiré adorandoos de rodillas, pero se acabarán el amor y la confianza.

—¡Oh! yo no quiero eso, dijo la dama, porque seriais un pobre amante, y no me gustan asi los míos. Mostraos como sois: sed Ernauton de Carmainges y no otra cosa. Ya veis, tengo mis manias, y por otra parte, ¿no me habiais dicho que soy bellísima? Todas las hermosas tienen sus caprichos, que es preciso respetar unas veces y otras combatir. Lo que yo quiero es que no me lemais, que seais emprendedor, y que cuando diga al impetuoso Ernauton calmaos, consulte este mis ojos, pero no mis palabras.

Al decir esto se levantó, y lo hizo tan á tiempo, que el jóven, no pudiendo ya contenerse, la habia estrechado en sus brazos de modo que sus lábios se pasaron con ardor sobre la careta de la duquesa; pero esta dió entonces una prueba de la verdad que encerraba cuanto acababa de decir, porque sus ojos lanzaron, á través de la careta, un relámpago frío y blanco, como siniestro presagio de la tempestad.

Esta mirada impuso de tal modo á Carmainges, que dejó caer los brazos y se apagó todo su amoroso fuego.

—Perfectamente, dijo la duquesa; nos volveremos á ver, pues os aseguro que me gustais en extremo, caballero Carmainges.

Ernauton hizo una cortesía.

—¿Cuándo estais libre? preguntó la dama.

—Pocas veces, señora.

—¡Ah! Si, ya entiendo; ese servicio es fatigoso.

—¿Qué servicio?

—El que haceis inmediato á la persona del rey. ¿No sois uno de los guardias de S. M?

—Soy, en efecto, individuo de un cuerpo distinguido.

—Esto es lo que quiero decir, y aun me parece que se compone de gascones. ¿Es cierto?

—Sí, señora, todos.

—¿Cuántos son? Me lo han dicho, pero se me ha olvidado.

—Cuarenta y Cinco.

—¡Número singular!

—Es lo que puedo deciros.

—Pero ese número... ¿pertenece á un cálculo anterior?

—No lo creo; tal vez sea hijo de la casualidad.

—¿Y decis que los Cuarenta y Cinco nunca dejan solo al rey?

—No me acuerdo haber hablado de eso, señora.

—En efecto, perdonad; me figuraba haberlo oído de vuestra boca. Al menos me habeis asegurado que disfrutais muy poca libertad.

—Muy poca, señora, eso es ciertísimo, pues durante el día estamos de servicio para las salidas de S. M. ó para sus cacerías, y por la noche tenemos que permanecer en el Louvre.

—¿Por la noche?

—Sí.

—¿Todas las noches?

—Casi todas.

—Hé ahí lo que hubiera sucedido hoy si la consigna os hubiese privado de venir aquí. Yo, que os esperaba, sin saber el motivo de vuestra falta á esta cita hubiera creído indudablemente que despreciabais mi cariño.

—¡Ah! señora, desde hoy arriesgaré todo por veros; podeis creerlo, pues que os lo juro.

—Eso es inútil, y hariais un desatino que de ningun modo apruebo.

—¿Y qué he de hacer?

—Continuar vuestro servicio con exactitud, y yo me encargo de lo demás, supuesto que soy libre y puedo disponer de mis acciones.

—¡Cuánta bondad, señora!

—Pero todo esto no me esplica, añadió la duquesa con su insinuante sonrisa, el motivo de hallaros libre esta noche para haber podido venir á verme.

—Yo habia pensado, señora, pedir permiso á M. de Loignac, nuestro capitan, á

quien debo muchas atenciones, cuando precisamente se ha dado orden á los Cuarenta y Cinco para que puedan disponer á su gusto de toda la noche.

—¡Hola! ¿Conque os han concedido eso?

—Sí.

—¿Y porqué motivo tan buena dicha?

—Como recompensa, á mi parecer de un servicio penoso á que fuimos ayer destinados en el camino de Vincennes.

—¡Ah! Muy bien, dijo la duquesa.

—A esta circunstancia debo la felicidad de hallarme á vuestro lado sin el menor inconveniente.

—Pues bien, escuchadme, Carmainges, dijo la duquesa con encantadora familiaridad, que colmó de gozo al jóven, vais á hacer lo siguiente: siempre que creais estar franco de servicio, lo avisareis á la posadera por medio de un billete, y todos los dias enviaré yo á saberlo á un hombre de mi confianza.

—¡Oh Dios mio! esa es ya demasiada bondad, señora.

La duquesa apoyó su mano en el brazo de Ernauton.

—Callad dijo de pronto.

—¿Qué sucede? preguntó el joven.

—¿De qué proviene ese ruido?

En efecto, cierto estrépito de espuelas, de voces, de puertas, de alegres exclamaciones llenaba toda la casa, semejante al eco de una invasion.

Ernauton sacó la cabeza por la puerta que comunicaba con la antecámara.

—Son mis compañeros, dijo, que vienen á celebrar el descanso que les ha concedido M. de Loignac.

—¿Pero por qué aquí precisamente? ¿Por qué en esta hosteria donde nos encontramos?

—Porque el *Bravo Caballero* fué el punto de reunion designado cuando llegamos á Paris, y porque desde aquel dia feliz se han aficionado terriblemente mis compañeros al vino y á los manjares de la señora Fournichon, y no pocos á las torrecillas.

—¡Oh! murmuró la duquesa sonriéndose con malicia; hablais de las torrecillas como hombre experimentado.

—Señora, os juro por mi honor que esta es la primera vez que he pisado una de ellas. Pero vos... vos que la habeis elegido...

—Sí, la he elegido, y vais á saber fácilmente por qué. Necesitaba un sitio solitario, inmediato al río y al murallon, un sitio en que nadie pueda reconocerme ni averiguar lo que hago. ¡Pero Dios mio! ¡Qué bulliciosos son vuestros compañeros!

En efecto, la bulla se convertía ya en espantoso huracán; gritos sobre la expedición de la noche anterior, fanfarronadas, ruido de escudos de oro y estrépito de vasos presagiaban una desecha borrasca.

De pronto se oyeron resonar pasos en la escalera que conducía á la torrecilla, y la señora Fournichon gritó desde abajo:

—¡Señor Sainte-Maline! ¡Señor Sainte-Maline!

—¿Qué quereis? contestó este.

—No subais, no subais; os lo suplico.

—¿Por qué no he de subir, mi querida Fournichon? ¿No es nuestra toda la casa esta noche?

—Toda la casa sí, pero no las torrecillas.

—¡Bah! las torrecillas pertenecen á la casa, exclamaron otras cinco ó seis personas, entre cuyas voces reconoció Ernauton las de Perducas de Pincorney y Eustaquio de Miradoux.

—No, las torrecillas no son de la casa, replicó la señora Fournichon: las torrecillas son una escepcion, son mias, y no quiero que incomodeis á mis huéspedes.

—Señora Fournichon, dijo Sainte-Maline, yo tambien soy vuestro huésped, y así no me incomodeis vos.

—¡Sainte-Maline! murmuró Ernauton con alguna inquietud, pues conocia el mal carácter y la audacia de aquel hombre.

—¡Por favor! ¡Por Dios os lo pido! repetia la señora Fournichon.

—Señora Fournichon, dijo por último Sainte-Maline, es ya media noche; todos los fuegos deben apagarse á las nueve, y en una de vuestras torrecillas hay luz: solo los enemigos del rey desobedecen sus edictos, y yo quiero descubrir esos enemigos.

Y diciendo así, continuó subiendo acompañado de otros gascones, cuyos pasos resonaban con fuerza repetidos por el eco de la escalera de caracol.

—¡Dios mio! exclamó la duquesa. ¿Se atreverán á entrar aqui?

—En todo caso, señora, si se atreven, aqui tambien estoy yo, y puedo deciros

que no abrigueis temor alguno.

—¡Ah! Ya golpean las puertas, caballero.

En efecto, Sainte-Maline, que se había comprometido ya demasiado para poder retroceder, empujó la puerta con tanta violencia, que la hizo pedazos; verdad es que era de abete bastante endeble, escogido por la señora Fournichon sin saber que era sólido, á pesar de todas las precauciones que usaba siempre para proteger al amor con un respeto que rayaba en fanatismo.



CAPITULO XII.

EN QUE SE DA CUENTA DE CÓMO ENTRÓ SAINTE-MALINE EN LA TORRECILLA Y DE OTRAS COSAS QUE VERA EL CURIOSO LECTOR.

El primer cuidado de Ernauton cuando vió ceder la puerta de la antesala á los golpes de Sainte-Maline fué apagar la bugía que alumbraba la torrecilla.

Esta precaucion, que podia ser buena, pero que solo era momentánea, no tranquilizó, sin embargo, á la duquesa, cuando de pronto la señora Fournichon, que habia agotado ya todos sus recursos, echó mano al

último medio y se puso á gritar:

—Os prevengo, señor de Sainte-Maline, que las personas á quienes vais á incomodar son amigas vuestras; la necesidad me obliga á declarároslo.

—Pues bien; esa es una razon poderosa para que les hagamos una visita, dijo Perducas de Pincorney con acento avinado y tropezando en el último escalon.

—¿Y quienes son esos amigos? preguntó Sainte-Maline.

—Si, si, sepámoslo al momento, añadió Eustaquio de Miradoux.

La buena huéspeda, esperando siempre evitar una coalision que podia hacer el mayor agravio al *Rosal de amor*, al mismo tiempo que honrase al *Bravo Caballero*, se presentó en medio del grupo de aquellos hidalgos y pronunció en voz baja el nombre de Ernauton al oido de su agresor.

—¡Ernauton! repitió en voz alta Sainte-Maline, para quien esta revelacion fué aceite, y no agua, arrojado sobre el fuego. ¡Ernauton! Es imposible.

—¿Por qué? preguntó la señora Fournichon.

—Si, ¿decidnos por qué? añadieron todos los presentes.

—¡Vive Dios! contestó Sainte-Maline, porque Ernauton es un modelo de castidad, un ejemplo de continencia, un compuesto de todas las virtudes. No, no, os engañais señora Fournichon; no es el caballero de Carmainges el que está ahí dentro.

Y diciendo esto se adelantó á la segunda puerta para hacer con ella lo mismo que con la primera; pero la puerta se abrió repentinamente y apareció Ernauton en el umbral con un gesto que revelaba claramente que la paciencia no era una de las virtudes que acababa de atribuirle Sainte-Maline.

—¿Con que derecho ha roto esa puerta M. de Sainte-Maline? preguntó con severidad. ¿Con que derecho pretende romper esta otra?

—Es él en verdad, es el caballero Ernauton, exclamó Sainte-Maline: reconozco su voz; pues en cuanto á su figura, el diablo me lleve si puedo decir en la oscuridad de qué color es.

—Eso no es contestar á mis preguntas, replicó Ernauton.

Sainte-Maline se echó á reir estrepitosamente, lo cual tranquilizó á algunos de los Cuarenta y Cinco, que al escuchar el tono de amenaza con que M. de Carmainges habia pronunciado las últimas palabras creyeron conveniente bajar dos escalones.

—Con vos hablo, señor de Sainte-Maline, dijo Ernauton. ¿No me habeis oido?

—Sí, sí, perfectísimamente, respondió este último.

—¿Y qué teneis que decir?

—Que queriamos saber, apreciable camarada, si efectivamente erais vos el que habitaba esta mansion de los amores.

—Pues bien, ya que estais seguro de no haberos equivocado, supuesto que os estoy hablando y que en caso necesario os pudiera tocar para convenceros, dejadme en paz.

—¡Diablo! Supongo que no os habeis hecho ermitaño, y que por consiguiente no estais solo.

—En cuanto á eso, caballero, me permitireis que os deje con vuestras dudas, si es que las teneis.

—¡Bah! dijo Sainte-Maline haciendo un esfuerzo para entrar en la torrecilla. ¿Es po-

sible que esteis aquí solo? ¡Ah! No teneis luz... ¡Bravo!

—Vamos, caballeros, dijo Ernauton en altivo tono, creo que habeis bebido demasiado, y os perdono; no olvidéis, sin embargo, que tiene un término la paciencia con que debe tratarse á hombres privados de razon. Se han concluido las chanzas, ¿no es cierto? Hacedme el gusto de retiraros.

Sainte-Maline por desgracia sintió al mismo tiempo los estímulos de su envidiosa malignidad.

—¡Retirarnos! ¡retirarnos! gritó con enojo: señor de Garmainges, nos decís eso de un modo...

—De un modo que no os dé lugar á cometer nuevas equivocaciones, señor de Sainte-Maline, y si es necesario, os lo repito; retiraos, señores; yo os lo pido.

—No será sin que primero nos permitais tener el honor de saludar á la persona que os hace abandonar á vuestros amigos.

Al ver que Sainte-Maline insistia, empezó á estrecharse á su alrededor el círculo que ya iba á romperse.

—Señor de Monterabeau, dijo Sainte-Ma-

line con autoridad, bajad al salon y traednos una luz.

—Señor de Moterabeau, gritó Ernauton, si haceis eso acordaos de que me ofendeis personalmente.

Monterabeau vaciló, porque la voz de Ernauton era amenazadora.

—Bueno, replicó Sainte-Maline; hemos prestado un juramento, y M. de Carmainges es tan rígido observador de la disciplina que no querrá quebrantarlo. Nosotros no podemos batirnos unos contra otros; por consiguiente, alumbrad Monterabeau, alumbrad.

Este bajó, y cinco minutos despues, subió con una bugia, que quiso entregar á Sainte-Maline.

—No, no, le dijo este; tenedla vos, porque se me figura que voy á necesitar las dos manos.

Y hablando así dió un paso adelante para penetrar en la torrecilla.

—Os tomo por testigos á todos los que os hallais aquí presentes, dijo Ernauton, de que se me insulta indignamente y de que se ejerce conmigo una coaccion, y por con-

secuencia, (y al pronunciar estas palabras desenvainó la espada) y por consecuencia estoy dispuesto á hundir esta espada en el pecho del primero que dé un paso hácia adelante.

Furioso Sainte-Maline, quiso tambien desnudar la espada, pero al punto vió brillar sobre su pecho la punta de la de Ernauton.

Y como al mismo tiempo dió un paso hácia adelante, sin que M. de Carmainges tuviese necesidad de hacer el menor esfuerzo sintió su agresor el frio del acero, se echó hácia atrás, y bramó como un toro herido.

Entonces dió Ernauton un paso hácia adelante, igual al que Sainte-Maline acababa de dar á retaguardia, y apoyó la terrible espada por segunda vez en el pecho de este último.

Sainte-Maline se puso pálido, pues en manos de su contrario estaba el clavarlo á la pared: pero retiró con prontitud su espada y la envainó diciendo:

—Mereceis morir mil veces por vuestra insolencia, pero el juramento de que hablasteis poco ha me está las manos, y no volveré á tocaros: os vuelvo á decir que me dejéis libre el paso.

Hablando así dió un paso hácia atrás para ver si se le obedecía, añadiendo poco después con el acento y ademán de un rey:

—Paso, caballeros; salid, señora; yo respondo de todo.

Entonces apareció en el umbral de la torrecilla una muger cuya cabeza cubria una papalina y cuyo rostro ocultaba un velo, y la cual se apoyó temblando en el brazo de Ernauton.

El jóven, como si estuviese seguro que nada tenia que temer, atravesó denodadamente la antesala por medio de sus camaradas inquietos y curiosos.

Sainte-Maline, cuyo pecho rozó ligeramente la espada de Ernauton, se habia retirado á la meseta de la escalera, desesperado por la merecida afrenta que acababa de sufrir á presencia de sus compañeros y de la dama desconocida.

Viendo que todo se conjuraba contra él y que seria objeto de continuas burlas é insultos si las cosas quedaban entre él y Ernauton en el estado que tenian, quiso apelar al último extremo, y cuando pasaba Ernauton por delante de él desenvainó la daga.

¿Era su intencion herir á Carmainges?
¿Quiso efectivamente hacer lo que hizo?
He aquí una cosa imposible de averiguar,
sin haberla leído en el tenebroso pensamien-
to de aquel hombre, en el cual ni aun él
mismo podia leer en aquellos momentos de
cólera.

Lo cierto es que su brazo cayó sobre la
pareja que se retiraba, y que la oja de su
puñal, en vez de sepultarse en el pecho de
Ernauton, atravesó la papalina de la duque-
sa y cortó una de las cintas de la careta.

La máscara cayó al suelo.

El movimiento de Sainte-Maline habia si-
do tan rápido, que en medio de la con-
fusión nadie lo habia advertido, ni podido
por lo tanto oponerse á él.

La duquesa lanzó un grito al ver que se
le desprendia la careta y al sentir en su cue-
llo la frialdad de la oja de la daga, que afor-
tunadamente no llegó á hierirla.

Sainte-Maline, mientras que Ernauton
procuraba averiguar el motivo de aquel grito,
tuvo el tiempo necesario para recoger
la careta y presentarla á la duquesa, de mo-
do que á la luz de la bujía de Montera-

beau pudo ver el bellissimo semblante de la jóven dama, pues nada se lo impedia.

—¡Ah! ¡ah! exclamó con acento burlesco é insolente: es la hermosa dama de la litera: Ernauton, os doy la enhorabuena, pues veo que adelantais grandemente en vuestros negocios.

Ernauton se detuvo y desenvainó á medias la espada arrepiñiéndose de no haberla conservado empuñada, cuando la duquesa le dijo en voz baja y llevándole hacia los escalones.

—Venid, venid, caballero Carmainges; os lo suplico,

—Ya volveré á veros, señor de Sainte-Maline, gritó Ernauton alejándose, y creed que me pagareis esa infamia, con todas las demás.

—Bien, bien, le respondió Sainte-Maline, arreglad vuestra cuenta, al paso que yo arreglo la mia; dia llegará en que las liquidaremos juntos.

Carmainges oyó estas palabras, pero nada contestó á ellas por atender esclusivamente á la duquesa.

Llegados, por fin, los dos al piso bajo,

nadie se opuso á su salida, pues los individuos pertenecientes á los Cuarenta y Cinco que no habian subido la escalera censuraban sin duda en voz baja la imprudente conducta de sus compañeros.

Ernauton condujo á la duquesa á su litera, que estaba al cuidado de dos lacayos. No bien aquella dama entró en ella, cuando, teniéndose por segura, estrechó la mano de Carmainges entre las suyas diciéndole:

—Caballero Ernauton, despues de lo que acaba de suceder, despues del insulto que he recibido, y que no habeis podido evitar no obstante vuestro valor, no podemos volver aqui sin peligro de que se repita. Buscad, pues, por estos barrios alguna casa que se alquile ó se venda, y pronto tendreis noticias mias.

—¿Debo separarme ya de vos, señora? preguntó Ernauton inclinándose en señal de obediencia á las órdenes que acababa de recibir, y que eran demasiado lisonjeras á su amor propio para que se parase á discutir las.

—Todavia no, señor de Carmainges. Todavia no; seguid á mi litera hasta el Puen-

te Nuevo, pues temo que ese miserable que me conoce por la dama de la litera, pero que ignora quién soy, venga detrás de mí y averigüe dónde habito.

Ernauton obedeció, pero nadie siguió sus huellas para espiarlos.

Al llegar la duquesa al Puente Nuevo, que entonces merecia este nombre, pues solo hacia siete años que el arquitecto Ducerceau lo habia echado sobre el Sena, acercó su mano á los labios de Ernauton y le dijo:

—Idos ya, caballero.

—¿Podré preguntaros cuándo volveré á veros, señora?

—Eso dependerá de la prisa que os deis á cumplir mi comision, y ella me servirá al mismo tiempo de prueba del deseo que tengais de verme.

—¡Oh! señora confiad enteramente en mí.

—Así lo haré, adios, caballero mio.

La duquesa dió á besar por segunda vez su mano á Ernauton y se alejó en seguida.

—Esto, á la verdad, no deja de ser extraño, dijo el jóven volviendo atrás; esa muger me tiene aficion, cosa de que no pue-

do dudar, y sin embargo, no se cuida de saber si puedo ó no ser victima de ese maldito de Sainte-Maline.

Un ligero movimiento de hombros que hizo al mismo tiempo probó que el jóven apreciaba en su justo valor aquel descuido de su dama.

Pero volviendo á hacerse cargo de aquel sentimiento, que nada favorable se presentaba para su amor propio, prosiguió así:

—En efecto, estaba muy turbada; y ya se sabe que el temor de ser conocida puede mas en una princesa que todos los pensamientos amorosos del mundo. Porque al fin, añadió sonriéndose, mi dama es una princesa.

Y como este pensamiento era para él mas agradable que el otro, triunfó y se apoderó completamente de su imaginacion.

Pero no pudo ahuyentar el recuerdo del insulto que le habian hecho: volvió, pues, via recta á la hospederia para que nadie tuviese el derecho de suponer que él temia las consecuencias de lo que llegase á resultar de aquel lance. Estaba decidido á faltar á todas las consignas y á todos los ju-

ramentos posibles y acabar con Sainte-Maline en cuanto pronunciase una palabra ó hiciese un gesto.

El amor y la vanidad heridos con un golpe le inspiraban tanta cólera, que en el estado de exaltacion que tenia hubiera sido capaz de luchar contra diez hombres.

—Esta misma resolucion brillaba en sus ojos cuando llegó al umbral del *Bravo Caballero*.

La señora Fournichon, que esperaba su vuelta con ansiedad, permanecia en el umbral temblando de pies á cabeza.

Al ver á Ernauton se enjugó los ojos dando á entender que habia llorado mucho, y echando sus dos brazos al cuello del jóven le pidió mil perdones, á pesar del empeño de su marido; quien sostenia que no habiendo cometido la menor falta, no habia porque pedir tantos perdones.

La buena huéspeda no era tan desagradable para que Carmainges le conservase el menor rencor, y por lo tanto la aseguró que estaba satisfecho de su conducta, y que el único culpable era su vino.

Este fué un aviso que el marido pudo

comprender perfectamente, y así fué que dió las gracias con la cabeza á Ernauton.

Mientras acontecia esto á la puerta, todos los del interior estaban sentados á la mesa y hablaban con calor del suceso que formaba sin contradiccion el punto culminante de aquella noche divertida.

Muchos culpaban á Sainte-Maline con la franqueza que tanto caracteriza á los gascones cuando hablan unos con otros.

Otros se absteniaian de tomar parte en la discusion viendo que su camarada arrugaba el entrecejo y le temblaban los lábios, tal vez en fuerza de sus reflexiones.

Por lo demás, tambien se criticaba con el mismo entusiasmo la cena de la señora Fournichon; pero al ponerle faltas se filosofaba y á esto se reducía todo.

— En cuanto á mí, decia en alta voz M. Hector de Biran, ya sé que Sainte-Maline tiene la culpa de todo, y que si yo me hubiese llamado Ernauton de Carmainges probablemente estaria á estas horas M. de Sainte-Maline tendido en esta mesa en vez de asistir á esta cena.

Sainte-Maline alzó la cabeza y miró á Hector de Biran.

—Lo dicho, dicho, añadió este, pero mirad, en el umbral de la puerta divisó á un sugeto que me parece ser de mi misma opinion.

Todas las miradas se dirigieron hácia el sitio indicado por el jóven caballero, y se vió á Carmainges pálido y de pié en el cuadro formado por la puerta.

Al verle, semejante á una aparicion, todos sintieron bañados sus cuerpos de sudor frio.

Ernauton descendió del umbral como hubiera podido hacerlo de su pedestal la estatua del comendador, y se fué derecho á Sainte-Maline sin provocarle en realidad, pero con una firmeza que hizo palpitar á mas de un corazon.

De todas partes salieron entonces estas palabras:

—Por aquí, por aquí, Ernauton: venid, pues ya sabeis que á mi lado teneis siempre asiento seguro.

—Mil gracias, caballeros; el caso es que quiero sentarme al lado de M. de Sainte-Maline.

Este se levantó, y todos fijaron en él los

ojos; pero en el movimiento que hizo se cambió completamente la espresion de su rostro.

—Os voy á hacer sitio como deseais, dijo á Carmainges, pero al hacérolas, debo pedirlos franca y sinceramente que disimuleis la estúpida gresion de esta noche, estaba embriagado como vos mismo lo habeis dicho, y asi perdonadme.

—Esta declaracion, hecha en medio de un silencio general, no satisfizo á Ernauton, aunque era evidente que ninguno de los Cuarenta y Cinco habia perdido una sílaba de ella y que todos ansiaban saber como terminaria la cena.

Pero cuando pronunció Sainte-Maline las últimas palabras, mil gritos de júbilo lanzados por sus camaradas manifestaron á Ernauton que debía darse por satisfecho y que estaba plenamente vengado, y por consiguiente su buen sentido le aconsejó callar, y una mirada que dirigió al mismo tiempo Sainte-Maline le hizo conocer que debía desconfiar de él más que nunca.

—Este miserable es valiente á pesar de todo, dijo para sí Ernauton, y si cede ahora debe ser por efecto de alguna combinacion odiosa que mas le satisface.

El vaso de Sainte-Maline estaba lleno, y él mismo tuvo la atención de llenar el de Carmainges.

—Ea, ea, gritaron todos; haya paz, señores; á la reconciliacion de Ernauton y Sainte-Maline.

Carmainges se aprovechó del estrépito producido por el choque de los vasos, é inclinandose al oído de Sainte-Maline con la sonrisa en los labios para que no pudiese sospecharse el sentido de las palabras que le dirigia, le dijo:

—Señor de Sainte-Maline, me habeis insultado por segunda vez sin ofrecerme reparacion alguna; cuidado conmigo, porque á la tercera os mataré como si fuéseis un perro.

—Hacedlo, hacedlo, caballero, si podeis, contestó Sainte-Maline, porque os juro por mi honor que si me hallase en vuestro lugar obraria del mismo modo.

Y los dos enemigos mortales chocaron sus vasos como hubieran podido hacerlo los dos mejores amigos.



CAPITULO XIII.

EN QUE SE DA CUENTA DE LO QUE ACONTECIÓ EN LA CASA MISTERIOSA.

EN tanto que la hospedería del *Bravo Caballero*, mansion aparente de la concordia mas perfecta dejaba á puerta cerrada y bodega abierta filtrar al través de las rendijas de sus postigos la claridad de las bujias y el contento de los convidados, se verificaba un movimiento insólito en aquel edificio misterioso que nuestros lectores solo conocen hasta ahora esteriormente por las páginas que han leído en nuestra relacion.

El criado de calva frente iba y venia de un aposento á otro conduciendo objetos empaquetados que encerraba en una maleta de viaje.

Terminados estos primeros preparativos, cargó una pistola y removió una ancha daga en su vaina de terciopelo; en seguida la colgó del anillo de la cadena que le servía de cinturón, en el cual acomodó así mismo la pistola, un manajo de llaves y un libro de oraciones encuadernado con piel negra.

Mientras así se ocupaba, un paso ligero como el de una sombra se deslizaba por el piso del cuarto principal, dirigiéndose á la escalera.

Una muger pálida, semejante á una fantasma, envuelta entre los pliegues de un blanco velo, aparece de repente en el umbral de la puerta, y con voz melosa y triste como el canto del pájaro que espira en el bosque, dijo:

—¿Estais pronto Remigio?

—Sí, señora, y solo aguardo vuestra maleta para reunirla con la mía.

—¿Y creeis que puedan acomodarse bien en nuestros caballos?

—Yo respondo de todo, señora; pero si eso os inquieta, ¿no podemos abandonar la mía supuesto que allí tendré todo cuanto necesite?

—No, Remigio; por ningun motivo quiero que os falte en el camino lo que hayais menester, y allí, como el pobre anciano está enfermo, todos sus criados estarán ocupados con él. ¡Ah, Remigio! Tengo vivos deseos de reunirme con mi padre, porque mi corazón abriga tristes presentimientos: páreceme que hace un siglo que no le he visto.

—Con todo, señora, os separásteis de él tres meses há, y entre este viaje y el último, media el mismo espacio que entre los otros.

—Remigio, vos, que sois tan buen médico, ¿no me confesásteis cuando le dejamos, que mi padre no podía contar con mucho tiempo de vida?

—Sin duda, pero mis palabras deben considerarse como la espresion del temor y no como una profecía: Dios se olvida á veces de los viejos, y viven (cosa estraña) por la costumbre que tienen de vivir, aun hay mas: el viejo suele ser como el niño; hoy está enfermo y mañana sano.

—¡Ah, Remigio! También hace lo que el niño, que hoy está sano y mañana muerto. Remigio nada contestó, porque realmen-

te no podía salir de su boca respuesta alguna satisfactoria, y un lúgubre silencio sucedió durante algunos minutos al diálogo que acabamos de referir.

Los dos interlocutores permanecieron un rato silenciosos y pensativos.

¿Para qué hora habeis ped idolos caballos, Remigio? preguntó la dama misteriosa.

—Para las dos de la mañana.

—¿No acaba de dar la una?

—Sí, señora.

—¿Nadie nos observa en la calle?

—Nadie, señora.

—¿Ni ese desgraciado jóven?

—Tampoco.

Y Remigio lanzó un suspiro.

—Me habeis contestado de una manera extraña, Remigio.

—Consiste en que tambien ese jóven ha tomado una resolucion.

—¿Cuál? preguntó la dama estremeciéndose.

—La de no volver á vernos, ó al menos procurar esto mismo.

—¿Pues á donde va?

—A donde todos vamos á descansar.

—Dios le conceda eterno sosiego, dijo la dama con voz grave y fría como un eco de muerte, y sin embargo... Aquí se detuvo.

—¿Y sin embargo, qué? dijo Remigio.

—¿Nada tenía que hacer en el mundo?.

—Amor si lo hubiesen amado.

—Un hombre de su clase, de su nombre y de su edad debería contar con el porvenir.

—¿Contais con él, vos que teneis una edad, un nombre y un rango que nada pueden envidiar á los suyos?

Los ojos de la dama despidieron siniestra claridad.

—¡Oh, Remigio! exclamó; cuento con él, pues vivo... pero... esperad.

Y despues de haber escuchado atentamente, añadió:

—¿No se oye el trote de un caballo?

—Creo que si.

—¿Será nuestro conductor?

—Es muy posible, en cuyo caso se habrá adelantado cerca de una hora á la convenida.

—Se han detenido en la puerta, Remigio.

—En efecto.

Remigio bajó con precipitacion la escalera,

al mismo tiempo que resonaron en la puerta tres golpes de aldabon.

—¿Quién es? preguntó Remigio.

—Yo, contestó una voz temblona y áspera; soy Grandchamp, el ayuda de cámara del baron.

—¡Ah Dios mio! ¡Vos, Grandchamp, en Paris! Voy á abriros inmediatamente, pero hablad quedo.

Y diciendo esto abrió la puerta.

—¿De dónde venis? le preguntó Remigio en voz baja.

—De Meridor.

—¿De Meridor?

—Si, mi querido Sr. Remigio. ¡Ah!

—Entrad, entrad pronto, ¡Dios míos! ¡Dios mio!

—¿Que hay, Remigio? preguntó la dama desde la escalera. ¿Son nuestros caballos?

—No, señora, no son ellos.

Y volviendo hacia el viejo, añadió:

—¿Qué hay de nuevo, buen Grandchamp?

—¿Nó lo adivináis? respondió el ayuda de cámara.

—¡Ay! si, lo adivino, pero en nombre del cielo os pido que no la deis esa noticia de

pronto. ¿Qué es lo que vas á decirle, pobre señora?

—Remigio, Remigio, dijo la dama, creo que estais hablando.

—Si señora.

—Con una persona cuya voz conozco.

—En efecto, señora. ¡Ah Grandchamp! ¿Cómo lo hemos de remediar?

La dama, que habia bajado del piso principal al bajo, como habia bajado ya del segundo al primero en el extremo del corredor.

—¿Quién es? preguntó al punto: me ha parecido Grandchamp.

—El mismo, señora, contestó con humildad y tristeza el viejo, descubriendo su blanca cabeza.

—¡Tú Grandchamp! ¡santos Cielos! No me engaña mi presentimiento; ha muerto mi padre.

—Sí, señora, respondió Grandchamp olvidando la recomendacion de Remigio; Meridor no tiene ya amo.

—Pálida, helada, pero inmóvil y firme, la dama soportó aquel golpe sin sucumbir.

—Al verla Remigio tan resignada y sombría, se acercó á ella y la tomó suavemente la mano.

—Amigo mio, preguntó ella al mensajero, ¿cómo ha muerto?

—El señor baron, que no abandonaba ya su poltrona, fué atacado hace ocho dias del tercer accidente de apoplegia: su última palabra fué vuestro nombre; despues de haberlo pronunciado con trabajo, no habló mas, y murió por la noche.

Diana dirigió al viejo criado una señal de gratitud, y sin volver á decir cosa alguna, subió á su aposento.

—Por fin, ya es libre, murmuró Remigio, mas pálido y sombrío que ella: venid, Grandchamp, venid.

El aposento principal de la dama estaba situado en el primer piso, detrás de un gabinete que tenia vista á la calle, al paso que dicho aposento solo recibia la luz por una ventana del corredor.

Los muebles de aquella pieza eran tristes, pero ricos, y los dibujos de los tapices de Arrás, los mas hermosos de la época, representaban todos los trances amargos de la sagrada Pasion.

Un reclinatorio de encina esculpido, un sillón de la misma madera y del mismo

trabajo, y una cama de columnas enroscadas con tapices semejantes á los que cubrian las paredes, y una alfombra de Brujas, eran los objetos que adornaban el aposento.

En él no se veia una flor, ni una alhaja, ni un dorado: la madera y el hierro pulimentado hacian veces de molduras de plata y oro: un cuadro de ébano encerraba un retrato de hombre, colocado en un ángulo de la pieza, y sobre él daba de lleno la luz de la ventana, practicada sin duda en el corredor con este objeto.

La dama se postró ante aquel retrato con el corazon hinchado, pero con ojos enjutos.

Dirigió á la inanimada pintura una indecible mirada de amor, como si aquella noble imagen pudiera reanimarse para corresponder con otra. Noble era, en efecto, la expresion de su rostro, y esta calificacion le cuadraba perfectamente.

El pintor habia representado un jóven de veinte y ocho á treinta años, medio desnudo y recostado en un lecho de descanso; de su entre abierto pecho se desprendian algunas gotas de sangre, y su mano derecha pendia mutilada; y sin embargo, todavia empuñaba un pedazo de espada.

Cerrábanse sus ojos como los de un hombre próximo á espirar; la palidez y el dolor prestaban á su fisonomía un carácter divino, que el rostro del hombre solo empieza á adquirir cuando abandona el mundo por la eternidad.

La única divisa, el único rótulo que se leía al pié de la pintura en letras de color de sangre, era

AUT CESAR AUT NIHIL.

La dama estendió sus brazos hácia aquella imágen dirigiéndole las siguientes palabras como hubiera podido hacerlo el mismo Dios:

"Te habia rogado que me aguardases; á pesar de que tu alma irritada debia respirar venganza, y como los muertos ven todo, oh amor mio, has visto que solo he soportado el peso de la existencia por no convertirme en parricida; despues de haber muerto tú, yo tambien debia morir; pero muriendo yo, mataba á mi padre."

"Y luego... tambien lo sabes, hice un juramento sobre tu cadáver ensangrentado; juré pagar la sangre con sangre, y la muerte con la muerte; pero entonces hubiera echado

la responsabilidad de un crimen sobre la blanca cabeza del venerable anciano que me llamaba su inocente hija."

"Me has aguardado, gracias, mi bien amado; ahora ya soy libre, pues el Señor ha roto el último eslabon de la cadena que me sujetaba á la tierra: gracias mil sean dadas al Hacedor Supremo. Ya soy enteramente tuya: ya puedo abandonar mi disfraz y los misterios que me rodean; ya puedo presentarme á la luz del dia, porque nadie en el mundo me echará de menos, porque he logrado poseer el derecho de abandonar la tierra."

"Levantó entonces la rodilla, y besó aquella mano que parecia colgar fuera del cuadro.

"Ya sé que me pordonas el que mis ojos estén enjutos; consiste en que á fuerza de llorar sobre tu sepulcro se han secado estos ojos que tanto amabas."

"Dentro de pocos meses iré á unirme contigo, sombra querida, y por fin contestarás á tantas protestas de amor como te he dirigido sin que tus labios se hayan desplegado."

"Despues de pronunciar estas palabras, se levantó Diana respetuosamente, como si hubiese concluido de platicar con Dios, y fué á sentarse en su sillón de encina."

—¡Pobre padre! murmuró friamente y con una espresion que no parecia pertenecer á criatura humana.

En seguida se abismó en cavilaciones sombrías, que al parecer le hicieron olvidar su actual situacion y las desgracias pasadas.

Levantose de pronto, y apoyando una mano en el sillón, dijo:

—Esto ha de ser, y todo irá así mejor. ¡Remigio!

El fiel criado escuchaba sin duda á su ama detras de la puerta, porque se presentó al momento.

—Aquí me teneis, señora, respondió.

—Mi digno amigo, hermano mio, le dijo Diana, vos, que sois el único que me conoce en el mundo, decidme adios.

—¿Y por qué, señora?

—Porque ha llegado, Remigio, la hora de separarnos.

—¡Separarnos! exclamó el jóven con un acento que hizo estremecer á su compañera. ¿Qué estais diciendo, señora?

—Sí, Remigio. Mi proyecto de venganza me parecia noble y puro, mientras entre él y mi voluntad existia un obstáculo, mientras solo

lo divisaba en un horizonte mas ó menos lejano: asi son las cosas de este mundo : grandes y hermosas desde lejos. Ahora, que estoy cerca de la ejecucion, ahora, que el obstáculo ha desaparecido... no me vuelvo atrás, Remigio, pero no quiero arrastrar conmigo en el camino del crimen á un alma generosa que no se ha contaminado con la mas leve mancha. Asi pues, vais á dejarme sola, amigo mio: toda una vida de lágrimas será á los ojos de Dios una espiacion de mis faltas, y espero que tambien os sirva á vos por lo mucho que os he hecho sufrir; de ese modo, vos, que ningún crimen habeis cometido, podeis estar doblemente seguro de alcanzar el cielo.

Remigio habia escuchado las palabras de la dama de Montsoreau con aire sombrío y casi altivo.

— Señora, contestó al punto; ¿creeis que estais hablando con algun viejo medroso y fatigado por los excesos de la vida? Tengo, señora, veinte y seis años, es decir, toda la savia de la juventud que parece agotada en mi; cadáver escapado de la tumba, si vivo todavia es porque el cielo me destina al cumplimiento de una accion terrible y á

representar un papel activo en la obra de la Providencia; nunca separeis mi pensamiento del vuestro, señora, ya que ambos se han albergado siniestramente y por tan largo espacio bajo el mismo techo: iré á donde vayais, y en todo cuanto intentéis os ayudaré; de lo contrario, señora, si á pesar de mis súplicas persistís en esa resolución de despedirme...

—¡Oh! ¡Despediros! repuso la dama. ¡Qué palabra acabais de usar, Remigio!

—Si persistís en esa resolución, prosiguió el jóven como si nada hubiese oído, ya sé lo que debo hacer por mi parte, y todos nuestros proyectos se reducirán en cuanto á mi á dos puñaladas; una traspasará el corazón de quien sabeis y otra el mio.

—Remigio, Remigio, exclamó la dama dando un paso hácia el jóven y estendiendo imperiosamente la mano sobre su cabeza; no digais eso, porque la vida de la persona que amenazais no es vuestra, sino mía, pues la he pagado demasiado cara para dejar de apoderarme de ella cuando llegue el momento en que debe perderla. Ya sabeis lo que ha sucedido, Remigio, y os juro que no fué

un sueño: el día en que fui á arrodillarme al lado del cuerpo ya frío de ese...

Y señaló el retrato.

—Aquel día acerqué mis labios á los de esa herida que veis abierta, y ellos temblaron y me dijeron:

—*Véngame, Diana, véngame.*

—¡Señora!

—Remigio, te lo repito: no fué ilusión, no fué delirio: la herida habló, sí, habló, y todavía la oigo murmurar;

—*Véngame, Diana, véngame!*

El criado bajó la cabeza.

—A mí, pues, me pertenece esa venganza, y no á vos, añadió Diana: además de eso, ¿por quién y para quién murió ese? Por mí y para mí.

—Debo obedeceros, señora, contestó Remigio, porque tan muerto estaba yo como él. ¿Quién me sacó de entre los cadáveres que llenaban esta sala? Vos. ¿Quién curó mis heridas? Vos. ¿Quién me ha ocultado? Vos, vos; es decir, la mitad del alma de aquel por quien yo hubiera perecido gustoso. Mandad, pues, y os obedeceré con tal que no dispongais que os abandone.

—Sea como quereis, Remigio; seguid mi suerte, pues veo que teneis razon y que nada debe separarnos.

Remigio señaló al retrato con el dedo y dijo con energia:

—Acordaos, señora, de que fué muerto á traicion, y que por consiguiente á traicion debe ser vengado. ¡Ah! Ignorais una cosa, y.... deciais bien; la mano de Dios nos protege, porque esta noche he encontrado el secreto de *l'aqua tofana*, ese veneno de los Médicis, ese veneno de Renato el florentino.

—¿Es cierto lo que dices?

—Venid á verlo, señora, venid.

—¿Y qué dirá Grandchamp que nos está esperando, al ver que no volvemos? ¿Qué pensará sino nos oye bablar? Porque supongo que debemos hallarnos abajo para ver eso.

—El pobre Grandchamp ha corrido sesenta leguas á caballo, señora, está rendido de fatiga, y acaba de quedarse dormido en mi cama. Venid.

Diana siguió á Remigio.





